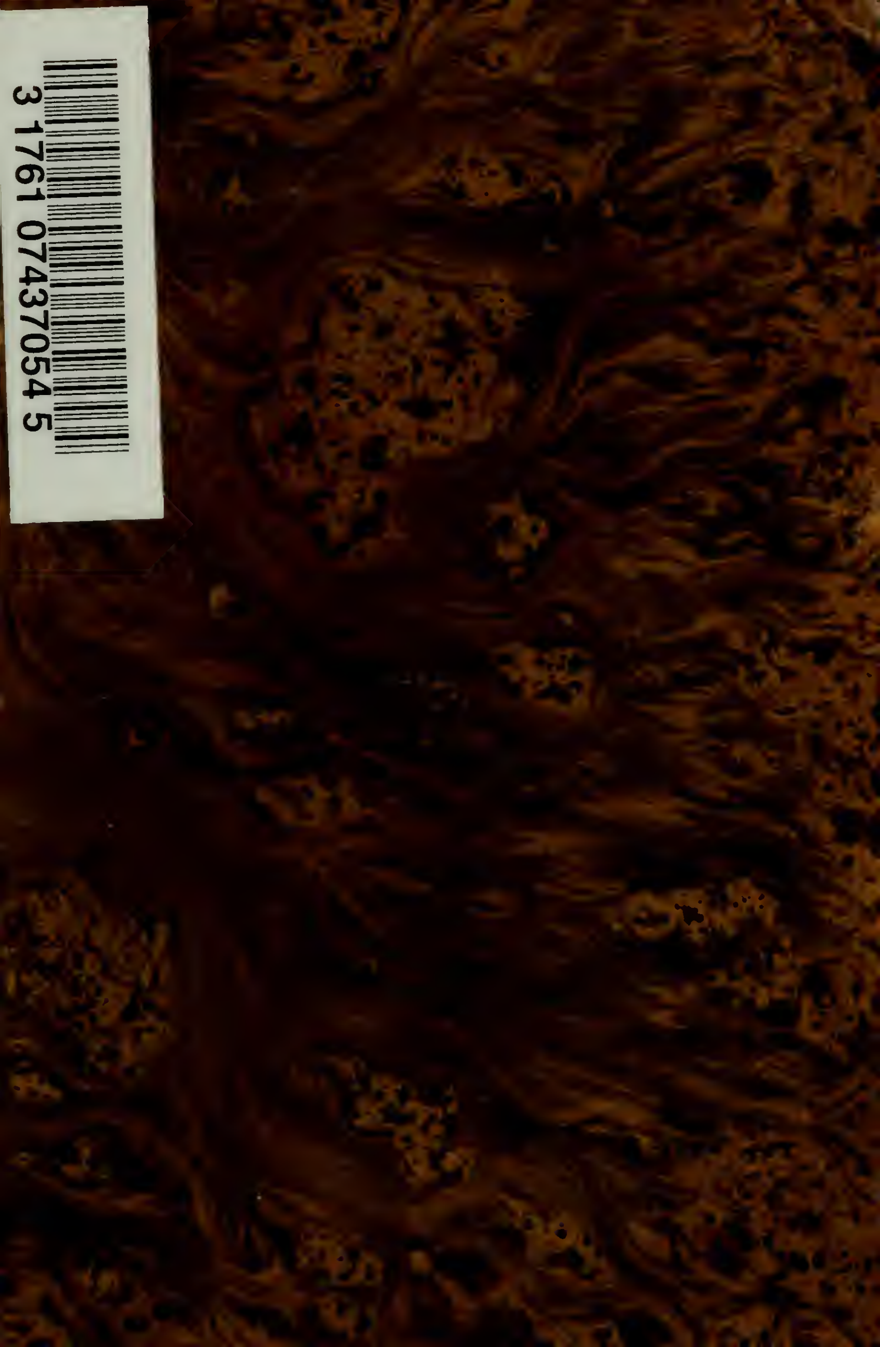

3 1761 07437054 5


ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

OBRAS SELECTAS
DE EDUARDO YOUNG,

EXPURGADAS DE TODO ERROR,

Y TRADUCIDAS

DEL INGLES AL CASTELLANO

POR

DON JUAN DE ESCOIQUIZ,
Canónigo de la S.ta Iglesia Metropolitana de Zaragoza.

TOMO I.

MADRID: AÑO DE MDCCLXXXIX.
EN LA IMPRENTA DE DON BENITO CANO.
Con las licencias necesarias.

PRÓLOGO

AL JUICIO FINAL DE YOUNG.

Entre el crecido número de libros de todas clases que han inundado la Europa, en especial de dos siglos á esta parte, son pocos los que merecen el título de originales, no siendo los restantes sino unas meras repeticiones de otros que les precediéron, sin mas diferencia que la necesaria para acomodarse al gusto

de su siglo, y no parecer copias. Entre los primeros deben sin duda alguna colocarse, así esta obra que presento, traducida en verso castellano, como otras de Eduardo Young, y en especial el famoso Poema de las Noches. No se necesita de otra prueba para conocerlo, que de su lectura. A pesar de los defectos irremediables en toda version, y de otros que se habrán ocultado á mis cortas luces en la de este Poema, espero sea del agrado del pú-

blico, pues no bastarán á obscurecer la hermosura del original. Se verá qué realce y divina fuerza adquiere la verdad, ayudada del sagrado fuego de la Poesía; fuego que, siendo por sí mismo destinado á temas grandes y nobles, se ha prostituido muchas veces á los mas viles. Se notará que los asuntos por sí mismos serios y graves pierden su natural aridez, siempre que son tratados por una mano sabia que les da toda aquella vive-

za, y hermosura de que son capaces. Son muchas las traducciones que se han hecho de esta obrita, y de las demas de nuestro Autor en varios idiomas. Apénas hay nacion que no haya deseado enriquecer el suyo con ellas: en España no se ha executado hasta ahora (*a*), sin duda, porque como su Autor Eduardo Young tuvo la desgracia de vivir fuera del gremio de la Iglesia Católica, y en un pais en que

(*a*) Véase la nota al fin del Prólogo.

la libertad de pensar, hablar y escribir no conoce freno, sembró entre las verdades mas útiles muchas proposiciones nada conformes á nuestros sagrados dogmas, é injuriosas á la Santa Iglesía Católica: testimonio harto triste de la poca solidez del entendimiento humano en materia de Religion, si no lo alumbra la verdadera fe; pero como estas sombras no disminuyen el mérito de lo restante de sus obras, y el quitárselas seria darles mayor

resplandor, me he determinado á intentar su version, ensayándome primero en el Juicio Final, la Paráfrasis de Job, las Cartas Morales, y la Primera Noche, con ánimo de continuar con el Poema de las Noches; si estos mereciesen la aprobacion del público, y para evitar el inconveniente arriba dicho, he suprimido todo lo que he notado digno de censura, consultando con sugetos versados é inteligentes, á quienes ha parecido que podrá leerse con

utilidad y sin peligro alguno. El sabio y zeloso Tribunal, que prohibió con justísimas razones la traduccion Italiana, en que no se habian tomado estas precauciones, léjos de querer privar á la nacion de estas obras, ó de qualesquiera otras que puedan serle útiles, y de oponerse á su ilustracion, como falsamente pretenden muchos extrangeros mas ignorantes de las cosas de España, que de las de los paises mas remotos y desconocidos, aplaudirá gustoso

qualquiera version que se presente al público sin el veneno que le causaria mas perjuicio que utilidad la obra traducida. Confiado en esto no me he detenido en la prohibicion de dicha version Italiana para emprender la mia. Me he tomado tambien la libertad de omitir, siguiendo el exemplo de la traduccion Francesa de M.r Letourneur algunos periodos, que por ser repeticiones podian fastidiar al Lector, ó por lo extremado y

extravagante de sus ideas, defecto algo freqüente en nuestro Autor, no eran dignos de incluirse con los demas. Del Poema sobre el Juicio final he tenido que emendar muy poco, y ménos de la Paráphrasis sobre Job, por ser estas dos obritas las mas correctas de nuestro Young, y en que ménos se desliza. Lo mismo me ha sucedido en las cartas sobre el deleyte. Solo resta para que se lean con mas gusto é inteligencia dar una idea de la vida de su Au-

tor. Esta fué tal, qual se requeria para que, ayudada de un talento sublime, y una imaginacion vivíssima, pudiese crear, por decirlo así, un nuevo y extraordinario género de Poesía, como el de las Noches, y el de las demas obras, que aunque tratan de asuntos en que ántes se ensayáron otras plumas, los tratan por un término tan distinto y particular, que no tiene que ver con los demas. Habiendo nacido Eduardo Young el año de 1684 en la Provin-

cia de Hampshire en el Reyno de Inglaterra, se dedicó hasta la edad de 24 años en uno de los Colegios de Oxford á las Humanidades, y Jurisprudencia; y despues de algunas tentativas infructuosas para adelantar en la carrera de la Jurisprudencia, mudó de intento, y logró ser Ministro de la Pseudo-Iglesia Anglicana, y Parroquia del Lugar de Welvin. Retirado allí dió á luz diversas obras en prosa y en verso, y entre otras el Poema sobre el Juicio Final

en 1720, que le atraxo la admiracion de todos sus contemporáneos, y la proteccion de algunos Grandes, con la que logró el año de 1763. ser nombrado Capellan de la Princesa Viuda de Gales, y murió en su Parroquia de Welvin dos años despues, es, á decir, el dia 12 de Abril de 1765. En 1731 habia casado con una Señora Viuda, que le traxo un hijo, y una hija del primer Matrimonio, á quienes como á su Madre por sus excelentes prendas,

tuvo siempre el mayor cariño. Sucedióle en el año de 1741 la desgracia de perder en el espacio de tres meses estas tres personas tan amadas, cuyo fallecimiento le llenó de tan profunda melancolía, y le fastidió tanto del mundo, que hizo durante algunos años una vida mas solitaria, meditando dia y noche, y reflexîonando los golpes crueles, que llenaban de amargura su vejez, y la fragilidad de las cosas humanas, cuyas meditaciones produxéron el

Poema de las Noches, que es sin duda la Elegía mas sublime que se ha escrito sobre la grandeza y miseria del hombre.

NOTA.

Despues de escrito este Prólogo ha llegado á mis manos una traduccion del Juicio Final, hecha por D. Christóbal Cladera; pero por ser en prosa, y la mia en verso, no me he detenido en publicarla, sin pretender por esto disminuir la gratitud que debe el Público al zelo de dicho Cladera.

JUI-

EL JUICIO FINAL.

POEMA.

Ipse pater media nimborum in nocte corusca
Fulmina molitur dextra, quò maxima motu
Terra tremit, fugere feræ, et mortalia corda
Per gentes humilis stravit pavor.... Virgil.

El mismo Padre Celestial cercado
De tempestad, y noche tenebrosa
Rayos fulmina con la diestra ayrado;
La tierra se estremece temerosa
Huyen las fieras, y de espanto heridos
Se humillan los mortales confundidos.

CANTO PRIMERO.

En tanto que otros las fortunas cantan
De los Héroes del mundo, y sus hazañas,
De los vastos Imperios las extrañas,
Súbitas mutaciones, y levantan
Su fama hasta los Cielos, celebrando
Del Campeon Britano (*) las grandezas,
Que con nuevas proezas
El nombre Ingles, y el suyo va ensalzando;
Yo con mayor arrojo el velo obscuro
Me atreveré á correr de lo futuro,
Y á cantar otra escena aun escondida
Lid mas sangrienta, guerra mas reñida,
Escena tal, que necesitaria
De trompa mas sonora, que la mia.
Cantaré el universo conmovido,
Los cielos y la tierra destrozados,
En lobreguez profunda

(*) El famoso Duque de Malbourough.

Los astros sepultados,
Y de la moribunda
Naturaleza el último gemido;
El trono de la muerte derribado,
Su cetro ya sin uso,
Los sepulcros fecundos, del confuso
Polvo el hombre á la vida restaurado;
Del Juez eterno la venida augusta;
La sentencia del hombre eterna y justa.
Entre el terror y el gozo vacilando,
Cada vez que despacio considero
Mis pocas fuerzas y el empeño fiero,
Aun de mi intento mismo estoy dudando,
Intento tal, que el Sol no ha presenciado
Mayor arrojo, canto mas osado.
Desde que este designio he concebido,
El cetro de Inglaterra
Su esplendor á mis ojos ha perdido,
Y aun el ámbito vasto de la tierra
Para el fuego sagrado

Que me anima, es estrecho y limitado.
Baxad, globos lucientes, y apartados,
Por la celeste bóveda esparcidos,
Y atentos á mis versos dad oidos;
Angeles santos, por el Dios eterno
En órdenes distintos colocados,
Asistid de un mortal al débil canto;
Vuestro augusto Monarca sempiterno
Voy á alabar, haced que alcance á tanto.
Mas tú, principalmente único dueño
De todo lo que existe, cuyo ceño
A tu solio rodeados
Tiemblan los Serafines humillados,
Si á tu voz sola repentinamente
De entre el desórden de la noche eterna
La hermosura brotó, y el alto Cielo
De luz resplandeciente
Se vió vestido, y de estrellado velo;
Tú mi pluma gobierna,
El interior tumulto tranquiliza,

Disipa las tinieblas de mi mente,
Mi ingenio fertiliza,
Dame fuego al asunto suficiente.
Mortal, levanta el rostro, considera
Con distincion la singular belleza
Con que naturaleza,
De la mano de Dios salió adornada;
Observa la florida Primavera,
Y el Otoño de frutos coronado;
Ufana con su adorno primoroso
Ve reir á la tierra,
Y oye bramar de léjos espantoso
Al mar con sus prisiones indignado,
Ve dominar como elevada sierra
En medio de sus ondas la ballena,
Que aunque la mar serena
Tenga en calma las naves sin moverse,
Con solo estremecerse,
Qual tempestuoso viento,
Las hace recobrar el movimiento;

Aquí se elevan bosques dilatados,
Que adornan con su verde cabellera
De los mas altos montes la ladera;
Allí los caudalosos rios miden,
De márgenes frondosas hermoseados,
Los diferentes climas,
Fertilizan los llanos extendidos,
Y los Reynos limitan, y dividen;
Acá los hondos valles escondidos
En sus obscuras simas
Tienen el oro, y baxo de sus leyes
Las suertes de los Reynos, y los Reyes;
Allá de eternos yelos coronados
Alzan al Cielo las soberbias frentes
Los montes encumbrados,
Y ocultan con sus sombras dilatadas
Vastas Provincias, y remotas gentes.
Mira quantas Ciudades apartadas
Dominan la llanura,
Ricas, y populosas

De exércitos crecidos,
Como de niebla obscura,
Ve cubierta la tierra, y escondidos
Los mares baxo esquadras numerosas;
Mira entre todas la invencible armada,
Que soberbia los mares señorea,
En el canal anclada
De Albion, mas siempre pronta á la pelea,
Y á dar la ley con rayos espantosos
De Europa á los Monarcas poderosos.
Del mundo, en fin, la perspectiva inmensa
Mira con atencion, y en la Inglaterra,
Aunque tan poco extensa,
Sumadas las grandezas de la tierra.
Vuelve la vista al alto firmamento,
Pasmado quedarás, y persuadido
Que á tamaño portento
El elogio mas grande es reducido.
¡ Qué extension, qué distancia imponderable
De Oriente al Occidente !

¡O piélago insondable,
Donde la vista en vano fatigada
Jamas llega á encontrarse terminada!
Vasto teatro, donde libremente
Explayan su furor las tempestades,
Donde la diestra ayrada
Del Dios excelso en todas las edades,
Sobre el mundo culpado
Su enojo sin estorbo ha derramado.
Repara esas lumbreras refulgentes,
Que el Polo con sus fuegos inflamando
Las varias estaciones introducen,
Que á su voz obedientes
Con órden magestuoso van formando
El año, y á sus reglas le reducen;
Han de lucir por tiempo limitado,
Mas lucirán con órden alterado,
Observa la extension maravillosa
De sus inmensas órbitas; un punto
Es todo nuestro globo comparado

Con la grandeza de qualquiera de ellas;
¿Pues quál será del Cielo la asombrosa
Capacidad, donde camina junto
Con veloz y encontrado movimiento
Ese infinito número de Estrellas,
Sin causarse jamas impedimento?
¡Qué edificio tan grande y portentoso!
¡Quán digno de durar eternamente!
Pues caerá de su altura derrocado,
Como en Otoño el fruto sazonado;
Su órden maravilloso
Se verá destruido enteramente;
En vano de la tierra, y de la Luna,
Del Sol, y del Alcazar estrellado
Se buscarán los rastros ya borrados;
No ha de quedar vestigio ó seña alguna,
Ni aun de aquel solio augusto,
Donde los Estuardos colocados
Exerciéron su imperio amable y justo.
El tiempo morirá, y de tal manera

Será el vasto Universo aniquilado,
Que un átomo siquiera
No quedará de todo lo criado
Tarde , ó temprano en el preciso instante
Aun oculto en el libro de los hados:
Quizas quando la tierra á ver llegare
Diez mil veces sus frutos renovados,
Quando el mundo inconstante
De nuevo presentare
Las escenas cambiadas,
Los actuales imperios destruidos,
Y otros sobre sus ruinas erigidos;
Quando de otros Borbones gobernadas
Sean otras Regiones , y otras Anas, (*)
Si culpas de los hombres no lo impiden,
Rijan con cetro justo las Britanas,
En tanto que los hombres engañados,
Como siempre, su triste fin olviden,

(*) Alude á Ana, Reyna entónces de Inglaterra.

Y en frívolos juguetes ocupados
Sigan los mismos pasos que han seguido
Todos los que su tiempo han precedido;
Teniendo tan remoto el pensamiento
Como nosotros mismos de la horrible
Ruina, que con presteza incomprehensible
La tierra envolverá, y el firmamento;
Llegará el triste dia.... Despertaos ...
¡O Reynos sublunares! y pasmaos
¡ Temblad , temblad, ó Reyes poderosos!
Se enluta el Cielo en la mitad del dia,
En tenebrosa noche queda el mundo;
Los vientos son silvidos espantosos
Lo embisten á porfia;
Desarraygan los bosques mas poblados,
Y hasta el centro profundo
Hacen temblar los montes mas erguidos;
Se abren los hondos valles, é irritados
Los mares con horrísonos bramidos,
Rompen la estrecha cárcel señalada,

De su furia hasta entónces respetada;
Su esfera reluciente
Cubre la Luna con sangriento velo,
Y embisten las tinieblas victoriosas
Al Sol resplandeciente;
Entre las horrorosas
Sombras que ocultan el remoto Cielo;
Ruedan continuos truenos espantosos,
Y por los espacios
Ecos de un polo al otro repetidos,
Multiplican sus fieros estallidos;
Quando en esto entre nubes escondida
La trompeta temida
Asoma, y con su fúnebre sonido
Conmueve los cimientos
Del mundo estremecido,
Sus terribles acentos
Ocupan la extension de lo criado;
Todo viviente muere horrorizado
Al paso que su fuerza nunca oida

Restituye los muertos á la vida.
¡O aliento poderoso,
Tal, que naturaleza
Nunca sonido oyó mas temeroso,
Aun quando en el Empireo resonáron
Con no vista fiereza
De los opuestos bandos los clarines,
Y sus vastos confines
Con marciales acentos atronáron;
Para encender la guerra mas impia,
Quando Dios irritado
Sus encendidos rayos fulminando,
Castigó la obstinada rebeldía
Del Angélico bando,
Y el esquadron osado,
Al ir rodando el Tártaro profundo,
Aturdió con clamores todo el mundo!
Si los Angeles mismos han pecado
¿Cómo el hombre en guardarse
Está tan descuidado?

¿Cómo el hijo del polvo ha de librarse
Del peligro escondido,
De tanto lazo en daño suyo armado?
Al trabajo y sudor es prometido
Este glorioso triunfo; el negligente,
Que las armas arroja acobardado,
Y se abandona al ocio torpemente,
No podrá conseguirlo; el animoso
A fuerza de fatigas y de penas,
Desechando el reposo,
Y rompiendo del vicio las cadenas,
De la virtud á la escarpada cima
Paso á paso anhelando se aproxîma.
Es campo de batallas nuestra vida,
No de tranquilidad; y nuestra suerte
Por el hierro homicida
Amenazada de la cruda muerte,
Y de peligros siempre circundada,
Gozar no dexa al alma fatigada
De la paz, sino solo de un contento

Mezclado de inquietud del vencimiento.
Así, si á nuestra suerte resignados,
Y de nuestra miseria persuadidos,
Quando sus dulces brazos nos ofrecen
Los deleytes vedados,
Quando con blanda risa la hermosura
Embriaga los sentidos,
Y nuestros corazones se enardecen
Con su funesto fuego, ó la figura
Brillante de este mundo, y su grandeza
Nos hechiza, con noble fortaleza
Nuestra alma á aquella escena traslada se
Su vista, y con viveza imaginase
El inmortal exército formado
Con aparato augusto, y formidable,
El sonido espantable
De la trompeta, y por el ayre vano
De Christo el estandarte tremolado,
Los muertos del sepulcro, al soberano
Decreto, levantarse estremecidos;

Tal impresion, tal eco nos haria
Esta imágen, que al punto arrepentidos
Dexando todo vano pensamiento,
Fixos en la virtud, no bastaria
El Mundo conjurado,
De todo su poder acompañado,
A hacernos titubear en nuestro intento.
Nuestra alma ya en el Cielo
Entre Angélicos coros colocada,
Los ojos con desprecio volveria
A este infelice suelo,
A esta tierra hasta entónces celebrada;
Ni tan sagrado ardor se apagaria
Aunque un millon de mundos la ofreciesen
Que sobre el mundo actual sobresaliesen,
La muerte esgrimiria inútilmente
Su guadaña homicida
Contra el cuello inocente;
Sin esfuerzo vencida
Con la nueva victoria

Añadiera blasones á su gloria.
Instruidos así del triste orígen
Del terror de aquel dia de amargura,
Y del medio seguro de evitarlo,
Objeto á que mis versos se dirigen,
Nuestra alma quieta, y de temor segura,
Podrá con mas provecho meditarlo.
Así los ojos vivos y el erguido
Cuello de una culebra venenosa,
Sus colores brillantes, el bruñido
Pecho y cola enroscada,
Que á la vista espantada
La representan fiera y horrorosa,
Si el veneno perdiese, en el instante,
Mudando de semblante,
Fueran á nuestros ojos admirados
Por brillantes adornos reputados,
Lo que ántes nos dió horror, deleytaria,
Y el odio en aficion se trocaria.
¡O Musa! tú, que de placer te llenas

Recorriendo las lúgubres escenas
Atenta los sepulcros observando,
Y el reyno de la noche visitando,
Cuéntame, Musa triste, de aquel dia
Al furor destinado,
La confusion terrible , la agonía
Del hombre horrorizado,
Del Cielo y de la tierra la mudanza,
De Dios la justa y última venganza.
¡Suerte fatal ! La tierra afortunada,
Que hasta entónces giró tranquilamente
En su exe equilibrada,
Al paso que con pompa reluciente
Sin descansar los astros la servian,
Y á su felicidad contribuian,
Unos las estaciones renovando,
La alegre Primavera introduciendo,
Y el Otoño dorado,
O el globo con sus luces alumbrando,
Alguno en el mar vasto dirigiendo

El navegante al puerto deseado,
Otros el fiero Océano aplacando,
O sus olas inchando............
Aqueste mismo Mundo portentoso,
Tan querido del Todo-Poderoso,
De su paterna mano abandonado,
Parece ya un desierto............
Al horror y tinieblas entregado;
Ya no le alumbra el Sol , ni las Estrellas
Brillan como ántes bellas;
Pálido luce el resplandor incierto
De los funestos fuegos encendidos
En el remoto Cielo.
Sus montes mas erguidos
Han quedado ya iguales con el suelo;
Sus rios mas famosos
Han desaparecido;
Todo él con los vayvenes espantosos
Queda al caos primero reducido.
Su ruina envuelve todo lo criado,

Hasta el Cielo perece............
Solo en tal confusion el elevado
Trono de Dios inmóvil permanece.
¡Este, ó tierra, será tu cruel hado!
¿Qué consuelo darás en aquel dia
A tu dueño culpado,
Al hombre, digo, cuya ambicion vana
Ni término ni freno conocia?
¡Quán humillado ahora
De la grandeza humana
La apariencia conoce engañadora!
¡Con qué dolor maldice la postura,
Y el ceño desdeñoso
Con que del vil gusano se burlaba
Comparando á la suya su figura!
Reconoce, y confiesa pesaroso
Que es polvo, y que hasta ahora deliraba.
¡Qué congoja terrible, que atormenta
Su corazon pasmado!
¡O Dios! ¿Por qué abandonas al que hiciste?

¿Quién podrá resistir tu ira espantosa?
¿Quién del brazo divino, que sustenta
Quanto en el orbe exîste,
Aguardará tranquilo la horrorosa
Descarga? Aquesto excede al pensamiento,
Y alcances del humano entendimiento.
¡O tú, Señor Eterno, que piadoso
Tu grandeza olvidando,
Te humillaste gozoso
Por remediar nuestra infelice suerte,
A sufrir los oprobrios mas sensibles,
Y penas inauditas y terribles,
Por cada herida un rio derramando:
Tú, á quien llevó la muerte
Por medio del camino mas penoso
Cautivo á su dominio tenebroso,
Dios benigno, que eres
El Supremo Poder de los poderes,
Mi dulce alivio, mi única esperanza,
Sálvame en aquel dia de venganza.

Ya huyen los hombres de Occidente á Oriente,
Ya en los Polos helados
Buscan algun asilo apresurados
Que del furor los libre omnipotente:
Suplican á las llamas, que piadosas
Los devoren, al mar embrabecido
Que los cubra con olas espantosas,
Y aun á las duras peñas que sepulten
En el centro escondido
Su ser. ¿Mas cómo es dable que se oculten
De la vista de un Dios enfurecido?
El mar sordo á sus ruegos los arroja
A sufrir la sentencia merecida,
Y las peñas aumentan su congoja,
Pues en lugar de asilo y de guarida
Sirven al monstruo de prision segura,
Donde no pueda huir su desventura.
Así el traidor vasallo, que ha ofendido
Del Rey la Magestad, y ve en su ceño
Escrita la sentencia de su muerte,

Con ánimo medroso y confundido,
Para evitar su desgraciada suerte,
Apresura la fuga , y con empeño
Pasar procura á algun remoto clima,
Su familia y su patria abandonando;
Mas no es tal su presteza que le exîma.
Encuentra ya los puertos avisados,
Y caminos tomados;
Conforme á cada uno va llegando
A su dueño irritado le rechaza
Y le entrega al azero que amenaza.
¿Mas para qué me canso inútilmente
En describir aquel tremendo dia?
La eloqüencia mas viva y mas sublime
Se esmera inútilmente,
Toda expresion es fria,
Y una débil idea solo exprime,
Que en lugar de pintar le desfigura.
¿Y llegará este dia de amargura
Y de los hombres la última sentencia?

Pues hínchate ambicion de tu grandeza,
Pide á la vanidad que te dé alientos,
Llenen tus velas sus falaces vientos,
Ostenta á competencia
Tus inmensos tesoros ó riqueza;
Haz que ambas Indias sirvan de ornamentos
A tu augusta figura.
Preven, ó gula, vinos deliciosos,
Manjares exquisitos y gustosos;
¡Y tú! ¡fiero enemigo! ¡tú hermosura!
Explaya tus hechizos libremente,
Haced todos alarde juntamente
De vuestra mayor pompa, pôrque pueda
A un tiempo á todos juntos despreciaros,
Y á mí qual á otro Elías se conceda,
En el carro de fuego arrebatado,
Para siempre dexaros,
Subiendo en triunfo al estrellado Cielo,
Miéntras que de la gloria esperanzado,
En lugar de causarme desconsuelo

Me alegre la memoria de la muerte,
Su llegada desee,
Y como entrada á mas felice suerte,
La vista del sepulcro me recree.
¿Qué triunfo se hallará mas excelente?
De caduco laurel ostenta en vano
Coronada la frente
El vencedor mundano,
Sola tu religion á nuestras sienes
Puedes ceñir coronas inmortales,
Y llenarnos de bienes,
Que no vengan mezclados con los males;
Tú eres el Querubin resplandeciente
Que de este horror profundo,
Nos sacas á vivir eternamente.
¡Todo eres para mí! Ya en este mundo,
Fuera de Dios y mi alma, nada veo
Que mueva mi temor ó mi deseo.
Adora, pues, á Dios, ó tú, alma mia,
Sin cesar; no permitas descuidada

Ser de los mismos brutos enseñada:
¿Qué vergüenza tu rostro cubriria
Si hasta los elementos insensibles
Te llevasen ventaja en venerarle?
Míralos como prontos á obsequiarle,
A una insinuacion suya de repente
Sus ardores terribles
Suspende el voraz fuego, el mar pasmado,
Sus alteradas olas obediente
Trueca en sólidos muros de cristales,
Y abre segura senda al pueblo amado,
Y hasta los monstruos fieros,
Terror de los mortales,
Que infestan sus abismos, han dexado
Su natural fiereza, y placenteros,
Si ha sido necesario, han socorrido
Al hombre de su Dios favorecido.
De esta verdad testigo es afamado
Aquel Santo Profeta, que escondido
Vivió tres dias en el hondo seno

Del mar enfurecido,
De horrorosas tinieblas circundado,
Y oyendo de sus olas la fiereza,
Qual espantoso trueno,
Romper bramando sobre su cabeza.
Ya de uno al otro polo retumbaban.
Los truenos y los rayos relucian,
Ya los vientos rugian
Y con furor terrible amenazaban
Las fieras ondas al cercano Cielo,
Ya secas las arenas enseñaban
De su profundo suelo;
Al ver llegar la muerte arrepentidos
Los marineros mismos mas osados
Vuelven la vista á la pasada vida
Del miedo poseidos,
Confusos, desmayados,
Pretenden aplacar (¡ intento vano!)
Con ruegos á la mar embrabecida:
Al fin desesperados echan mano

De la preciosa carga de la nave,
Y en el mar la sepultan con presteza,
Sacrificio cruel, aunque suave,
Si de escapar lograsen la certeza;
Mas la tormenta crece cada instante,
Ya está la nave casi sumergida,
No sirve ya la fuerza ni destreza,
Y á rescatar su vida
Todo el oro del mundo no es bastante;
No hallan remedio alguno, y por salvarse
Al tímido Profeta de cabeza
En el fondo del mar le precipitan,
Y á costa de él su triste suerte evitan.
Las ondas le reciben, y á cerrarse
Sobre él vuelven al punto presurosas
Quedando entre los muertos reputado;
¡Mas oye, ó justo, las maravillosas
Obras de Dios, y vive confiado!
¡No murió! No; que el gran Señor del mundo
Benigno le miró del alto Cielo,

Y en breve á su trabajo dió consuelo.
Mandó al mar tempestuoso que callase,
Y en su seno profundo,
Las homicidas aguas separando,
Y su furia aplacando,
Lugar para su siervo reservase.
De su palabra el trueno
A los monstruos del mar sirvió de freno:
Los monstruos desde léjos obedientes
Al extrangero huésped consideran,
Su natural furor en mansedumbre
Cambian, y sin causarle pesadumbre
Le cercan con retozos inocentes.
Mas nuevas maravillas nos esperan
Del Señor; el mandato poderoso,
Que llama á Leviatán, llega á su oido;
Al punto mismo Leviatán gozoso
Da un salto enorme, y con el peso horrendo
Hace temblar al mar estremecido;
Corresponde la tierra conmovida,

Y el alto Cielo al espantoso estruendo:
El agua al repentino movimiento
Desde el profundo asiento
Revuelta con la arena, y denegrida,
Con formidables olas no esperadas
Azota las orillas apartadas.
Como la tierra para dar salida
Al ayre, que en sus senos aposenta,
Y agitado y furioso la atormenta,
Abre una enorme sima de repente,
Y el tenebroso centro hace patente.
Del mismo modo la Ballena inmensa
Abre la fiera boca desmedida
De mortífera valla defendida.
El Profeta pasmado
De léjos exâmina aquella extensa
Y formidable cueva, al mas osado
Capaz de intimidar, el horroroso
Orden de agudos dientes, y animoso
Se arroja al cabo en el albergue obscuro,

Y queda en su hondo centro sepultado;
Ya desde allí seguro
Oye silvar con gusto al Norte fiero,
Terror del mas experto marinero;
Ya se encuentra sin miedo suspendido
De los líquidos montes en la cima;
Ya á veces sumergido
En la profunda sima,
Cuyas aguas calladas y dormidas
Jamas fuéron del viento conocidas,
Alienta sosegado
Donde nunca la sonda ha penetrado;
Registra sin temor el escondido
Cimiento del escollo mas temido,
Y sin rezelo alguno de su suerte,
Huella las tristes sendas de la muerte.
Dos dias con sus noches caminando,
Anduvo por los bosques de corales,
Tranquilo visitando
Laberintos de rocas y arenales,

Y quando el Sol en la tercer mañana,
Se asomó del Oriente á la ventana,
Las montañas dorando,
Y en las rizadas olas jugueteando,
El Monstruo Rey del mar exâctamente
A su huésped sagrado
Sin haberle dañado,
Colocó en la pendiente
Orilla deseada; imágen viva
De la felicidad, que lograrémos
Dulce prerogativa,
Que en el siguiente canto admirarémos.

Esperamos que los muertos resucitarán del polvo, y serán inmortales como los Dioses...

Phocilides..

CANTO SEGUNDO.

Despierta el hombre, y del callado lecho,
Donde quizá cien siglos ha dormido,
Levanta la cabeza, y aturdido,
Despues de sacudir el torpe sueño,
Sobre el antiguo mundo ya deshecho
Ve otro mundo de nuevo fabricado.
Conozco bien mi temerario empeño;
La eternidad inmensa aventurado
Voy á cantar, y sin reparo alguno
A engolfarme en su piélago ignorado;
Para mi Musa ardiente y arrojada,
Todo asunto ceñido es importuno,
Y es oficio cansado y fastidioso
A las estrechas reglas ajustada
Ir tratando con paso perezoso

De Reyes y Pastores,
Las guerras, la fortuna ó los amores.
Pienso cantar el Universo entero,
Sin ceñirme á sus partes separadas:
Al humano linage consagradas
Mis fatigas serán, y juntamente
A los Angeles Santos; así espero
Me harán con sus acentos compañía,
Con que alentada la flaqueza mia,
Saldrá del grande empeño dignamente.
Otra vez vuelve el fúnebre sonido
De la trompeta á estremecer el mundo,
Repite el alto Cielo conmovido,
Y el abismo profundo
El formidable acento;
Manda, que á universal Ayuntamiento
Esté el género humano prevenido;
Para este fin ya un negro torbellino,
Las Ciudades con fiero remolino,
Los montes y los bosques ha arrancado,

Y una llanura inmensa ha preparado.
Fermentan tierra y mar, y sin tardanza
Los despojos del hombre seproducen;
Sus cenizas con súbita mudanza
A su antigua figura se reducen;
Confusos van volando por sí solos
Para unirse á sus miembros separados
Troncos, brazos y pies. Muchos forzados
A ir á buscar á los helados Polos
Los miembros que les faltan, ó á la ardiente
Zona, caminan incesantemente,
De una Region en otra hasta encontrarse,
Y en su antigua figura restaurarse.
Quando el Mundo á la espada vencedora
De Roma se rindió, Roma por dueño
Reconoció á Pompeyo; mas una hora;
Sola una hora funesta, el dulce sueño
De su prosperidad de tal manera
Trocó, que llegó á ser compadecida
Su suerte lastimera

De su enemigo mismo el mas sangriento,
Y su sangre vertida
Por una mano vil y fementida
Indignada tiñó el infame acero;
Ni pública señal de sentimiento,
Ni marciales clamores, ni el guerrero
Sonido de trompetas, ó tambores
Hiciéron á su muerte los honores;
Obscuro falleció, y abandonado
Su triste cuerpo en la desnuda arena
Quedó descabezado:
Miéntras el mismo César indignado
Fulminó la severa y justa pena
Contra el Monstruo que aun ensangrentado
La gloriosa cabeza le ofrecia,
Y del Orbe la vasta Monarquía,
Esta cabeza y tronco separados,
Por mas que medien Reynos dilatados,
O inmensos mares, volverán á hallarse,
Y en su figura antigua á renovarse.

De la trompeta el fúnebre sonido
Del átomo mas leve será oido,
Todos acudirán al llamamiento
Rápidos á ocupar su antiguo asiento,
Sin que alguno en la mar quede olvidado,
Ni en el ayre, ó la tierra descarriado:
Así en un bello dia de verano
Gozoso se recrea
El enxambre guerrero
De las abejas por el ayre vano,
Y alegre lozanea
Mil enredados círculos formando,
Hasta que al hechicero
Son del cóncavo bronce repetido,
A un árbol va baxando,
Y hace asiento en sus ramas reunido.
Despues que el cuerpo así se ha restaurado
Acude el alma á darle nueva vida
Del lugar que hasta entónces ha habitado,
Ya desde el Cielo rápida baxando,

Ya alegre para siempre redimida
De la penosa habitacion del llanto
Donde todas sus culpas ha purgado,
O ya con lento paso sollozando
Desde el profundo reyno del espanto.
Fiel á la union primera vuelve ahora
Con el cuerpo inmortal á renovarla
Con vínculos eternos, y la vida
Antes de endebles muelles sostenida,
Su trabazon de suerte corrobora
Que no hay fuerzas que puedan alterarla.
Así el Sabio arquitecto, el proyectado
Palacio ántes dispone en un modelo
Fragil que con el tiempo executado
De mármoles y bronces guarnecido,
Sobre firmes columnas levantado,
Soberbio sube al Cielo,
Del furor incesante
De los voraces años defendido
Con mil barras de azero y de diamante.

El edificio antiguo y venerable
Donde tarde, ó temprano
Van á parar los Héroes de Inglaterra,
Así el guerrero en armas formidable,
Como el mas virtuoso y mas humano
A podrirse en la tierra,
Y dar pasto abundante á los gusanos,
Silenciosa mansion, triste morada
De Monarcas finados,
Donde con pies profanos
Huella el humilde esclavo la callada
Ceniza de los Reyes mas nombrados,
Se vé hervir de repente
De innumerable multitud de gente.
Una turba de Reyes Poderosos
Llena el vasto edificio; solamente
La vida aprovechada
Les hace allí felices y gloriosos,
No la sangrienta y vencedora espada,
Y aquel á los demas es preferido,

Que mas en la virtud se ha distinguido.
Ni solo los parajes destinados
A conservar del hombre los despojos
Este dia trabajan afanados
Para darle segundo nacimiento:
De esos mismos Palacios, que del suelo
Suben á nuestros ojos
A competir soberbios con el Cielo,
De esos vastos teatros, monumento
De nuestro bello gusto y opulencia,
Despertarán Naciones numerosas
Contra sus descendientes indignadas
Al ver que sus cenizas profanadas
Sirviéron de cimiento á la indecencia
De sus juegos y pompas licenciosas.
Las casas mas magníficas y hermosas
Son el piso segundo
De alguna sepultura; en todo el mundo
No hay lugar, que algun dia no haya sido
A servir de sepulcro reducido;

Y aun el mar dilatado
Está de humanos huesos empedrado:
Todo lo llena el hombre, mas oida
La señal destinada
Saldrá el ènxambre vivo, y encendida
Arderá la colmena abandonada:
Mas no todos del sueño de la muerte
Se despiertan con gusto, y con presteza;
Algunos tienen por infeliz suerte
El volver á la vida, lentamente
Los ojos oprimidos de tristeza
Abren, y de la luz horrorizados
Los vuelven á cerrar, mas nuevamente
A abrirlos precisados,
Bendicen su sepulcro sollozando,
La noche ya pasada suspirando;
Otros, que como rocas han estado
Firmes en la virtud, y han resistido
Inmobiles al vicio enfurecido,
Cuyo corazon fuerte no ha ablandado

La atractiva belleza,
Ni del cruel tirano la fiereza,
Ven este dia horrible con sosiego
Cara á cara del rayo el vivo fuego,
Sin miedo esperan el terrible encuentro
De todos los Planetas conmovidos;
Del Orbe entero tiembla el hondo centro
Mas no sus corazones atrevidos,
Serenos y tranquilos destruida
Miran la tierra y destrozado el Cielo,
El infernal abismo bostezando,
Y su esquadron funesto, y homicida
Con horrible furor amenazando;
Todo esto ven sin el menor rezelo,
Antes bendicen llenos de alegría
La grata aurora del eterno dia.
Aquí yace humillada la grandeza,
Allí tiembla la fuerza ya postrada,
Los Lázaros se alegran, la belleza
Oculta su semblante amedrentada:

Mezclados los Judíos, y Christianos
Con los Gentiles, y Mahometanos
Forman un solo y único rebaño;
Y lo que es mas extraño,
La serie de los siglos confundida
Se vé á una ojeada sola reducida.
Solo los que viviéron santamente,
Y la fe con pureza conserváron
Brillan entre la turba, especialmente
Aquellos grandes Héroes, que ganáron
Venciendo las potencias conjuradas
Del Mundo, y sus tiranas opresiones,
Pródigos de su sangre, dilatadas
Provincias para el Cielo,
Y con paciencia, y zelo
En las remotas bárbaras Regiones
De Christo el estandarte enarboláron,
Y sus pueblos feroces amansáron,
Como tambien aquellos que tuviéron
Entrañas paternales para todos.

Y por los infelices de mil modos
Sus sudores y haciendas expendiéron,
Siendo su amor y paternal cuidado
El asilo del pobre , y desdichado.
¡ Hombres felices ! ¡ gloria de este suelo !
Desde hoy qual nuevos Astros en el Cielo
Brillaréis , y veréis eternamente
De la deidad la luz resplandeciente.
¡O Dios benigno! ¿habrá quien no se asombre
De tu bondad? ¿Y cómo podrá el hombre
Dignamente ensalzar el beneficio
De la inmortalidad ? ¡ Proprio presente
De tu grandeza y corazon propicio!
¡ Como ! ¿Yo he de vivir eternamente ?
¿ Yo que ántes era un átomo , un gusano,
Yo que era sombra y nada en adelante
Libre del inhumano
Azero de la muerte,
He de existir triunfante,
Y sin mudar de suerte,

Quando los Astros mismos apagados
Quedaren en la nada sepultados?
¿Ha de acabar el Mundo, y yo en el Cielo
He de pasear gozoso
Por medio de las filas rutilantes
Del esquadron Angélico glorioso?
Con que veré al Altísimo sin velo,
Y quizas de su mano poderosa
A mi vista otros mundos mas brillantes
Saldrán, donde del nuestro la memoria
Quede, y sus Pueblos cuenten nuestra historia
Como nosotros mismos la espantosa
Batalla de Miguel, en que vencido
Quedó el dragon, y su infernal partido?
¿Y ha de ser mi destino
Unido á toda la naturaleza,
Cantar eternamente la grandeza
Y maravillas del amor divino?
¡Mas ay! ántes que llegue este dichoso
Estado, y suba el alma á tanta altura,

Baxa el Divino Juez del temeroso
Resplandor de los rayos anunciado,
Y el mundo se apresura
Al Tribunal terrible convocado.
Esta escena, Ana excelsa, es la que ahora
Pretendo delinearte. Atentamente
Escucha la verdad, no disfrazada
Con pompa engañadora
De la eloqüencia humana,
Sino desnudamente
De sola su eficacia acompañada,
Léjos de mi ficciones: No la vana
Popular aura anhelo despreciable,
Ni ha de baxar una deidad fingida
Por máquina al teatro conducida,
Sino el Dios verdadero, y formidable,
A quien espera para ser juzgado
El Universo todo arrodillado;
Ve allí ya el vasto circo prevenido
Para el linage humano,

De guardias inmortales circuido.
Populosas Ciudades,
Tribus, Provincias, Reynos van llegando,
Mundos inundan el imenso llano.
Los siglos llueven gente, y las edades.
Ve aquí á Estuardo, y á Nembrod unidos,
Mira allí á Adan gozoso saludando
A sus últimos nietos sorprehendidos.
¡O y quán fútiles son Artes, y ciencias
Miéntras no sirven á emendar la vida
Y enderezar al hombre, que va errado!
¿Quánto tiempo sin fruto se ha gastado,
Quántas dudas ha habido, y competencias,
Quánta tinta esparcida
Entre los literatos mas famosos
Sobre el dia preciso, en que naciéron
Tales, y tales Héroes, ó muriéron?
¿Qué mejor ocasion hombres curiosos
Podréis hallar para satisfaceros?
¿Con qué gozo veréis en este dia

Tal muchedumbre de olvidadas gentes
Tantos varones sabios, ó guerreros,
Cuya vida tal vez ilustraria
Los siglos, que al Diluvio han precedido?
¡Mas ay, otros cuidados mas urgentes
Ocupan su atencion! ¡Desatendido
Pasará el mismo César á su lado
Por quien fué todo el Orbe subyugado!
¡O, qué inmenso concurso! ¡No le exceden
En número las olas que á la costa
Arroja el mar, ni su menuda arena;
Ni comparar se pueden
Las infinitas hojas que en la amena
Campiña y en los bosques Syrio agosta,
Ni la brillante multitud de Estrellas,
Que el Cielo aclaran con sus luces bellas.
Los Exércitos mismos que oprimiéron
Al mundo con su horrenda muchedumbre,
Que á un Imperio dixéron
Cae de la alta cumbre:

Y á otro, *ocupa el lugar del que ha caido,*
Siendo siempre su gusto obedecido:
Cuya gran retaguardia aun se ocultaba,
Envuelta en noche oscura,
Quando la hermosa Aurora ya doraba
De la vanguardia la espaciosa anchura,
Sus huestes á las armas convocando,
Y en el bruñido acero reflexando;
El mundo de guerreros dirigido
Por el soberbio Xerges, el famoso
Exército que en Cannas destruido
Al Romano orgulloso
Dexó, y que si igual golpe repitiera
Los decretos del hado deshiciera,
Que á aquel Pueblo el imperio
Señalaban de todo el emisferio
Los campos de Blenchim, y Ramilia;
En vano de su número fiados
Ostentan sus millones á porfia
Para ser en la turba distinguidos:

Como una ola en los mares alterados
Se ven en el concurso confundidos.
Mas ya los ayres rompe una espantosa
Voz que dice en acentos repetidos
Estad hombres al Juicio preparados.
La tierra temerosa
Vuelve á temblar de nuevo, y al gemido
Responde el negro abismo estremecido.
¡O, tú, qualquier que seas, que has llegado
Nacido baxo un signo afortunado
A ser entre los hombres poderoso,
Que con valor, é industria has conseguido
Unir baxo tu cetro victorioso,
A pesar de enemigos coligados,
Vastos dominios, ántes separados;
Tú, que el dia del triunfo envanecido
Dixiste con sacrílega osadía
Sin disputa Jehová te dexó el Cielo,
Mas es mio el imperio de este suelo,
No alces los tristes ojos este dia!

¿ Mas dónde vas, ó Musa, ya perdida?
¿ Qué metro has de emplear , ó qué medida?
De púrpura luciente un ancho velo
Inflama de repente el alto Cielo;
Rásgase, y en su centro ya patente
A una inmensa distancia el trono augusto
Se descubre del Rey Omnipotente,
De luz ceñido y claridad eterna,
De donde inmóvil con imperio justo
Todo lo mueve , todo lo gobierna,
Y exâmina con sola una mirada
La serie de sus obras dilatada;
Las cria , las aumenta , ó disminuye,
Las adorna , y mantiene , ó las destruye,
El tiempo y el lugar , materia y forma,
Vida y gracia postrados á sus plantas,
Aguardan para obrar que les dé norma,
Y vuelan á cumplir sus leyes santas:
De allí nos ve qual débiles gusanos
Andar vagando ufanos

Por el espacio estrecho
De este globo en los ayres suspendido,
Que así como fué hecho
Fuera de un solo aliento destruido:
De allí veo....No es dable que resista
Tal piélago de luz la mortal vista....
Sobre un movible trono refulgente,
Baxando va de gloria coronado,
El Hijo Eterno del Omnipotente,
De aquella Magestad acompañado
Con que dió el ser al mundo,
Y con que al gran rebelde hasta el profundo
Arrojó en vivas llamas abrasado.
La virtud, el dominio, la alabanza,
Y el poder le sostienen humillados.
Al rededor del cuerpo magestuoso,
Como el Zodiaco vivo fuego lanza,
Un cinto luminoso,
Que á los Angeles dexa deslumbrados;
En sus cejas la obscura noche mora,

Y en sus mexillas la rosada aurora;
Si la vista propicio á qualquier lado
Vuelve, nace al instante un Paraiso,
Mas si mira irritado
Le convierte en cenizas de improviso;
En una mano brilla el prodigioso
Volúmen de la ciencia verdadera,
De la justicia en otra reverbera
El acero desnudo y espantoso.
¡Id pues ahora ingratos, y burlaos!
¡Presentadle la caña sin rezelo,
Tratadle de impostor! Arrodillaos,
Y escupid en su cara al mismo Cielo.
Desde el remoto Empíreo, de esta suerte,
Desciende ya con paso magestuoso,
El dueño de la vida, y de la muerte,
Los truenos le rodean,
Con estruendo horroroso,
Y á sus plantas los rayos centellean;
El esquadron Angélico formado,

Con brillante aparato en varios Coros,
Con dulces instrumentos,
Y cánticos sonoros
Repite el triunfo de su Rey sagrado:
¡Celestiales acentos!
¡Si el mismo Lucifer os percibiera
A ser feliz segunda vez volviera!
¿Qué es esto, Rey del Cielo?
¿Qué novedad extraña?
¿Eres tú el mismo, que en Belen nacido,
Vestido el mortal velo,
En un pesebre humilde reclinado
Por el desprecio, y saña
De los hombres, te hallaste reducido
A ser entre los brutos albergado,
Y por mas miserable reputado?
¡O! ¡quán distinto estás de aquel que vimos,
Por dar á nuestros males medicina,
Lavar postrado con bondad divina
Los mismos pies criados por su mano!

¡De aquel, cuyo dolor compadecimos,
Quando hecho oprobrio del linage humano
Fuiste vendido, preso, y azotado,
Escupido, de espinas coronado,
De una cruz afrentosa suspendido,
Y con viles ladrones confundido,
Llorando el Cielo el atentado horrible
Y el mundo despreciándolo insensible!
¿Quién, infeliz Caifás, quién se engañaba?
Dinos, el reo ó tú, ¿quién blasfemaba?
Rasga tus vestiduras afligido
Al ver en tal estado al que oprimiste;
¡Admírate! su sangre que vertiste,
Corrió, para que fueses redimido.
Mas ya aquella triunfante comitiva
A duplicada altura
Que el remoto Saturno se detiene;
Dos columnas se forman luminosas
De nubes condensadas, la una estriba
En la tierra, en el mar la otra asegura

Su ancha base que firme se mantiene
A pesar de las olas espumosas,
Que sus cimientos baten espantosas.
Un arco inmenso de cristal luciente,
Y mas que el jaspe duro,
Sobre las dos columnas apoyado
Sirve de asiento al tribunal sagrado;
De la hermosa cornisa un trasparente
E inmenso velo del azul mas puro
Pende á arbitrio del céfiro fluctuando,
Y al pie de una columna sollozando
Está la fiera muerte encadenada,
Y con su mismo acero traspasada;
Sobre el trono elevado
Se sienta el Juez augusto revestido
De un real manto de estrellas esmaltado.
A sus divinos pies un encendido
Sol les sirve de apoyo, y cada instante,
Rios de fuego arroja rutilante;
Un Arcángel con grande acatamiento

Desarrolla de la hasta la preciosa
Bandera de Jesus, que victoriosa
Ondeando por el viento
A veces la mitad del cielo cubre,
Y á veces totalmente lo descubre:
La roxa Cruz que en medio está esculpida
Vibra rayos de luz tan encendida,
Que al paso que reflexa á qualquier lado,
Vuelve el ayre y la tierra
De color encarnado:
Arde la selva umbrosa y la alta sierra,
Y el mar callado, y muerto en su hondo asiento
Queda teñido de color sangriento.
¡O! ¡magnífica gloria formidable!
¡Resplandor para el malo intolerable!
Pero detente, ó Musa.... No reveles
Los deseos crueles,
Los negros pensamientos abrigados
Dentro del corazon de los impios:
No horrorices al Sol con tal diseño:

No digas que quisieran fuese sueño
Su estado y ser del todo aniquilados;
O que igualarán al furor sus brios
Por derribar de Dios el alto trono,
Y en su divino ser saciar su encono.
Mas dinos con acentos mas suaves
Un remedio seguro si lo sabes,
Para poder mirar con alegría
El horrible trastorno de este dia:
¿Qué remedio ha de haber sino el sincero
Dolor de los pecados, la violencia
Hecha á la voluntad desarreglada,
La continua oracion y penitencia,
Y el amor verdadero
Al que nos ha sacado de la nada?
Mas ya con un fervor desconocido
Mi corazon postrado
Al Dios eterno en este templo augusto,
De los Cielos rodeado,
Para dueño tan grande aun reducido,

Paga rendido el vasallage justo.
¡O tú, Señor! que en tu balanza pesas
Los montes, cuyas leyes humillado
El mar rebelde y fiero reconoce,
Que con solo tu aliento
Puedes volver sus aguas en pavesas,
O aplacar su furor desenfrenado;
Un hijo de la tierra que conoce
Lleno de rendimiento
Ser el mas vil de todos los humanos,
A tus pies soberanos
Se postra humilde, arrepentido llora,
Y tu bondad sin límites implora.
Manda, Señor, que en sempiterno olvido
Queden todas mis culpas sepultadas,
Y del libro temido
De tu justa venganza sean borradas;
Haz que yo reconozca mi flaqueza,
Que te consagre mi alma totalmente,
Y siempre en tu servicio diligente

Jamas pierda de vista tu grandeza;
Reyna en mi voluntad; á tu ley santa
Sujeta mis pasiones orgullosas
Con duro freno; aviva y adelanta
Las que á servirte fueren perezosas;
Jamas las mueva algun motivo humano,
Sino solo tu gusto soberano;
Si la cólera bulle, haz que dirija
Su terrible furor contra el pecado;
Si mi amor se enardece, solo elija
Por objeto aliviar al oprimido:
Mi entendimiento siempre esté empleado
En meditar el libro, en que dictaste
Tu santa ley, al hombre ántes perdido,
Y el camino del Cielo le enseñaste.
¿Quién es el que á la alegre Primavera,
Qual á una simple pastorcilla hermosa,
De flores olorosas la corona,
Y al Estío encendido saca á fuera,
Del lecho, en que reposa,

Como esposo del tálamo brillante?
Del varonil Otoño, ¿quién sazona
La vendimia abundante,
Y la fruta tan varia, y deleytable?
¿Quién manda al viejo Invierno inexôrable,
Que sus frondosos árboles desoje,
Y de todo su adorno le despoje?
¡No es el temido Turco ciertamente,
Ni el César, ni aquella Reyna tan potente,
Que sin salir de su Isla es en la tierra,
Arbitra de la paz, y de la guerra!
Contribuian el mar, la tierra, el cielo,
Y todas las criaturas juntamente,
A que crezca mi zelo,
Y á su divino autor tenga presente.
Si truena, ó ruge el mar, estremecida,
Respete mi alma tu venganza fiera,
Si la tierra florida,
Rie, y con cara alegre, y placentera,
Lucen los Astros, póstrese gozoso,

Mi corazon, y tu bondad adore;
En todas las escenas de la vida,
En pobreza, en riqueza, en paz, ó en guerra;
Humilde, y obsequioso,
Siempre igualmente tu piedad implore.
Tu amor solo en mi pecho halle cabida,
Todo otro amor solícito destierra.
Quando el desnudo acero resplandece
En nuestras manos, ó en la paz cantamos
De nuestras parras á la dulce sombra,
¿Quién sino tú los brazos fortalece,
Y al enemigo asombra,
Para que la victoria consigamos?
¿Quién sino tú enriquece
Nuestras vides con frutos sazonados?
Tú á las uvas das nectar delicioso,
Y con dorada copa nos recreas,
Tú haces volar los dardos disparados,
Y afilas nuestro acero victorioso;
Tú eres el que peleas

Por la Reyna de Albion, y el Soberano
Cetro del Norte pones en su mano:
Concédeme, Señor, que con la aurora
Comience mi oracion, y todo el dia
Te lo consagre á tí, quando empezare,
Que miéntras el Sol dora
El Horizonte, le haga compañía,
Y al paso que él su curso remontare
Mi amor vaya creciendo fervoroso,
Sin caer quando el astro fatigado,
Concluya su camino luminoso,
Baxando al Occidente apresurado;
Haz, que la noche misma quando oculta
La vasta perspectiva de este suelo
Con el obscuro, y estrellado velo,
El bullicio sepulta,
Y en silencio profundo
Ruedan sus astros alumbrando el mundo,
Con una luz templada, y apacible,
Eleve á tí mi corazon sensible.

¡Cómo vá su quietud adormeciendo
El tumulto de todos los cuidados,
Y la virtud divina introduciendo
En nuestros corazones sosegados!
¡Qué ocupacion tan noble, y deliciosa,
La de viajar por la estrellada via,
Que á la mansion conduce venturosa
Donde habita el Eterno Rey del dia!
La de ver de tal corte la hermosura,
Sus brillantes, y amables moradores,
Solicitar su amor, y sus favores,
Y echar los ojos desde aquella altura,
Al Orbe envuelto en sombras sumergido
En torpe sueño, y en profundo olvido!
¡No haces, ó Dios Eterno, que la tierra
Tiemble hasta el hondo centro conmovida!
Pues sujeta, y aterra,
La soberbia de mi alma endurecida.
Tú, que del mar refrenas los furores,
De mi sangre el tumulto tranquiliza;

Enséñame á vencer con igual fuerza,
Placeres , y dolores;
Haz , que mi corazon nunca se tuerza,
El áspero camino tú suaviza
De la virtud , para que en él no cese,
Y el amor mas ardiente te profese:
Haz, que anhele , y consiga victorioso
La corona inmortal, que tú en el Cielo,
A los justos reservas amoroso,
Y que el dia postrero sosegado,
Vea abrir el gran libro sin rezelo;
Que así feliz , y bienaventurado
Para siempre en amarte esté ocupado,
Mi Dios , y en alabarte agradecido,
A los Coros Angélicos unido.

Esse quoque in fatis reminiscitur affore tempus
Quo mare, quo tellus, correptaque regia Cœli
Ardeat, et mundi moles operosa laboret...
Ovid. Met.

Escrito está, nos dicen, en los hados,
Que un dia el mar, la tierra, y estrellados
Alcázares del Cielo destruidos,
Serán en vivas llamas consumidos,
Y el inmenso edificio de este mundo
Luchará con su suerte moribundo.

CANTO TERCERO.

Por fin voy á cantar con nuevo alìento,
Del libro de la vida la abertura,
El bienaventurado eterno asiento
De Angeles, y hombres justos, la futura
Suerte de los culpados,
Sus tormentos eternos, y extremados,

Los tenebrosos reynos del espanto,
Y las mansiones del eterno llanto.
Asunto, que aunque el último al intento
Es acreedor al canto mas sublime;
Así tú, ó Musa, eleva el sacro acento,
Dexa nuestro emisferio,
Y sube mas allá del vasto imperio
Del firmamento, ó para siempre gime,
Del humano favor destituida,
Y en el obscuro polvo confundida.
Mas ya al llegar al fin de su jornada
Se anima, se enardece, y esforzada
Hácia el Polo estrellado
Se remonta con vuelo arrebatado:
Al paso que se aleja, le parece
Mas chico nuestro globo, y se obscurece
La luz del Sol á su apartada vista;
El alto Cielo quanto ménos dista,
Mas clara su hermosura va mostrando,
Y resplandor mas vivo fulminando.

Ya arrebatada escucha los acentos
Del Angélico Coro repetidos,
Por los remotos ecos, y los vientos,
Ya de diez mil trompetas los bramidos
El Universo atruenan; ya un profundo
Y general silencio lo adormece:
Angeles, y hombres callan, y parece
Que el Cielo ha fallecido con el mundo:
El Juez divino desde el alto asiento,
Revolviendo la vista magestuosa,
Llena de inmensa gloria el firmamento:
Pone luego la mano poderosa
Sobre el libro precioso de la vida,
De ardientes Serafines sostenido.
Quebranta el sello, y suena en la extendida
Naturaleza un fúnebre gemido.....
Y tú, alma mia, (postrate al instante,
Y en el polvo humillada,
Ora á tu Rey triunfante.)
Y tú, pobre alma mia,

¿Te encontrarás escrita en aquel dia
En su brillante página sagrada?
A la voz de un Arcangel, dividido
En dos rebaños el linage humano,
Queda á diestra, y siniestra repartido;
Mira á la izquierda mano,
¡Qué semblantes tan tristes, y espantados!
¡Qué horror aun mas cruel, que el de la muerte,
Reyna en sus corazones desmayados!
¡Cómo lamentan su infelice suerte!
¡Cómo hieren sin fruto arrepentidos
Sus pechos de congojas oprimidos!
¡Quál apartan la vista amedrentada,
De la importuna luz que les persigue!
Mas en vano la evitan, que porfiada
A todas partes con furor les sigue:
Lee en sus fieros ojos tenebrosos
Sus pensamientos negros, y rabiosos;
Cada gesto estremece; en su mirada
La cruel inquietud se ve pintada:

No dan gemido alguno, que no vaya
De horrible desconsuelo acompañado.
Esto basta, Lector, si eres culpado,
Ahórrale á mi Musa lo restante;
Tu corazon explaya,
Detente á exâminarlo un breve instante,
Que en él sin duda encontrarás mas viva,
Y mas extensamente dibujada,
Tan funesta, y horrenda perspectiva.
Si vieras á tus padres, ó á tu hermano,
A tu consorte amada,
Y á tus hijos, que dulce compañía
Te hiciéron algun dia,
Cuyo cariño te tenia ufano,
Que reputáron siempre como suyos
Tus intereses, y en amarte unidos
Jamas un solo instante de los tuyos
Tuviéron sus deseos divididos;
Si los vieras, te digo, separados
Para siempre de tí, llenos de gozo,

Al Cielo destinados,
Y tú solo á la izquierda abandonado,
Hecho objeto de horror, al calabozo
Infernal sin remedio sentenciado,
¿Qué dolor sentirias? ¿Qué millones
No dieras por un dia, un solo instante,
Para poder cambiar tu triste suerte?
Ni oprobrios, ni baldones,
Ni el trabajo incesante
Podrian contrastar tu empeño fuerte
De seguir la virtud con eficacia,
Rabioso contra el vicio combatiendo,
Y aprovechar los medios de la gracia,
Un siglo en un momento redimiendo;
Piensa en parar un fiero torbellino,
En calmar de repente el mar ayrado,
En detener al Sol en su camino,
Mas pierde esa esperanza, ¡ ó desdichado!
Vuélvete ahóra á la derecha, y mira
La imágen de Dios viva en sus semblantes,

De sus ojos admira,
Las luces inmortales, y brillantes:
Gozosos, á la verde Primavera,
De su edad juvenil restituidos,
¡Cómo las nuevas flores reberbera
De sus rostros el bello colorido!
¡O hermosura triunfante que hechizados
Dexa á los mismos Angeles gloriosos!
¡Con qué seguridad, y qué confiados
Fixais en vuestro Juez los venturosos
Ojos, sin que os deslumbre su radiante
Resplandor, ni os altere su irritado
Ceño de viva cólera inflamado,
Ni el tribunal augusto, y fulminante!
Serenos veis arder tranquilamente,
La indignacion del Dios Omnipotente.
¿Y son estos los cuerpos, que yacian
Mezclados con el polvo, y corrompidos
De pasto á los gusanos les servian?
¡Felices de vosotros, ó escogidos!

Mas con todo aun les queda algun resquicio
De temor, aunque débil, é infundado,
Al ver presente aquel tremendo juicio,
Que templa el gozo de su nuevo estado:
Así como el robusto marinero
Que cerca de su patria sumergida
La nave, ansioso de salvar su vida,
A una tabla abrazado,
Luchando con las olas del mar fiero,
Llega, al fin, á la costa desmayado,
Vuelve en sí, mas está tan confundido,
Que aunque se considera ya seguro,
Tiembla aun al ver el mar enfurecido,
Y al acordarse del pasado apuro,
Y de creer no acaba, que su amada
Familia de su cuello está colgada.
Ahora, que de Adan los descendientes,
Desde el primero al último presentes
A vuestra vista estan, alzad los ojos,
Vanos mortales, que correis perdidos,

Entre espinas, y abrojos,
Tras de la débil aura de la gloria,
Mirad al rededor, y enardecidos
Buscad, buscad los rastros luminosos,
De las antorchas del linage humano,
De aquellos hombres grandes, que la historia
Llenáron de sus hechos valerosos,
Que con las fieras armas en la mano
Naciones numerosas sujetáron,
Y fundáron Imperios formidables;
De los Varones sabios, y admirables,
Que cetros, y coronas resignáron,
O bien de los que Dioses se creyéron,
Y su orgullo feroz satisficiéron
Con su poder, los montes allanando,
Y los profundos valles ensalzando,
Que mudáron del rio caudaloso,
A su capricho, el curso presuroso,
Y con armada inmensa encadenáron
Los mares, y su furia refrenáron:

Todos sin distincion han perecido,
Y como sombra se han desvanecido:
¡ Verdad, verdad amarga á los oidos
Con vil adulacion adormecidos !
Aquella hora fatal, que el Rey del Cielo
De toda eternidad tuvo presente,
Para la qual el mundo fué criado,
El hombre fué formado,
Y en este baxo suelo
Su diestra Omnipotente
Con manos liberales ha esparcido
Los bienes, y los males permitido,
Los Imperios à veces levantando,
Y á veces su grandeza trastornando;
Aquella hora fatal tan ignorada,
Para la qual ha sido
Del Salvador la sangre derramada,
Al cabo de los siglos ha venido.
Del Cielo las magníficas moradas
Resplandecen aun mas en este dia,

Que quando el hijo del Monarca eterno,
Despues de haber dexado quebrantadas
Las puertas del infierno,
Entre Hymnos, y cantares de alegría,
Por el umbral del Cielo entró glorioso,
De un brillante esquadron acompañado,
De felices cautivos libertado
Del reyno del abismo tenebroso.
Debaxo, á una distancia incomprehensible,
Se ve el infierno abierto, y sus horrores.
Tinieblas, y visiones espantosas,
Indecibles tormentos, y dolores;
Un vasto mar de fuego inextinguible
Pálido alumbra aquellas tenebrosas
Regiones, que con olas siempre ahumadas
De azufre, y alquitran, las apartadas
Bóvedas de los Cielos amenaza,
Y las negras orillas despedaza,
Pidiendo con bramidos le sea dada,
La presa á sus furores destinada.

La vista se horroriza, y aun los hijos,
Los hijos de la luz tan apartados,
No pueden contemplar con ojos fixos
Tal abismo, y al verlo amedrentados,
Se apiñan al contorno del glorioso
Trono de su Monarca poderoso.
¡Tal es la horrible escena! Da un momento
Fin á nuestros temores, y esperanzas,
Y de Dios satisface las venganzas;
Prosiga el que se atreva..... yo ya siento,
Que el pincel se me cae de la mano,
La turbacion me ofusca, y se presenta
A mis ojos el mundo trastornado.
Ya veo al Juez terrible, y soberano,
Y me hace estremecer su ceño ayrado.
Mi sangre fria, y lenta,
Pára su curso, y mi alma confundida,
Tiembla al ver de su Dios la ira encendida.
¡Espectáculo horrible! Ya mi vista,
Por mas tiempo no es dable, que resista,

Desmayo, y de amargura penetrado,
Me parece, que escucho los lamentos,
Con que exhala sus tristes sentimientos,
El infeliz culpado.
¿Quién, dice el triste, quién ha quebrantado,
De mi dulce sepulcro los cerrojos?
Muerte cruel, que solo un breve instante,
Abrigaste mis míseros despojos,
¿Por qué me desamparas inconstante?
¡Y aun de esta casa triste, y reducida,
De esta pobre morada tenebrosa,
Bárbara, y envidiosa,
Me arrojas á la luz aborrecida,
Víctima de la cólera terrible
De un Dios, á mis sollozos insensible!
¿Y para qué? Para que eternamente,
De penas, y tormentos consumido,
Sirva de blanco á su ira Omnipotente
En ese mar de fuego sumergido;
Donde el horrible son de las cadenas

Sea el único alivio de mis penas,
Y á mi vista del llanto obscurecida,
Ningun otro consuelo se presente,
Que la maligna luz del pestilente
Fuego, de aquel abismo despedida.
¡Es posible que ahora á atormentarme
Las facultades todas se conjuren,
Que el Cielo, en otro tiempo mas piadoso,
Para labrar mi dicha, quiso darme;
Y crueles me apuren,
Sin dexarme un momento de reposo!
¡Memoria, voluntad, entendimiento,
Sentidos, me persiguen á porfia!
¿Y mi triste garganta, destinada
A cantar dulces Hymnos de alegría,
En incesante, y fúnebre lamento
Se ha de ver empleada,
Y en avivar con soplo sempiterno
Las homicidas llamas del infierno?
¿Ha de ser mi exîstencia la medida

De mis penas? ¡Crueldad incomprehensible!
¡Me confundo, y desmayo!
¿Ni aun una breve tregua concedida,
Ha de ser á mis ruegos? ¡Dios terrible!
No ha de lucir, siquiera un solo rayo,
En el benigno Cielo,
Para mí de esperanza, ó de consuelo?
¡O piedad! ¡O piedad! ¿Te has concluido?
¿El amor en su orígen se ha extinguido?
¡Mas qué digo infeliz! En mi desdicha,
¿Qué parte tiene el Cielo tan piadoso?
¿No murió su Monarca poderoso,
Para abrirme las puertas de la dicha?
¿No he sido yo el que ciego, endurecido,
Su paternal desvelo he despreciado,
Y su cólera horrible provocado?
Yo, yo mismo á su amor desconocido,
He fabricado mi cruel desgracia;
Tal mi locura ha sido, tal mi audacia,
Que sordo á sus clamores le he ofendido,

Y su bondad contra él he convertido.
¿Pues con qué cara su piedad imploro?
¡Ya para mí acabó! ¡Vano es mi lloro!
¡Venid, ministros de la eterna muerte,
Verdugos del infierno! ¡A mi despecho
Sus fuegos atizad! ¡Justa es mi suerte!
Satisfaced en este ingrato pecho,
La venganza cruel de un Dios ayrado......
¡Mas ay triste..... sin tiempo prefixado!
¡Jamas, jamas! ¡destino intolerable!
¡Sima, donde se pierde el pensamiento,
Abismo formidable,
Adonde rueda el alma estremecida,
De uno en otro tormento,
Sin hallar fondo alguno, ni salida!
¡Y esto por un pecado solamente!
Dios benigno, y clemente,
¿Por qué me has dado vida, y no me hiciste,
O flor, ó planta, ó piedra sin sentido?
¿Por qué me despertaste del dormido,

Polvo, y mi nacimiento maldixiste?
¿Por qué con tal crueldad arrebatarme,
De mi dulce quietud, y noche amada,
Y hacerme este presente pernicioso,
De una exîstencia eterna, y desgraciada?
¡No teneis, que envidiarme,
Animales felices! Vuestra vida,
Es breve, mas dotada de reposo,
De la inquietud jamas entristecida,
Ni del pesar tirano,
Y vuestra muerte un sueño sosegado.
¡La pena es para el hombre! Pena horrible,
Mas debida á delitos, que han causado,
Que la sangre de Dios corriese en vano.
Que en quanto era posible,
Sus dolores frustráron,
Y su pasion, y muerte aniquiláron.
¡Cómo! ¿Ha de ser eterno mi tormento?
¿No tendrá fin mi robustez, y aliento?
¿Siempre jóven seré para mi daño,

Y á cada paso muerto, y revivido,
Para saciar el fuego enfurecido?
¿No ha de dar fin de mí, dolor tamaño?
¡Triste de mí! ¡Vivir mas padeciendo,
Nunca acabar, y siempre estar muriendo!
¿Y esto, mi Dios, mi bien, por tu mandado?
¡Qué! ¿Se ha trocado la naturaleza?
¿He de esperar consuelo en la fiereza,
Del tirano infernal desapiadado?
¿Cómo puedes, Señor del alto Cielo,
Del centro de la dicha, y la alegría,
Mirar tranquilo la desgracia mia,
Y complacerte en verme sin consuelo,
En este mar de fuego, devorado,
Llamarte Padre, ó bien desesperado,
Blasfemar contra tí? ¿Quieres acaso,
Que engrandezca tu nombre mi fracaso,
Y que dé á conocer tu Omnipotencia?
Tú, que mueves el alto firmamento,
Sin hallar resistencia,

Que baste á detener tu brazo ayrado
Busca un objeto digno de tu enojo;
Con horrible tormento
Castiga el fiero arrojo
Del Angel obstinado
Que tenga de ofenderte atrevimiento;
Destruye mundos, ó hazlos nuevamente,
Tu poder exercita dignamente:
¡Mas en mí! ¡En un gusano!
No envilezcas tu brazo soberano:
Recoge, ó Dios, tus rayos, y serena
Tu furor, no combatas contra un triste,
Que el dolor enagena,
Que humilde se te postra, y no resiste;
Pues es tal mi baxeza,
Olvídame en el mar de tu grandeza.
Si hasta ahora tu bondad ha sido inmensa,
Ampárame piadoso,
No digan, que has mudado; con tu ofensa
Se ensalza el pecador, y adquiere gloria

Si consigue que tengas en memoria
Su maldad, y le mires irritado,
Háciendote olvidar de tu clemencia,
Pues logra así apartar tu Omnipotencia,
De las leyes, y curso acostumbrado;
Señor, no lo permitas, ó apiadado
Tu indignacion reporta,
Concédeme esta súplica harto corta,
Que despues, que sufriendo haya pasado,
Mil vidas entre llamas sumergido,
Que de mis ojos hayan ya salido,
Mares de llanto, y los tormentos mismos,
De estos negros abismos,
Durante tantos siglos empleados,
Pierdan su cruel fuerza á puro usados,
Concédeme, siquiera, el desdichado
Alivio de quedar aniquilado.
¡Sin fruto invoca el alma confundida
La clemencia olvidada!
Con el obsceno cuerpo sepultada,

Y en las eternas llamas consumida;
No tiene otro desquite ni consuelo
Que vomitar blasfemias contra el Cielo,
E implorar sus cadenas sacudiendo
La piedad de las llamas, aunque en vano,
Ya consigo luchando,
Y su cuerpo infeliz despedazando,
Ya con furor sus miembros retorciendo,
Ya llamando á la muerte,
Para que acabe su infelice suerte,
Sin poder aguantar la ira encendida
De Dios, en castigarla entretenida.
Entre tanto los hombres venturosos,
De su divino Juez favorecidos,
Suben al Cielo alegres, y gloriosos,
A ocupar de los Angeles caidos,
Las sillas, que perdiéron desgraciados,
Quando al infierno fuéron arrojados.
Van á aumentar brillantes éste dia,
De la Celeste Corte las lumbreras,

A llenar el Empíreo de alegría,
A coronar sus frentes placenteras,
De inmortales laureles, y en la fuente
De la verdad, beber eternamente,
De juventud perpetua revestidos;
A nadar en el piélago inefable,
De la felicidad, y agradecidos,
Alabar de su Dios la imponderable
Bondad, y la grandeza de su esencia,
Gozando para siempre su presencia:
Mas en vano mi Musa se aventura,
A querer remontarse á tanta altura;
El temerario canto deslumbrado,
Ya no puedo seguir, y perezosa,
Se detiene la pluma. Quien sea osado,
Acabe la pintura prodigiosa,
Que yo rendido al peso, que me oprime,
Otro tema menor, aunque sublime,
Voy á cantar; el mundo destruido,
Y el cielo en vivas llamas consumido.

La hora fatal, el punto es ya llegado;
Ya la naturaleza se estremece,
Al ver su fin cercano;
Ya el fuego de los rayos resplandece,
Ya retumban los truenos, y poblado
De meteoros arde el ayre vano;
A la señal de un trueno pavoroso.
Todos estos horrores de repente,
Con estruendo espantoso,
Rodean nuestro globo, y juntamente,
Se arrojan á incendiarlo; ya ácia el cielo
El humo sube en negros torbellinos,
Mezclados con la llama, que del suelo
Se eleva en encendidos remolinos,
Las espesas tinieblas aclarando,
Y en el remoto Polo denegrido,
Su resplandor funesto reflexando;
Desde los quatro extremos de la tierra,
Sueltan todas las riendas á los vientos
Los Angeles, y animan su fiereza:

El terrible esquadron á un tiempo cierra,
Y esforzando furioso sus alientos,
Sopla con tal brabeza,
Que hace subir horribles llamaradas,
Que unidas en el ayre, y dilatadas,
Vastos mares de fuego van formando,
Y todo quanto encuentran devorando:
Aquí suben pirámides de llama,
Que en una ruina envuelven,
Ciudades, y desiertos; allí lucen
Masas de fuego enormes, que disuelven,
Aquel Reyno remoto, que á la fama
Ocupó, y á pavesas lo reducen:
Allá caen los montes ya minados,
Sobre los hondos valles abrasados.
¿Oyes esos horribles estallidos,
Por los remotos ecos repetidos,
Que hacen temblar al mundo amedrentado?
Pues son el alto Olimpo tan erguido,
Y el Atlas aun mayor, que han reventado,

Y en el profundo centro se han hundido,
Montes, ambos, tan grandes, y encumbrados,
Que fuera del dominio se creian,
De los eternos hados,
De la diestra de Dios, obra admirable,
Cuyas soberbias frentes encubrian,
Con su sombra Paises dilatados;
¡Y ahora pasto de un fuego formidable,
Del todo destruidos,
En ceniza, y en humo convertidos!
Muéstrame, ó Musa, aquel famoso imperio,
Adonde humildes iban con confianza,
Las naciones de todo el emisferio,
A mendigar riquezas, ó venganza;
Reyno, que Dios habia enriquecido,
Y con preciosos dones distinguido,
Aquel Pais en armas tan temible,
La gran Bretaña, digo.... No es posible,
Que el fuego haya llegado á acometerlo,
Basta el mar, que lo cerca á defenderlo....

¡Mas qué miro! ¡El mar mismo se ha encendido!
Sus fieras ondas con hervor horrendo,
Como aceyte la llama enfureciendo,
A pavesas lo dexan reducido:
Ya preguntan los Angeles pasmados,
¿Dónde estuvo la América famosa?
¿Dónde la Europa, en armas tan gloriosa?
¿Dónde los arenales dilatados,
De la Libia, y las minas de diamantes,
De la India tan preciosas, y abundantes?
Los Imperios mas vastos inundados,
De un diluvio de fuego han perecido,
Sus ruinas se han mezclado, y confundido:
Así acabáron todos sus tratados,
Sus contiendas, sus guerras, é igualmente
La ambicion de mandar, ciega, y ardiente.
Todos los habitantes, que pobláron,
La tierra, el mar, y el ayre, que anduviéron,
Arrastráron, nadáron, ó voláron,
Y que de Adan sus nombres recibiéron,

Perecen este dia sumergidos
En las llamas del fuego victorioso;
¡Mas ya nuestros confines encendidos,
No bastan á saciar el espantoso
Elemento! de nuevo embrabecido,
Prende en las altas nubes, y al instante,
De una en otra el incendio propagando,
De todos los obstáculos triunfante,
Con horrible estampido,
Las bóvedas del cielo va abrasando;
La Luna, y el Sol arden, las Estrellas
Desaparecen todas, y con ellas,
Perece el universo enteramente.
¡Ni aun rastro queda de su antiguo asiento!
Una hora ha destruido este portento,
Que seis dias costó al Omnipotente.

ADVERTENCIA PRÉVIA

Á LA PARÁFRASIS DE JOB.

Nada se sabe de cierto acerca del tiempo en que floreció Job : la opinion mas recibida es, que fué anterior á la entrada de los Israelitas en la tierra de Promision, y aun muchos con nuestro Young creen, que el sagrado libro que contiene su vida y trabajos fué escrito por Moyses, fundados en varias razones, de las quales se verán algunas indicadas en las Notas, que acompañan esta Paráfrasis : no ha faltado quien siguiendo la opinion de muchos Intérpretes Judíos, ha creido que el libro de Job no era una historia verdadera, sino una mera parábola compuesta por Moyses, para animar á los Israe-

litas á sufrir con paciencia los largos y penosos trabajos del desierto ; pero esta opinion contradice abiertamente á los testimonios mas claros de la Sagrada Escritura : Dios mismo en el libro de Ezequiel habla de Job, como de un hombre real y verdadero, igual á Noe y Daniel : en el libro de Tobías la paciencia de éste y la de Job, se proponen para exemplo de la posteridad ; y el Apóstol Santiago despues de recomendar á los fieles la conformidad en sus aflicciones con el exemplo de los Profetas, que habláron en nombre del Señor, les hace á la memoria la paciencia de Job, y el fin dichoso con que Dios la coronó : omito otras razones por no molestar á los Lectores. Siendo así el libro de Job una historia verdadera, lo son igualmente los hechos que contiene, y los Discursos que en ella se leen, representan fielmente los pensamientos, y el modo de opi-

nar de cada personage; pero el Espíritu Santo, que guió la pluma del Sagrado Escritor, quiso explicar estos pensamientos de un modo figurado, y muy distinto de nuestro ordinario modo de hablar: como Job fué Profeta, y su vida igualmente profética, pues todos sus trabajos y sucesos figuráron los que habia de padecer el Redentor del mundo, quiso Dios que su libro se escribiese con el mismo estilo que los demas Profetas, que aunque cuentan sencillamente los hechos, usan de un estilo muy sublime, y enteramente distinto quando hablan de Dios y de sus maravillas, y quando tratan de reprehender, exhortar, y consolar ó pronosticar los misterios de la Ley de gracia. Me ha parecido suficiente esta corta advertencia para aclarar las principales dificultades, que pueden ocurrir al Lector, quien encontrará en las Notas del Autor, y en alguna ú otra,

que yo he añadido, explicadas las que aquí no lo estan. Las Notas del Autor van señaladas con la letra *A*, y las mias con la letra *T*.



PARÁFRASIS

DEL LIBRO DE JOB.

Job en el tiempo antiguo fué dotado (1)
De larga, y feliz vida, y respetado
Por sus riquezas, y su conocida
Virtud, que de ninguna fué excedida:

(1) *A.* El discurso del Omnipotente contenido en el cap. 38. y siguientes del libro de Job, que es el objeto de esta Paráfrasis, es sin duda, la porcion mas sublime del mas magnífico Poema del mundo, y como dice un Autor nuestro, lleva tanta ventaja á las demas Poesías en la grandeza de los pensamientos y expresiones, como un trueno espantoso al mas débil susurro. Para dar mayor claridad y realce á esta parte del Poema, y mayor facilidad al Lector para conocer su sublimidad, he compendiado todo lo antecedente y consiguiente, y lo he juntado con

De los soberbios Reyes del Oriente,
Fué su suerte envidiada,
Y aquella permanente
Felicidad, que nunca era turbada:

ella, de modo, que he compuesto una especie de Epítome de todo el libro de Job. He echado mano del título de Paráfrasis, porque no he hallado otro que corresponda mejor á las muchas libertades que me he tomado en la traduccion. He omitido, añadido, y mudado todo lo que me ha parecido: la descripcion del cometa, del sol y otras, son mias: he dado mas extension á las del pavon ó pavo real, del leon, y algunas mas; acomodándolo todo, en quanto ha sido posible, al órden regular de nuestra poesía: qualquiera que compare atentamente esta Paráfrasis con el original, conocerá fácilmente, á mi parecer, los motivos que he tenido para tomarme tales libertades. Longino gasta un capítulo entero en tratar de las interrogaciones, por lo mucho que contribuyen al estilo subli-

Mas , en fin , llegó el caso , que empezáron
Las desgracias crueles,
En seguir á la dicha siempre fieles,
A dar sobre él , y en breve desquitáron
La tregua , que habian dado,
Dexándole hasta entónces descansado;
En esquadron á un tiempo le envistiéron, (2)
Todas con mano armada;
La muerte en su familia encarnizada,

me. Este discurso del Omnipotente á Job hierve de ellas , y con efecto parece el estilo mas propio de la Magestad ayrada , y se distingue de los demas modos de reprehender , así como el mandar á un delinqüente que se quite á sí mismo la vida , se diferencia de quitársela por mano agena , pues el que pregunta y persuade al culpado de su delito , le obliga á sentenciarse á sí mismo.

(2) *T.* Deseando el Todo-Poderoso probar la paciencia de Job , y acrisolar su virtud, permitió al demonio que exercitase libremente to-

La pobreza, y miseria se reuniéron,
Con la debastadora
Espada de sus bienes destruidora,
Y lenguas venenosas;
Las úlceras, y llagas dolorosas,
De modo el triste cuerpo le llenáron,
Que lugar para mas no le dexáron:
Mudanza tan terrible,
¿Qué mortal corazon puede aguantarla?
Desdicha tan horrible,
Que la suerte no pudo ya agravarla,
Y su furia agotada,
A Job no le dexó que temer nada:
Todo él á los dolores entregado,
La tierra con su llanto
Regó en el polvo, inmóvil, y postrado,
Y el pecho hirió agobiado del quebranto.

do su furor, así sobre su persona, como sobre su familia y riquezas, exceptuando solo la vida del mismo Job.

En torno sus amigos afanados, (3)
Su cruel afliccion compadeciéron,
Y en su alivio empeñados,
Su llanto con el suyo confundiéron;
De la horrorosa angustia enagenados.
Sus vestidos rasgáron,
Y en profundo silencio sepultados,
Siete dias pasáron;
Demostracion debida
A pena tan extraña, y tan crecida.

(3) *T.* Estos amigos se llamaban Elifaz, Baldad, y Sophar, viniéron á consolarle; pero obstinados en que era imposible que Dios le hubiese puesto de aquel modo, no siendo culpado, sin hacerse cargo, que su Divina Providencia exercita con trabajos aun á los mas justos en esta vida, para recompensarlos con usura en la otra, léjos de aliviar á Job lo afligiéron mas y mas con sus palabras injuriosas y mal fundadas.

Job el largo silencio interrumpiendo,
Sin poder contener su dolor fiero,
Con suspiros las voces confundiendo,
Maldixo el dia, que á dolor tamaño (4)
Le condenó; aquel dia en que primero
Entré en el universo sea borrado,

(4) *T.* Estas imprecaciones, nacidas, al parecer de desesperacion, no fuéron en el Santo Job sino expresiones de un justo dolor; porque aunque á sus mismos ojos no hallaba en sí culpa alguna, temió que quizas á los de Dios habria perdido la inocencia, ya con alguna oculta soberbia, ya con algun pecado de pensamiento, como aquellos de que habla David, quando dice: *Ab occultis meis munda me Domine*, límpiame, Señor, de mis pecados ocultos: en este sentido, y no en otro se han de entender dichas expresiones, pues que al fin del libro dice Dios mismo, que Job, su siervo, habia bablado siempre delante de él, segun la justicia y la verdad, y que en todos sus discursos resplande-

De los dias del año,
Clamó, y tenido por desventurado;
Cúbranle las tinieblas, y en la vana
Eterna noche quede sepultado:
De la muerte inhumana
La guadaña homicida,
Invocó con instancia repetida,
A fin de que piadosa
Diese fin á su vida dolorosa,
Y el sueño apetecido
Le concediese en la feliz morada
Del Sepulcro, en que todos los mortales,
En brazos del olvido,
Descansan de sus males;
Donde no es angustiada
La vida de los Reyes poderosos,
Ni es ya por consejeros mentirosos,

ce el temor de Dios, de que estaba penetrado, y se encuentran las expresiones mas admirables de paciencia.

Con vil adulacion envenenada:
Sus quejas y lamentos repetidos
A todos sus amigos admiráron,
Y creyendo los Cielos ofendidos,
A reprehenderle acordes comenzáron,
Y á imputarle una vida deprabada,
Por causa de su suerte desdichada:
Se encendió la disputa, y resentido
Job, al ver su inocencia calumniada,
Defendió con viveza su partido;
De una en otra razon se propásaron
A tratar de materias no alcanzadas,
De las luces del hombre limitadas,
Y confusos al fin todos calláron.
Quando viéron abrirse con espanto (5)

(5) *A.* El libro de Job, se puede decir que es una especie de drama, al modo de las Tragedias de la antigua Grecia, todo es un hecho cierto, adornado sin separarse de la verdad, con todos los colores de la Poesía, y el discur-

Los Cielos, y al impulso repentino
De un negro torbellino,
Obscurecerse el Sol, y del Dios Santo,
De enmedio de la nube tenebrosa,
Oyéron resonar la temerosa
Voz, que clara, y severa,
A Job se dirigió de esta manera:

I.

¿Quién es el que las riendas atrevido
Suelta á su lengua, y de su Dios pretende,
Del polvo levantando el cuello erguido,

so de Dios desde el torbellino, es, digámoslo así, el que desata el nudo, y aclara todas las dificultades. Estas apariciones del Señor en aquella forma, eran frequentes en aquellos tiempos, por lo que se nos dice en el cap. 29. del Éxôdo, y primero de Ezequiel, que Dios habita en espesas tinieblas, y camina sobre los torbellinos.

Las obras reformar? ¿y quién reprehende
Con temerario arrojo su justicia,
Queriéndola arreglar con su impericia?
Ven, tú, hasta ahora lleno de insolencia,
Mírame si te atreves, cara á cara,
Muestra tu ciencia rara,
Responde libremente en mi presencia.

II.

¿En dónde estabas quando nació el mundo?
¿Quién de la vasta tierra el fundamento
Plantó firme, y profundo?
¿Y quién la colocó sobre su asiento?
¿Quién su espaciosa anchura
A nibel extendió? A su mole inmensa,
¿Quién le dió la figura,
Y aquella fuerza intensa,
Y equilibrio, que tiene
Con que en el ayre vano se mantiene?
¿Y qué brazo primero

Suspendida en la nada
La tuvo? ¿Por qué mano colocada
Fué la piedra angular del mundo entero,
Quando con armonía melodiosa
Cantáron las estrellas,
Y astros de la mañana,
Dorando el orbe con sus luces bellas,
E hiciéron resonar su prodigiosa
Bóveda con triunfal alegre, *hosanna*,
Quando todos los Angeles uniéron
Sus voces, y con Himnos me aplaudiéron,
En tanto que con truenos espantosos
El inmenso vacío respondia,
Y por sus espaciosos
Ecos mi excelso triunfo repetia?

III.

¿Los Reynos de la tierra has visitado
Uno por uno, ó acaso has circundado,
Con ese perspicaz entendimiento,

Como con hilo su extendido asien to?
¿Qué mano á las montañas, que levantan
Sobre la tierra la soberbia frente,
Y á cubrir se adelantan
Dilatadas Provincias con su sombra,
Les dispuso el asiento permanente
Y las pesó primero en su balanza?

IV.

¿Qué cetro al mar, cuyo furor te asombra,
A sugetar alcanza?
Yo, yo fuí quien con brazo poderoso,
Madre donde cupiese
Le abrí en la tierra, para que rabioso
Lo restante del mundo no sorbiese;
Con mi palabra como con cadenas
Sujeté su soberbia, y las arenas
Quise, que limitasen
Su furor, y su imperio señalasen:
Quando horrible tormenta lo obscurece,

Y con hirvientes olas se embrabece,
Viendo allí impreso mi inmortal decreto
Que dice: *á tu furor es concedido*
Llegar aquí , no pases atrevido.
Sus olas amansando con respeto, (6)
En su centro obediente se contiene,
Y la orilla á besar humilde viene:

(6) *A.* Todo lo precedente es sublime, pero este pensamiento lo es aun mas; qualquiera queda pasmado al ver el vasto y furioso Océano, gobernado con tal facilidad, obedecer puntualmente á las leyes que se le prescriben, y como un caballo enseñado, seguir á pesar de su soberbia, cubierto de espuma, la direccion de su dueño. Con todo este pasage cede tanto en sublimidad al famoso, de *hágase la luz*, quanto el gobierno de la naturaleza ya criada á su creacion. Á pesar de esto, la semejanza de estos dos sublimes pensamientos puede servir tambien de conjetura para probar que Moyses fué el que escribió este libro.

V.

¿Has registrado, tú, los escondidos
Secretos de su abismo, y retiradas
Cavernas, donde duermen olvidadas
Riquezas, y tesoros nunca oidos?
¿Dónde mil, y mil varas apartada
De las luces del día,
Brota en negras tinieblas sepultada
La vasta fuente oculta todavía,
Madre, que de alimento le abastece,
Y con agua abundante le engrandece?
Díme, ¿quándo paseastes atrevido
Su vasto fondo obscuro,
Y en su centro escondido
Tranquilo oiste, y de temor seguro
De un mundo cristalino la fiereza
Rodar bramando sobre tu cabeza?
Díme, ¿quándo la tierra á tu mandado
Sus ocultos abismos ha mostrado,

O la muerte obediente,
Su interna habitacion te ha hecho patente?
Para verla despierta
¿Tocaste alguna vez su fiera puerta?
O aquel humbral temido,
¿Pisaste alguna vez con pie atrevido?
Horribles son las sombras, que sepultan,
Y guardan su morada,
Mas aun son mas espesas las que ocultan
De la vista arrojada
Del mortal orgulloso
Los consejos del Todo-Poderoso.

VI.

¿Si quando nació el mundo me asististe
Su fábrica conmigo dirigiste,
Y á tus ojos se fué perfeccionando;
Ven aquí, hombre sublime, vé explicando
Donde habita la luz resplandeciente,
Y quál es su Palacio reluciente.

Muéstrame la horrorosa
Morada de la noche tenebrosa:
¿Quién es el que levanta los vapores,
Y fabrica el rocío,
Que en perlas convertido reberdece
Las plantas , y las flores,
Y los sedientos campos humedece ?
¿Quién en la noche al caudaloso rio
Le hace quedar parado
Con cadenas de hielo aprisionado,
Y á la fresca mañana
Cubriéndola de escarcha vuelve cana ?
¿Eres , tú , el que con brazo poderoso
Sueltas del Polo helado
El Aquilon furioso,
Que dexa el mar en jaspe transformado,
Y con velos de nieves extendidos
Los Reynos pone en yermos convertidos?
¡ Quán poco conocida
Es de tí mi grandeza!

Nunca llega tu vista obscurecida,
Ni alcanza tu flaqueza,
A saber el espacio desmedido,
Que de tu Dios te tiene dividido.

VII.

¿ Puedes sobre un furioso torbellino,
Como yo, estar sentado,
El semblante divino
Tener de negras nubes circundado,
Y al dia en la mitad de su carrera,
De sus triunfantes luces despojado,
Con la mano volverlo en noche fiera
Dexando al mundo en sombras sepultado?
¿ Arrojas tú en el ayre los nublados,
Y formas nuevos mares, suspendidos
De uno á otro Polo que precipitados
Ruedan, y en dulces lluvias convertidos
Refrescan los veranos, y serena
Dexan la sed de la abrasada arena ?

¿Y quién á los desiertos apartados
De todos los mortales ignorados
Con olorosas flores los recrea,
Y su horror hermosea
Con adorno magnífico, y variado?
Allí, donde el pie humano no ha llegado,
La solitaria rosa sus colores
Explaya, y embalsama con olores
Los ayres entre riscos escondida,
Y al Sol únicamente conocida.

VIII.

¿Quién es el que con mano poderosa,
En el Cielo agotado, suspendida
Hace quedar lluvia presurosa,
Quando está ya la tierra socorrida?
Ya sus venas abiertas, y encendidas
Con suave frescura vé cerradas,
Ni llora sus campiñas denegridas,
Y montañas de adorno despojadas;

Mas con alegre, y rica perspectiva
Se presenta de flores coronada,
De betas de agua cristalina, y viva,
Y caudalosos rios hermoseada:
Ya logran nueva vida
Los bosques, y los prados,
Ya se vé la llanura enriquecida,
Y de verde los montes adornados,
Las olorosas flores sus alientos
Suaves comunican á los vientos.

IX.

Díme, ¿si alguna vez has escalado
El alto Norte, donde reservado
Tengo el vasto almacen de tempestades,
De hielos y de nieves, que á mi enojo,
Sirven precipitados, destruyendo
Los campos, y Ciudades,
Quando alguna nacion tiene el arrojo
De ofenderme, y lloviendo

Desolacion, y muerte, en abrasados
Fuegos envueltas sobre los culpados?
¿Quién dá á los vientos alas incansables
Y alientos formidables,
Que hacen temblar el mundo estremecido?
¿Quién puede derramar del alto Cielo
Diluvios? ¿Quién el estrellado velo
Con tempestades dexa obscurecido,
Y magestuoso su furor exhala
Con truenos espantosos,
Al encendido rayo le señala
En donde ha de caer, y de horrorosos
Relámpagos sus fuegos acompaña,
Amenazando al mundo con su saña?
¿Será acaso el que cae desmayado,
Con sola su vislumbre,
Aquien dexa aterrado
Su estallido, y espira con su lumbre?

X.

¿Quién da el ser al cometa luminoso, (7)
Que la mitad de la celeste esfera,
Cubre con su encendida cabellera,
Y dirige su curso magestuoso.
¿Eres tú el que irritado
En alto lo suspendes
Su luz infausta enciendes,

(7) *A.* Esta descripcion del cometa es una de las añadidas por Young, como él mismo lo advierte en una de las precedentes notas, y se vale para darla mas realce del error comun de que está destinado á pronosticar sucesos importantes y funestos á la tierra, y así como en esta parte es falsa dicha descripcion, me ha parecido mejor advertirlo al Lector ménos instruido, que privarle de ella, bastando para librarle de semejante infundado temor lo que nos dice Dios por uno de sus Profetas: *No temais las señales del cielo.*

Y al mortal espantado
Con presagio funesto
Le haces tu fiéro ènojo manifiesto?
¿ Qué habitante del orbe es el qué ufano
En la eterea llanura,
Con la rienda en la mano,
Unas veces modera
De las estrellas la veloz carrera,
Y otras con nuevo impulso la apresura,
Su viva luz aumenta,
Y su fuerza minora, ó acrecienta,
Las varias estaciones introduce,
Y á sus grandes designios las reduce?

XI.

¿ Eres, tú, el que con órden soberana
De los Cielos la gran benevolencia
Suspendes, y haces vana
De las altas Pleyadas la influencia?
¿O quándo Orion, mediando su carrera,

Con luz maligna á la estacion impera?
¿Avivas, tú, el calor entorpecido
Del Orbe, por los frios oprimido,
Y al año con el yelo aprisionado
Le dexas de repente libertado?
Mándale á Mazaroth, que se reduzca
Al puesto que le tienes señalado,
Y al Arcturo brillante, que no luzca
Si no es en donde tú lo has destinado;
Mia es la noche con las luces bellas
De la infinita multitud de estrellas,
Y mayor multitud tengo guardada
En mi tesoro oculto reservada.

XII.

Quando con luz temprana
Asomada al Oriente la mañana,
Las altas nubes dora,
¿Corres, tú, las cortinas á la aurora,
Y pronta á obedecerte con agrado

Nace por donde tú se lo has mandado?
¿Eres tú el que despiertas
Al Sol para que empiece su carrera
Veloz, y abriendo sus doradas puertas,
Le mandas imperioso,
Que el encendido carro saque á fuera,
Y en su fuego suave, y luminoso,
Haga nadar al apartado mundo
Con su influxo volviéndole fecundo?
¿Paséaste tú, de rayos coronado,
Sus refulgentes círculos, ó acaso
Desde el carro inflamado
Las tinieblas huir precipitadas
Vistes, y amontonarse ácia el ocaso,
De su brillante luz amedrentadas?
Con mi brazo divino,
¿Puedes medir el tuyo? ¿Tu voz fiera,
Aterra como trueno repentino,
Como la mia, á la celeste esfera?
¿Contendrás, en la palma de la mano,

Del vasto mar las aguas tumultuadas,
Quando agitado con furor insano
Con olas alteradas,
Y feroces bramidos incesantes,
Amenaza á los astros mas distantes?

XIII.

Mortal, explaya toda tu grandeza;
Muéstranos tu poder, y tu excelencia;
Desecha la pereza;
Prepárate á emplear tu omnipotencia,
Con tu ceño severo;
Haz temblar de repente al orbe entero;
Despacha tu venganza apresurada;
Haz, que al vicio triunfante
Confunda en un instante,
Y la dicha envidiada,
Del tirano orgulloso,
Trastorne con desgracia no esperada;
Luego, que hicieres esto,

Confesaré gustoso,
Que puedes en tu brazo poderoso
Fiar, y será á todos manifiesto,
Que logras á la sombra de tu escudo
Reposar quieto, y de temor desnudo.

XIV.

Hombre vil, é inconstante,
Destinado á vivir un solo instante,
Sueño del sueño, sombra de la sombra,
Dí, gusano soberbio, ¿No te asombra
Corregir á tu Dios? Díme, atrevido,
¿Qué es lo que por tí mismo has producido?
¿Qué mundos has criado?
¿Qué animales, ó insectos has formado? (8)

(8) *A.* Otro argumento que prueba que Moyses es el Escritor de este libro, es, que muchos de los animales, de que hace mencion, son privativos del Egipto. La razon de señalar á los cuervos para exemplar del cuidado de la Provi-

XV.

Quando los cuervecillos acosados
De la hambre, con graznidos
Acuden á su Dios por el sustento,
¿Dexas, tú, apaciguados
Los gritos importunos de sus nidos,
Dándoles por tu mano el alimento?

XVI.

¿Quién al necio avestruz ha libertado (9)

dencia, es, porque con sus continuos graznidos parece que la invocan mas particularmente que las demas bestias, por lo que, segun Eliano lib. 2. cap. 48., el verbo Κϱαϛϛω, que viene de Κοραξ, significa pedir con ansia.

(9) *A.* En el avestruz se notan muchas señales de estolidez, y entre otras las siguientes: la primera, que perseguido de qualquier enemigo se contenta con esconder la cabeza en qual-

quier espesura, creyéndose seguro, aunque se vea lo restante del cuerpo: *Stat lumine clauso ridendum revoluta caput, creditque latere, quæ non ipsa videt.* Claud. Lo segundo, los que le persiguen llevan en una mano el cuello desecado de otro abestruz, lo que basta para que los dexe acercar, y le cojan con la otra mano. Tiene tan poco seso cada uno, que el Emperador Heliogábalo hacia poner los sesos de seiscientas cabezas para componer un plato de su cena. Aquí podemos observar como va tocando, nuestro sapientísimo y sublime Autor, las singularidades que distinguen cada animal, y pasa luego al siguiente. Es exâcta una descripcion, quando qualquiera cosa que se le añada es ya comun á otras, y quando no se dexa en olvido cosa alguna que sea peculiar á lo que se describe; se pierde la conformidad alargando demasiado la descripcion, así como qualquier pensamiento se obscurece pretendiendo ilustrarlo demasiado.

¿Quándo la hembra se ausenta muy serena,
Olvidando sus huevos en la arena,
Sin mirar á que alguno los fomente,
Y al salir los polluelos los sustente?
A sola la fortuna abandonados,
Por el Sol, y los cielos adoptados,
Con su calor fecundo,
Salen los pollos á la luz del mundo;
En tanto que su madre descuidada
Del peligro en que estan sus olvidados
Hijos, de ser de alguno destrozados,
Vagando por la arena dilatada,
Se rie del caballo apresurado,
Y del porfiado esmero
Del diestro caballero,
Burlándolos con curso arrebatado,
De las erguidas alas ayudado. (10)

(10) *A.* Esta es otra particular qualidad de esta criatura. Jamas se puede decir que corre ni vuela pues que hace ambas cosas á un tiempo, y usan-

XVII.

Del pavon orgulloso (11)
¿Has fabricado tú las plumas bellas?

do de sus alas como de velas huye con grandísima velocidad.

Vesta velut Libiæ venantum vocibus ales
Cum præmitur callidus cursu transmitit arenas,
Inque modum veli sinnuatis flamine pennis
Pulverulenta volat... Claud.

Xenofonte dice, que Ciro llegó á tener caballos de tal ligereza, que alcanzaban á las cabras montesas, y á las cebras, pero ninguno que pudiese correr tanto como el abestruz; el precio ofrecido por dicho Príncipe por qualquier caballo que tuviese la ligereza suficiente para esto, era mil ducados de oro, ó cien camellos.

(11) *A.* Aunque nuestro sagrado Escritor solo hace una breve mencion del pavon, no he podido ménos de extenderme algo mas en descri-

Míralo quan pausado, y magestuoso,
Con la cerviz en alto levantada,
La magnífica cola redondea,
De doradas estrellas,
De azul puro, y de verde matizada;
¡O! y cómo se envanece, y señorea,
Quando la luz del Sol reverberando,
Su hermosura aumentando
Con mil nuevos colores
Acrecienta primores á primores,
Y émulo de la hermosa luz del dia
Ostenta resplandores á porfia.

bir la extraordinaria hermosura de su pluma, que pasó en silencio. La circunstancia de esparcir, y redondear su hermosa cola, cara al Sol, de que hago memoria, es certísima. *Expandit colores adverso maxime Sole, quia sic fulgentius radiant.* Plin. lib. 10. cap. 20.

XVIII.

¿ Quién con bondad divina
Enseña á la inocente golondrina
A evitar los calores del estío,
Y del Invierno el riguroso frio,
Acudiendo ligera
Con presuroso vuelo,
Para lograr perpetua Primavera,
A buscar otro mas templado cielo?
Apénas con las lluvias se obscurece
El año , y vuestro clima se entristece,
Quando con repentino movimiento,
Montada sobre el viento (12)
Rápida al Sud se aléja,

(12) Thuano (*de re accip.*) hace mencion de una golondrina que voló de Paris hasta Londres en una noche, y los Egipcios tuviéron á este animalito á causa de su velocidad por símbolo para señalar el viento.

Sin temer las tormentas que atras dexa,
Y apénas vuelve el año á mejorarse
A vuestra tierra vuelve á recrearse,
Siguiendo del buen tiempo libremente
El curso apresurado,
Envidiada del hombre, que impaciente
Queda al rigor del clima abandonado.

XIX.

Mas aunque vuela tan arrebatada,
¿Quánto mas remontada,
La Aguila generosa,
Qual Reyna de las aves Soberana,
Señorea los ayres magestuosa?
Quando remota de la vista humana
Con incansable vuelo,
Busca del Sol las luces en el Cielo,
¿Eres tú el que mantienes
Sus alas, y en su altura la sostienes?
¿Le mandas tú, que sola, y apartada,

La sociedad desdeñe, y por morada
Escoja los peñascos mas erguidos,
Y riscos entre nubes escondidos,
Y desde allí con solo una mirada
Corriendo la llanura
En su furia segura,
La deseada presa,
Por oculta que esté entre la espesura (13)
Destine para plato de su mesa?
A su presteza su crueldad iguala,
Con sangre á sus polluelos los regala;
Al exército fiero en la campaña

(13) *A*. Se dice, que el águila tiene la vista tan perspicaz, que aunque esté tan remontada, que no la podamos ver, distingue desde aquella inmensa distancia el pececillo mas pequeño dentro del agua; se conoce que mi Autor tenia perfecta inteligencia de las criaturas que describe, y que era tan buen Naturalista como Poeta.

Volando encima alegre lo acompaña,
La futura matanza adivinando,
Y con vista golosa señalando
Los guerreros famosos,
Que le han de dar convites deliciosos.

XX.

¿Hásles tú por ventura prefixado
A las cabras monteses, y á las ciervas
Que los bosques habitan, y sus yerbas
Pacen, los meses, que de su preñado
Han de llevar la carga tan pesada?
Luego, que de dolores agobiada,
Deposita la madre á sus hijuelos
En tierra, mucho mas afortunada,
Que la muger, los vé aunque pequeñuelos
Libres de la miseria, que acompaña
Al hombre ya nacido,
Discurrir sin auxîlio la campaña;
Apénas de sus vientres han salido

Ya perfectos se encuentran, y su vida
Desde el primer instante ven cumplida;
Ya todo el mundo es suyo; solamente
Del instinto guiados
Corren los verdes prados
Saltando alegremente,
Y en cada árbol frondoso
Encuentran un albergue delicioso.

XXI.

¿Va, acaso, á tus establos humillado
El toro montaraz, que no conoce
Otro Señor, que el Dios que le ha criado,
A pedirte alimento?
Por ventura tu imperio reconoce,
Y el cuello no domado
Va á sujetar contento
A la carga del yugo, y del arado,
Y á romper con baxeza nunca oida
Los surcos en tu tierra endurecida?

Pues la fuerza que tiene es estremada,
Corre, fiate de él, y sin cuidado
Hazlo que sirva atado,
Su natural fiereza ya olvidada,
Que á todas las labores se reduzca,
Y á tus puertas los frutos te conduzca,
Con que Otoño abundante
Tu casa enriqueciere en adelante.

XXII.

¿Acaso tú á la zebra has dispensado
Del trabajo, y has roto sus prisiones?
Que señoree el campo le has mandado,
Y corra libremente
Sus vastas posesiones,
Perdida alegremente
De su hermoso palacio en la grandeza?
¿Con qué magnificencia, proveida
Por la naturaleza,
Encuentra en qualquier monte su comida?

Salta los precipicios, y las breñas
Y parece, que vuela por las peñas.
Mira desde sus puntas elevadas
El humo de Ciudades apartadas,
Y de su libertad enamorada,
Altamente desprecia
Toda aquella caterva vil, y necia
De animales, que al hombre esclavizada
Con el látigo infame se amedrenta,
Y á fuerza de fatigas le sustenta.

XXIII.

Al caballo guerrero,
Observa con cuidado;
¿Has dado tú su fuerza al cuello fiero,
Y con trueno espantoso lo has cercado?
Su corazon sereno, y atrevido
Jamas el vil temor ha conocido;
Como fragua inflamada
Sus ventanas arrojan vivo fuego,

Y con las manos de soberbia ciego
Atruena la llanura dilatada;
Dentro de sí no cabe de orgulloso,
Viéndose tán valiente, y tan hermoso;
Huele de léjos con cerviz erguida
La batalla sangrienta;
De coraje rebienta
Deseoso de verla ya encendida;
Se burla de la muerte, y la escarnece,
Riega de blanca espuma el suelo duro,
Y envuelto en polvo obscuro,
Qual tempestad horrible lo estremece;
¿Con qué furor de lleno se abalanza
A embestir los azeros afilados,
Y la sangrienta lanza,
Con los ardientes ojos enclavados
En los fieros escudos relumbrantes,
Que reflexan sus luces fulminantes?
Su generoso orgullo, el sentimiento
Ahoga de la herida penetrante,

Y con noble ardimiento
Se olvida de la flecha vacilante
Clavada en su costado;
Responde relinchando denodado
Del clarin enemigo al son guerrero,
Hasta que desmayado
Da el último sollozo , y el primero.

XXIV.

Mira al roxo leon aun mas terrible,
¡ Cómo solo pasea , y magestuoso!
Con el ceño severo,
Con el brillo insufrible
De sus ojos , despuebla el bosque entero;
Aun al mas orgulloso
De todos los vivientes intimida
Su vista , y pone en vergonzosa huida:
Díme, ó mortal, de tu poder ufano,
¿Acaso se levanta á tu mandado,
Ruge á tí confiado,

Y espera la comida de tu mano?
¿Tiendes el arco tú en la selva umbrosa
Para darle sustento,
Y le arrojas piadoso el alimento
En su cueva profunda, y tenebrosa?
Míralo allá en el fondo recostado
De la sangrienta muerte acompañado,
Como descansa mientras dura el dia
Sobre confusos miembros destrozados
De animales ya medio devorados,
Gozoso con la cruda compañía
De sus cachorros fieros, anhelando
Mas sangre, y mas destrozo, y azechando
La presa desdichada
Que se acerca á su cueva descuidada:
Apénas de la noche el negro velo
El mundo cubre, y la plateada Luna (14)

(14) *A.* Es comun á casi todas las fieras, y particularmente al leon el cazar de noche, como se ve en el Salmo 104. versículo 10. Entre los

Con luz escasa desde el alto Cielo,
Lo alumbra á sus intentos oportuna,
Quando el padre, y los hijos salen fuera,
Y comienzan á hacer su ronda fiera;
Con las colas azotan los costados:
Escarban irritados en la tierra,
Y á todos los vivientes hacen guerra;
Ya resuena en los bosques apartados
El gemido terrible,
Y lamentables voces
De moribundos: El destrozo horrible
A cada paso aumentan mas feroces;
Quando la hambre voraz han satisfecho
A su cueva se vuelven lentamente;
La sangre aun caliente
De las crueles bocas destilando,
El camino, que han hecho

muchos nombres que los Arabes dan al leon, hay uno que significa el cazador á la luz de la Luna.

Va con seguro rastro señalando:
Al verlos el pastor amedrentado
Huye, y luego á lo léjos considera
La fresca huella fiera
Que le enseña el camino, que han andado.

XXV.

Al aquatil caballo confiado
Te puedes acercar sin miedo alguno,
Que aunque sea en las fuerzas extremado
Es inocente, y manso qual ninguno
Miéntras que su furor no es provocado:
Nace en el rio, y vive allí de asiento,
Mas va á buscar á fuera su alimento;
Baxo su enorme peso hunde la tierra,
Y sin dañar á nadie sosegado,
A los brutos que pacen agregado,
Solo á la tierna yerba hace la guerra;
Mira su inmenso cuerpo quan seguro
Está de toda herida

Con el pellejo impenetrable, y duro,
Guardada está su vida
Como con fuerte muro,
Y de toda asechanza defendida;
Quando su vasta cola se endereza
Parece un alto cedro en la grandeza,
Y sus robustos nervios estirados
Jamas pierden su fuerza relaxados;
Exâmina curioso
Su cuerpo prodigioso,
Edificio de carne sostenido,
De pilares de hueso endurecido:
Mira el costado fiero
Aun mas duro que el bronce, y el acero,
Su paso magestuoso, y reposado,
Y en su boca terrible
De agudos dientes el vallado horrible,
Que da leyes al bosque amedrentado;
Las demas bestias todas consternadas
Al extrangero enorme consideran,

Huyen de él espantadas,
Mas viéndolo tan manso, recuperan
El ánimo, y mudando de concepto
Todo su miedo canvian en respeto:
Poco á poco se acerca la manada
A pacer á su sombra dilatada,
Obedeciendo siempre humilde, y lista
La insinuacion mas leve de su vista:
Quando el Sol Meridiano abrasa al mundo
Retirado al profundo
De lagunas, ó balsas se recrea,
Y tranquilo sestea
De los frondosos sauces á la sombra,
Sirviéndole de alfombra
De juncos, y espadañas el colchado
Para dormir del todo acomodado;
Quando al Jordán sediento se aproxîma
Desaparece el rio sepultado. (15)

(15) *A.* A nadie debe parecer extremada esta

De su garganta en la profunda sima;
Tan solo queda un hilo muy delgado
Que corre la llanura, y su alterada
Sed, aun no queda bien apaciguada.

XXVI.

Ve á la orilla fecunda (16)
Del caudaloso Nilo,

hipérbole en un Autor Oriental, aunque muchos Comentadores se han fatigado en discurrir otra interpretacion, por parecerles excesiva, pues Stacio en la Tebaida, vers. 349, dice:

Cephesi, Glaciale caput quo suetus anhelam.
Ferre sitim. Pithon. amnemque avertere ponto.

Y Claud. *Præf. in Ruf.*

Qui spiris tegeret montes, hauriret hiatu flumina.

(16) *A.* Es muy dificultoso el coger los cocodrilos, Diodoro, dice, que ni los lazos de hierro son suficientes. Quando Augusto conquis-

Hecha tu anzuelo en su canal profunda;
Suspende al formidable cocodrilo;
Sácalo de las aguas alteradas,
Y tiéndelo en la arena;
Mira si así su furia se serena;
Si sus fuerzas cansadas
Le obligan á rendírsete postrado,
A confesarte humilde por su dueño,
Servirte esclavizado,
Y temblar espantado de tu ceño;
Acaso con sus juegos divertido
Aliviarás las horas enfadosas,
Y sus caricias dulces, y graciosas
Te harán pasar la vida entretenido,
¿O servirá con blanda seda atado
A tus tiernos hijuelos de juguete?

tó al Egipto, batió una medalla, cuya empresa era un cocodrilo encadenado á una palma, con esta inscripcion: *Nemo antea religavit.*

¿Se verá de sus carnes adornado
El suntuòso banquete?
¿Dará vueltas el vaso placentero
Del vino al rededor del cuerpo fiero?
¿Por ventura al partirse sus despojos,
Disputarán reñidos,
Los vivanderos con ansiosos ojos,
Por llevarse sus miembros dividos
Cada uno á su mercado,
Y conseguir el lucro deseado?
¿Qué acero romperá su endurecido
Cuero de horrible escama defendido?
¿Y quál sera la espada,
Que logre de su sangre ser manchada?
Huye, si amas la vida,
Y no irrites su fuerza incomparable;
A su vista temida
El alma mas valiente, é inalterable
Queda al punto en cobarde convertida;
Y ninguno hay tan loco, y atrevido,

Que le despierte quando está dormido; (17)
¿Pues quién entre los hombres será osado
De provocarme á mí que le he criado?
A una insinuacion mia,
El animal disforme,
Explaya sobre el agua el cuerpo enorme,
Y á todo el mundo junto desafia:
¿Quál ha sido el guerrero
Que ha podido alabarse
De haberle despojado el cuerpo fiero
De su horrible armadura, ni aun gloriarse
De haber subido al templo de la fama
Con el trofeo solo de una escama?
¿Qué mortal arrojado
Osará estar intrépido á su lado?

(17) *A.* Esto alude á la costumbre que tiene el cocodrilo de tenderse en la orilla, despues que está harto de pescado, y dormir entre la espesura.

Mira la obscura boca desmedida, (18)
De dos fuertes esquadras defendida
De dientes afilados, por la muerte
Sus enormes quixadas
Por aquella honda sima separadas;
Con la lanza tendida,
Ve, hombre animoso, y fuerte,
Mide su vasta anchura,
O con la sonda averiguar procura,
Sosegado, y curioso,
El fondo de su abismo tenebroso:
Aníma al vasto cuerpo tal braveza,
Que vivo fuego arroja, envuelto en densa (19)

(18) *A.* La boca del cocodrilo es grandísima, aun á proporcion de su vasto cuerpo. Quando bosteza, dice Plinio, todo él es boca; y Marcial dice, hablando de una vieja:

Cum comparata rictibus tuis ora,
Niliacus habet cocodrilus angusta.

(19) *A.* Esta expresion es mas verdadera que

Nube de humo la nariz inmensa,
Con la misma abundancia, y fortaleza
Que una fragua encendida,
Y quando enfurecida

lo que parece á primera vista: dicen los Naturalistas, que el cocodrilo despues que esta mucho tiempo debaxo del agua con el aliento detenido por precision, quando sale fuera lo arroja tan encendido, y con tal violencia, que parece respira fuego envuelto en humo. Aunque el caballo no detiene tanto tiempo la respiracion, ni es animal tan fiero y terrible, no han tenido reparo los Poetas mas correctos de aventurar la misma metáfora, quando han hablado de él como en este verso:

Collectumque præmens volvit sub naribus ignem.

Con esta nota, y la precedente pretendo imponer silencio á los que, por mala inteligencia, acusan muchas veces sin fundamento de arrojados en sus expresiones á los Poetas Orientales.

Arde su ira, sale apresurada
La muerte de las llamas circundada.
La tempestad del mar mas horrorosa,
Y de sus brabas olas el bramido,
Que al hombre espantan, son para su oido
Una música dulce, y deliciosa:
Sus lomos son asiento de la fuerza;
Sus músculos, y miembros tan unidos,
Que en vano el hombre con furor se esfuerza
Para lograr el verlos divididos;
Sus nérvios son de hierro: su arrogante
Corazon es mas fuerte que el diamante.
Quando despierto ostenta él desmedido
Cuerpo, sobre las aguas extendido,
Y con cerviz erguida se endereza,
Dirás que da en las nubes la cabeza;
Reflexa al Sol en su bruñida escama
Reverberando fugitiva llama,
Y luz funesta en montes y collados;
Corre el horror los campos dilatados,

Y sin vergüenza del temor vencidos,
Se ahuyentan los mortales confundidos.
Sus ojos brillan, qual los de la aurora (20)
Quando despierta el Orizonte dora:
La muerte en vano de su fuerza ayrada,
Procura de mil modos disfrazada,
Acometerle; en su desnudo pecho
Un nublado de dardos ve deshecho;
En su espantoso cuero
Salta, qual vidrio, el mas templado acero;

(20) *A. Sus ojos brillan qual los de la aurora.* Esta expresion nos da una idea de lo que en ella se describe, mas sublime que cabe en el entedimiento humano. Es muy probable que los Egipcios tuviéron presente este pasage para usar de los ojos del cocodrilo, como de geroglífico de la mañana, aunque ningun Comentador nos lo diga. Es naturalísimo que los Egipcios leyesen los escritos de Moyses, que yo supongo Autor de este Poema.

En su horrible dureza asegurado
Ve rebotar tranquilo, y sosegado
Sobre su piel las flechas aceradas
Y cubrir las arenas dilatadas;
Se burla del esfuerzo conjurado
De los hombres, que en vano se atormentan,
Y de léjos con brazo afeminado
Su impenetrable cuerpo abrir intentan:
Quando en el mar retoza, aunque sereno
Esté, y callado el viento
Hierven las olas, y el profundo cieno
Revuelto con el fiero movimiento
Sus azules cristales ennegrece;
Con su peso las aguas oprimidas
Quedan de blanca espuma encanecidas;
Confuso desde léjos se estremece,
Y con la mano enseña el marinero
De la animada muerte el rastro fiero:
No produce la tierra monstruo alguno
Que á éste se le parezca:

Su corazon indómito á ninguno (21)
Cede, y no hay fiera, que como él carezca
De temor; quando rueda enfurecidos

(21) *A.* He observado precedentemente que algunos de los animales que aquí se describen son privativos del Egypto, pero singularmente lo son el hipototamo, ó caballo de rio, y el cocodrilo, que son los mas celebrados habitantes del Nilo, y en cuya pintura se detiene mas nuestro Autor. De qualquier Escritor mas remoto de dicho rio se debiera esperar, que principalmente hiciese mencion, y se explayase en describir' supuesto que hacia el catálogo de las obras magníficas del Criador, las dos criaturas mas grandes que ha producido, es á saber, el elefante y la ballena. Esto era tan natural, que algunos Comentadores han entendido por behemot y leviathan, el elefante y la ballena, en lugar del caballo de rio y cocodrilo, aunque las descripciones convengan á estos, y no á los otros; pero como Moyses habitaba en un pais, en que

De sus ojos los orbes encendidos
Embarga un miedo helado
Al mortal mas valiente, y arrojado.

XXVII.

¿Eres tú el que las almas fabricaste
Y de dones divinos adornaste?
¿En el pecho del hombre has encendido
La luz de la razon, que no se apaga,
Aunque los astros todos derrocados,
Del cielo conmovido,
Queden en triste noche sepultados,
Y el universo todo se deshaga?
¿Quién sino yo, qual dueño Soberano,
Distribuye los bienes? ¿Por ventura

los primeros eran desconocidos, en comparacion de los segundos, que lo tenian aterrado con sus continuos destrozos, era mucho mas natura echase mano de estos.

Me los viste tomar de agena mano?
¿Podrá alguno alabarse
De ser mi bienhechor, ó bien gloriarse
De que le debo yo? ¿Quién asegura
La cosecha en los campos dilatados?
¿De quién son sino mios los ganados
Que pacen los collados, y praderas,
La tierra, el ayre á mí me pertenecen,
Y el vasto mar; el Sol, y las lumbreras
Que en los inmensos Cielos resplandecen,
Son el polvo dorado
Que á los pies de mi trono he derramado?
¿Pues cómo tú, atrevido,
Igualarte á tu Dios has pretendido?
Hombre, á quien una endeble criatura
Con una ojeada sola dexa helado,
Tu temor asegura,
Responde á mis qüestiones sosegado.

XXVIII.

Así la voz del Todo-Poderoso
Habló; los altos Cielos repitiéron
El sonido espantoso,
Y el universo todo estremeciéron;
Job, postrado en el suelo,
De temor confundido,
Sin levantar los ojos ácia el Cielo,
Lloró su atrevimiento arrepentido,
Y dixo: Dios Eterno, á tu terrible
Poder ninguna cosa es imposible;
Mi corazon desnudo está presente
A tu vista sagrada;
No hay cosa en él, que á tí no esté patente;
Todo lo ves con sola una mirada;
Mas todos tus designios escondidos
Están á los mortales atrevidos,
Y de su vista torpe, y limitada

Nunca tu ciencia inmensa es alcanzada:
De tí, Señor, es cierto que habia oido
Hablar freqüentemente,
Mas nunca hasta esta hora te he tenido
A mi vista presente;
De terror abatido,
Y el rostro de vergüenza confundido,
Reconozco en tí el dueño de mi vida;
Mi loca audacia lloro;
Me aborrezco á mí mismo; arrepentida
Mi alma te entrego, y tu bondad imploro;
Olvida, ó Dios piadoso, mi pecado,
Que en adelante ménos deslenguado
Jamas provocaré tu ira encendida
Con mi palabra necia, y atrevida;
Mi infame lengua osada
Condeno para siempre á estar callada,
Y en el polvo cosido,
De mi culpa el perdon postrado pido;

Solo para adorarte fué criado
El hombre, y no para llegar curioso,
En sus débiles luces confiado,
A exâminar al Todo-Poderoso.

CARTAS MORALES

SOBRE EL DELEYTE SENSIBLE.

CARTA PRIMERA.

Espantado de los progresos que la pasion desenfrenada á los deleytes sensibles, hace en nuestra patria, me insta Vm., amigo mio, para que escriba acerca de ella. La inclinacion á servir á Vm. y mi obligacion, me ponen la pluma en la mano. Veo con dolor, igualmente que Vm., cómo se dilata y esparce este pernicioso contagio, y que si no se acude con pronto remedio, será ántes de mucho un mal incurable; pero ántes de em-

prender este trabajo, es menester tratar de otro asunto que tiene demasiada conexîon con él, esto es, de la incredulidad, que no hace ménos progresos que el primero, y que sobresalta mas, si cabe, á los corazones virtuosos. La disolucion, y la incredulidad van siempre unidas. Son dos vicios que crecen, y menguan igualmente, y que tienen una misma suerte. Eva dudó, y de la duda pasó arrojada á comer del fruto prohibido; sus descendientes en el dia empiezan por comerlo, y acaban con no creer cosa alguna. La disolucion y la incredulidad se engendran recíprocamente, y nacen una de otra; cosa que precisamente ha de suce-

der, pues que siendo, como lo es la razon, el escudo de la fe, la razon pierde su fuerza á proporcion que se extiende el dominio de los sentidos, y la pasion á los deleytes sensibles insensiblemente hace declinar al hombre á la incredulidad. Por otra parte, el que no cree la vida futura, precisamente se ha de apasionar de la presente, y ha de abrazar con ansia todos los deleytes que le ofrezca; así la incredulidad quita todo freno á la disolucion, y la entrega á su ciego furor. La disolucion corre apresurada, y con temeraria mano arranca el fruto prohibido, y la incredulidad la tranquiliza, diciéndole: no temas que no morirás.

Estas dos enfermedades nacionales se reparten entre sí todo el hombre ; la primera se apodera del cuerpo , y la segunda del alma , y quando estos dos enemigos llegan á un tiempo á dominarlo , es cierta y completa su ruina. Véamos si podemos hacer abrir los ojos al incrédulo , é introducir el remordimiento en el corazon del disoluto.

El alma es la porcion mas noble de nosotros mismos , y por consiguiente sus males requieren nuestro principal cuidado , por lo que hablaré primero de la incredulidad. Quedaré satisfecho si no encuentra la razon objeciones sólidas que oponerme : en quanto á la falsa agu-

deza espero reducirla al silencio. ¡A quántos vemos prostituir lastimosamente su habilidad y talentos en defensa del vicio y de los negros errores que lo acompañan! Tales hombres procuran con sus sutilezas obscurecer y destruir la sabiduría del mismo modo que aniquilan la felicidad con la aficion desenfrenada á los deleytes: tienen particular talento para mudar el bien en mal, y sembrar la discordia y enemistad entre las cosas que por su naturaleza tienen la union mas estrecha, y deben presentarse mútua y amistosamente socorro.

¿Qué exemplo mas reciente y mas espantoso de la audacia con que

el entendimiento humano puede acometer á la sabiduría, y de los peligrosos extratagemas con que alucina á los hombres débiles y limitados, que el de la sacrílega burla que hace cierto Autor nuestro (*a*) del texto de la Escritura, en que se dice, que los hijos de Dios se uniéron con las hijas de los hombres, y engendráron á los gigantes, hombres famosos, que con su poder tiranizáron al mundo? Yo daré á este texto de la Escritura una interpretacion mas seria que la suya, y cuya verdad será conocida de qualquiera, y es, que siempre que por desgracia se juntan grandes talentos con corazones

(*a*) Millord Bolingbroke.

viles y depravados engendran errores monstruosos en el modo de discurrir, y en el modo de obrar. ¿Puede darse acaso cosa mas monstruosa que el ver á la incredulidad recoger todas sus fuerzas en el mismo instante en que las de la naturaleza, ya agotadas, van á espirar, para despreciar los terrores que rodean el lecho del moribundo, y consignar temeraria al universo un exemplo pernicioso de audacia y de impiedad? ¡Qué es esto sino querer llevar la guerra hasta el mismo trono de aquel ser inmenso y terrible á quien se opone, y conservar en el mismo instante de la desesperacion la necia esperanza de destruir

desde el sepulcro una religion, que Juliano desde el trono del universo desesperó poder extinguir!

Tiempo hubo en que fué algo mas excusable la incredulidad; ocultaba entónces á la verdad un espeso velo; la mentira disfrazada con sus señas podia engañar con una aparente semejanza: eran infinitas las opiniones, é infinita su variedad: no hallaba el entendimiento humano en donde descansar en medio de las olas de la incertidumbre: no pudiendo á causa de su debilidad aguantar mucho tiempo la fatiga de sus intolerables dudas, al fin era preciso que se inclinase á una ó á otra parte,

y era casi imposible que dexase de errar al determinarse. Los Gentiles, desamparados de Dios, habian perdido el camino y la débil luz de la razon natural, no les bastaba por sí sola para volverlo á encontrar. Pero nosotros, ¿á quién hemos de echar la culpa si perdemos igualmente el camino en mitad del dia que nos resplandece? Esto ya no es ignorancia sino depravacion: no nos falta guia, sino que no queremos seguirla.

El desgraciado autor, de que arriba he hecho mencion, admirado de muchos, y compadecido de mí, en lugar de emplear sus superiores luces en abrir los ojos á los ciegos,

ha hecho todos sus esfuerzos para cegar á los que ven: se afanó por enriquecer su alma con todo género de conocimientos, solo para perderla con mas fama, y á la luz de su ingenio trabajó en abrir el abismo en que se precipitó voluntariamente.

¿Quál es pues esta doctrina tan apreciada de nuestro siglo (siglo demasiado ilustrado á su parecer para necesitar lecciones, y demasiado vano para darles atencion, aun quando le vengan del Cielo)? Vela aquí: reducir la Religion, á lo que llaman Religion natural, esto es, á los preceptos que dicta la razon ciega y confusa del hombre: echar

por tierra todos los demas cultos, y atribuir su invencion al interes humano: desechar todo freno de autoridad divina y humana que no les acomode, inspirar al pueblo unas máxîmas que si se siguiesen dexarian sin seguridad alguna la vida, y los bienes de los mismos que se las inspiran, negar la providencia en todo ménos en lo físico, y desterrar toda señal exterior de culto. Así pretenden los incrédulos agradar á Dios, introduciendo una Religion, que falsamente llaman filosófica y sublime, despojada de todo aparato exterior, tan invisible como Dios mismo, incomprehensible para el Pueblo, siendo así que semejante Religion se di-

siparia y desvaneceria en un instante, pues que para subsistir entre los hombres necesita estar como ellos, revestida de un cuerpo visible. Los tales Pseudofilósofos privan á Dios del culto que le es debido con pretexto de purificarlo.

Pretenden tambien que los preceptos solos de la naturaleza bastan á contenernos, para que no cometamos robos ó muertes, que son los únicos excesos á que dan el nombre de delitos, porque son los únicos que les pueden incomodar á ellos, autorizando todos los demas, ó tratándolos de indiferentes, santificando los deleytes mas ilícitos y mas bestiales, y pretendiendo dar culto

á Dios siguiendo los mas infames apetitos.

Así quebrantan estos sacrílegos profesores de la incredulidad los preceptos mas sagrados. Fingiendo tener el mayor respeto al Ser Supremo, abren la puerta á todos los vicios, quitan el freno á la mas horrorosa disolucion, y permiten á la imaginacion desarreglada, que se explaye en aumentar sus desórdenes, y en variar con arte todos sus excesos; los ídolos infames de la gula, y de la prostitucion son colocados otra vez por sus sacrílegas manos sobre nuestros mismos altares, adonde una infinidad de falsos Christianos van á ofrecerles cada dia en

sacrificio su fortuna, su salud y su honor; se puede decir con verdad de ellos, y en un sentido mas terrible, que hacen pedazos las Tablas del Decálogo, como las rompió Moyses, movido de bien distinta causa, quando baxó del Monte Sinay. La soberbia razon humana, es el becerro de oro que estos impios levantan y proponen á la adoracion del Pueblo, y obedeciendo con fanatismo las decisiones de esta razon ciega, huellan con impiedad la autoridad venerable de su Criador, y la Religion sagrada que plantó con sus mismas manos en el instante que dió el ser al universo. ¡Insensatos! ¡Esperan con los débiles é inciertos

tiros de su imaginacion, con las ideas monstruosas, hijas de un delirio momentáneo conmover, y destruir la obra de todos los siglos! ¡Pretenden neciamente emendar el trabajo del mismo Dios! Mas en vano se fatigan: el dedo mismo que grabó la divina Ley en las Tablas de piedra, tiene sobrado poder para imprimir de nuevo sus sagrados caractéres en los empedernidos corazones de estos arrojados rebeldes; y el mas temerario de los incrédulos llegará quizá á pasmarse algun dia al ver que comienza de nuevo á creer.

¡Pero esos misterios, clama el incrédulo, esos misterios de la Religion Christiana! ¿Qué hombre es

capaz de llegarlos á creer? ¿Quién amado incrédulo? Qualquiera, que piense que no envilece su razon por creer al Dios que le crió. Socino fué delicado, y neciamente excrupuloso como vosotros; movido á su parecer de una compasion generosa pretendió emendar la mala inteligencia que el universo habia dado, segun él, durante quince siglos, á la sagrada Escritura; desterró de su sistema los misterios que os parecen inútiles, y os irritan; alambicó la Religion, y la acomodó al gusto de la razon humana: ¿por qué, decia como vosotros, espantar con estos dogmas increibles á tantos honrados Mahometanos que abrazarian gustosos la Religion Chris-

tiana, si se les quitasen estos obstáculos que los detienen? Es menester hacer familiar la Religion Christiana, y despojarla de todo lo que tiene de incomprehensible. Bellamente; ¿ y qué Religion será la que quede? ¿Será la que Dios ha revelado, ó la que el hombre por sí mismo se ha forxado? ¿Qué seria Dios, qué la Religion si no tuviese cosa alguna incomprehensible al hombre? ¿Cómo ha de dexar de haber en ella misterios, si aun en las cosas mas triviales, que tocamos con las manos, y vemos con los ojos, encontramos á cada paso una multitud de ellos, que no podemos explicar? Mas dificil seria el concebir una Religion ver-

dadera sin misterios, que el concebirla acompañada de los mas incomprehensibles: pues que os hallais rodeados de tantas maravillas inexplicables, producidas por la mano de Dios, llevad á bien que el mismo Señor sea una de ellas.

Tambien es cierto, si hemos de decir la verdad, que han tenido alguna culpa en los progresos de la incredulidad muchos de los que han tomado por su cuenta la defensa de la Religion; su zelo imprudente ha dado alguna vez armas á los incrédulos; se han empeñado muchas veces en explicar los misterios, sin hacerse cargo, que explicarlos y aniquilarlos es todo uno; porque

¿qué otra cosa entendemos por misterio, sino una cosa que excede al alcance de nuestro entendimiento? ¿Pero acaso dexa de ser creible una cosa porque no la comprehendamos? A cada paso reconocemos la verdad de los hechos mas incomprehensibles é irregulares, y hallamos falsos los mas verosímiles.

Del mismo modo que á los ojos del cuerpo, hay cosas invisibles á los de la razon: dos especies distintas de objetos estan fuera del alcance de los del cuerpo, es á saber, los que estan en tinieblas, y los que tienen demasiado resplandor; los primeros por falta de luz intermedia entre ellos y los ojos; y los se-

gundos por debilidad de sus fibras, que no pueden aguantar la viveza excesiva de la luz que los ofusca. Igualmente nuestra vista intelectual ignora muchas cosas por falta de medios, y no alcanza otras porque sobrepujan sus fuerzas.

Esta es la causa de que la fe nos proponga misterios que, á pesar de la revelacion, son incomprehensibles, y que lo serán siempre para el hombre, miéntras permaneciere en esta vida mortal con la debilidad y pocas luces que son inseparables de su estado; de lo que se infiere que es un empeño, tan temerario como vano, y aun perniciso á los intereses de la verdad, el de fatigarse en explicar

y aclarar nuestros misterios; tal empresa es propiamente desfigurar la divinidad por hacerla visible; es lisongearse de ver mejor al Sol, despues que esté cubierto con una espesa nube.

Es imposible retratar la esencia invisible de Dios con imágenes materiales (*a*). La pintura y escultura pueden desfigurarla, mas no representarla; del mismo modo son inúti-

(*a*) Esta proposicion no contradice de modo alguno á la piadosísima y útil costumbre de pintar los símbolos de que Dios ha usado para dar á entender su presencia á los mortales favorecidos, costumbre adoptada por la Santa Iglesia Católica, con la qual no se pretende retratar la divinidad, sino hacérnosla á la memoria.

les los conatos de la imaginacion para hacerla perceptible al entendimiento, y no sirven sino de obscurecerla mas y mas, por lo que nuestra fe debe fundarse sobre la autoridad de la revelacion, y no sobre las cortas, y limitadas luces de nuestro entendimiento.

El que cree, fundado principalmente en la razon, no tiene fe, porque el que solo cree las verdades reveladas, porque son conformes á su razon, no cree á Dios, sino es á sí mismo, y recibe las verdades como dueño, y no como esclavo humilde, qual debe toda criatura quando habla su Criador.

¡Quántos errores, quántas opi-

niones monstruosas produce la razon soberbia del hombre rebelada contra su Dios! ¿Quién podrá reducir á número las funestas conseqüencias que arrastra consigo la incredulidad? ¿Quién ignora que esta venenosa fuente es el orígen de casi todos los delitos que deshonran nuestro siglo; de la depravacion de los Reynos, y casi de todas las calamidades públicas y particulares que trastornan la sociedad humana? ¡Quántos infames secretos encierra el interior de las familias! ¡Quántos contratos vergonzozos forma con alta cara la iniquidad, aun á los ojos del público! ¡Quántos magistrados perdida totalmente la vergüenza, venden la jus-

ticia al delinqüente, y quebrantan con osadía las mismas leyes que hacen observar á los demas, pretendiendo justificar su depravacion con exemplos de los siglos anteriores! ¿Qué es esto sino amontonar como los gigantes de la fábula, montes sobre montes, para acometer á los Cielos? ¿Y creis, ó necios, que no responderá el Cielo á vuestros insultos con el fuego de sus rayos?

Ya hemos visto algunas señales precursoras de su cólera, aunque acompañadas todavía de benignidad: ¿pensais acaso, que no se cansará al fin su paciencia de aguantar á un siglo soberbio y fútil, que pretende pesar al Dios Eterno en la balanza de la

razon humana, y decidir como por juguete acerca del dueño del universo? ¿De un siglo en que ois por un lado la algazara de la mas vergonzosa crápula, y por otro los clamores lastimosos de la desdicha; en que son tan excesivas las deudas como el gasto; en que la opulencia de algunos depredadores particulares insulta con solo presentarse á la pobreza del Estado; en que las sectas multiplicadas destruyen la Religion; en que el vicio con inaudita lozanía produce, y extiende por todas partes nuevas ramas; de un siglo en fin, en el qual se ven tantos males que parecen opuestos, y tantos excesos contrarios entre sí, estrechamente unidos?

Como no salgo de esta aldea, á que mi estado me tiene reducido, conozco poco esa habitacion mas vasta y depravada de los vicios, en que Vm. vive; pero aun aquí mismo, en medio de la natural inocencia de los habitantes del campo, ha llegado el vicio á introducirse, y á entristecer por todas partes mi vista ¿Quál es la aldea en donde la destemplanza no produzca suicidios, y que de quando en quando no envie algunos temerarios delinqüentes á morir en la flor de su juventud y robustez, baxo la espada de las leyes? En todas partes se dan la mano el vicio y la incredulidad, y mutuamente se fomentan. Apénas hay choza en

que no se encuentre alguno que haya depravado su fe, así como no hay palacio en donde no se halle alguno que la haya abjurado.

No faltará quien diga, que la obligacion del hombre religioso es de llorar en silencio éstos excesos, que los hemos de combatir con nuestras oraciones, y refutarlos mas con nuestras virtudes que con nuestras palabras: es muy cierto, que si solo respira la Religion en nuestros escritos, sin reynar en nuestras costumbres, son desde luego inútiles las disputas entre el christiano, y el incrédulo. Tillotson (*a*) y Bolingbroke serán en la realidad del mismo par-

(*a*) Tillotson Obispo Anglicano que ha es-

tido: la diversidad de sus opiniones consistirá solo en palabras, y estarán tan acordes sobre las cosas substanciales, que correrán la misma suerte en la eternidad, y habitarán una misma morada; pero tampoco hay duda de que es obligacion nuestra, no solo el practicar la Religion, sino el defenderla con nuestros escritos y discursos, miéntras nos dure el aliento.

Parece privilegio de los Señores Deistas el reproducir continuamente, y renovar los mismos argumentos que mil veces se han reducido ceniza con las respuestas mas sólidas. Son los

crito en favor de la Religion Christiana, así como Bolingbroke en contra.

tales una especie de ecos que jamas cesan de repetir ; lo que prueba, que su intento no es de buscar la verdad, sino de esparcir el veneno de sus errores. Tanto les importa que sean viejas, como nuevas sus razones; usan sin reparo en el dia de la misma ponzoña de que se han servido mil veces, persuadidos de que por ser antigua, no será ménos violenta, ni dexará de producir su efecto.

A mas, se hacen cargo de que los Escritores nuevos serán leidos por nuevos lectores. Una obra moderna puede caer en manos puras y sencillas, y manchar aquellos corazones; cuya inocencia habia que-

dado intacta con los escritos antecedentes; una nueva dósis de veneno acabará de emponzoñar á los que habia ya viciado la primera, fuera de que presentando el mortal tósigo baxo distintas formas, al que le fastidie de un modo, le agradará de otro.

Reconozca Vm. sin engañarse el verdadero motivo que arma á los incrédulos contra la Religion. No nacen sus objeciones de su convencimiento. Son una nueva especie de hipócritas, que quisieran ocultarnos, y hacernos equivocar sus verdaderas intenciones: deseosos de conservarse el respeto del público, distraen con maña su atencion á otros objetos, para que

no vea lo que tanto les interesa que ignore. Los misterios de nuestra Religion, á quienes asestan sus tiros, no son sus verdaderos enemigos: se llevarian chasco de que se dexasen á un lado; perderian con esto sus armas favoritas, y el acomodado velo con que se disfrazan. Su verdadero enemigo, á quien aborrecen de todo su corazon, es la moral de la Escritura; sus preceptos que los incomodan y oprimen, son los que quisieran obscurecer y aniquilar; su luz es la que les importuna y les ofende, y qualquiera que no la tenga este aborrecimiento no tardará mucho en reconciliarse con los misterios; pero su corazon fastidiado de

la virtud, manda despóticamente al entendimiento obediente que defienda su injusta causa, y que él solo se dé por ofendido. ¡Qué compasion me causa su infeliz estado! Son Deistas solamente en sus discursos, Christianos en la conciencia, y Christianos en su corazon: ¡Qué deplorable, y monstrusa mezcla!

¿Pero en qué consiste que unos hombres de tanto entendimiento como lo son algunos de ellos lleguen á fastidiarse de tal modo de la Escritura sagrada, esto es, de un monumento de sabiduría que mueve la admiracion de los Lectores á proporcion de su discernimiento?

¿Si consistirá en ignorancia? Así

seria si la depravacion de su corazon sobrepujase á las luces de su entendimiento; porque en la realidad hay muchos pasajes en la Escritura, que no pueden ser entendidos sino por el hombre virtuoso. Este v. g. *alegraos en la afliccion*, es uno de aquellos preceptos incomprehensibles para el hombre vicioso que no tiene razones ni facultades para conservar tranquilidad, y gozo en sus desdichas. No puede dudarse, que las costumbres depravadas conducen directamente á la incredulidad: al contrario una vida virtuosa es la llave de la Escritura, y digámoslo así, su comentario. (*a*) No hay cosa alguna en

(*a*) Esta proposicion ceñida á la moral de

ella, que no sea clara para una conciencia pura; ¿cómo ha de entender tampoco el hombre vicioso este otro pasaje? *El secreto del Señor solo es sabido por los que le temen.* Como no conoce esta verdad por experiencia, ni siquiera puede tener idea de ella, siendo así que el hombre virtuoso la concibe y la toca, digámoslo así, con las manos. La Escritura es como la columna de fuego, que precedia al Pueblo de Dios en el desierto, y que al paso, que alumbraba á los Israelitas opo-

la sagrada Escritura, y contando con la interpretacion infalible de la Iglesia Católica, es cierta; pero no dexa de haber misterios absolutamente impenetrables en la Escritura que debemos adorar, y lo contrario es falso.

nia á los Egipcios que los perseguian una nube tenebrosa que los cegaba.

¿Será acaso la vanidad la que les impida el conocer la excelencia de la Escritura? Motivo es este tambien que influye en los incrédulos. Bastante eloqüencia y poco juicio formaban el carácter de Catilina, segun nos lo pinta Salustio. Este retrato puede acomodarse á la mayor parte de los grandes ingenios. Si Dios no les hubiera concedido la eloqüencia y los talentos que los animan á conseguir los aplausos del mundo literato, se libertarian con mas facilidad de un lazo demasiado disimulado, y alhagueño para ellos, fácil de evitar con un poco

mas de prudencia : su corazon al amparo de un entendimiento mas limitado, hubiera tenido ménos arrojo, se hubiera expuesto ménos, y hubiera conservado la inocencia y la virtud. Tal, y tan grande es el peligro que acompaña á la posesion de una pluma inmortal.

Tambien influye en la conducta de los incrédulos la envidia que abrigan en su corazon. ¿Cómo la envidia? Acaso se la tienen á los Christianos, á quienes miran con compasion, y de cuyos errores generosamente se lastiman? Así es: no se contenta el hombre con desear en paz su felicidad; este deseo va siempre acompañado de ambicion y

de envidia: siente en el alma que qualquiera otro sea mas dichoso que él, porque esta superioridad en la dicha prueba en él mayor sabiduría y mérito. El hombre que vive entregado á los vicios, sabe que si la Religion es verdadcra, es mas feliz que él el Christiano virtuoso. Lleno de envidia, desea que sea falsa; y se esfuerza por persuadírselo á sí mismo, permitiendo muchas veces el Cielo para su castigo que lo consiga, y que llegue á creer neciamente su propia mentira. Pero no crea Vm. que la paz y tranquilidad acompañen siempre á está incredulidad sacrílega. De quando en quando sienten sus conciencias alteradas los mo-

vimientos inquietos de la duda, y los mas crueles pronósticos de su futura desgracia. El peso horrible de los remordimientos que carga sobre ellos los oprimiria y los sumergiria en el abismo de la desesperacion, si no recurriesen á los delirios de una alegría estrepitosa y vana, que los levanta un poco, y los hace nadar sobre las olas de la incertidumbre y de la maldad.

Tales son los vicios que producen la incredulidad en los hombres literatos. Otros vicios la engendran en los corazones del vulgo ignorante: en este jamas el entendimiento contradice á los sentidos; solos estos reynan en sus almas groseras y

sin actividad; acaban con su total indiferencia de embrutecer y de apagar en ellas la débil sensacion que tenian de la verdad, y la escasa luz que alumbraba su opaco entendimiento.

Lo único que debe la Religion á los incrédulos es, el que le dan motivo de mostrar con mas resplandor la excelencia y sublimidad de su naturaleza. La verdad sale cada vez mas brillante de en medio de sus combates: sus enemigos la sirven mejor que sus amigos, y la hacen importantes beneficios, sin que les deba agradecimiento alguno: quanto mas vivos son sus ataques, y mas terribles sus fuerzas, son mas glo-

riosos los triunfos que consigue: ¿Qué cosa puede darle mas gozo que el verse invulnerable á la multitud continuada de agudos dardos que arroja contra ella el brazo robusto del ingenio, y que caigan todos despuntados al rededor de ella? La Religion Christiana, como una bóveda bien construida, se une y consolida mas y mas quanto mas peso la oprime.

Pero no desesperemos, no desesperemos jamas de la clemencia del Cielo, ni del triunfo de la verdad. El soberbio incrédulo que hoy la combate, quizá será mañana uno de sus felices esclavos convertido en humilde Christiano. ¿Con qué alegría,

con qué gozo recibirá en tal caso, y besará su nueva cadena? Vuélvase de repente la vista á un ciego de nacimiento que jamas haya siquiera oido hablar del Sol ni de los Astros, y á que no iguala su admiracion á la del hombre que cegado largo tiempo por los vicios acerca de la Religion, ve y abraza en el instante en que Dios le restituye la luz toda aquella inmensa y continuada cadena de maravillas y de verdades, que se extienden desde el nacimiento del mundo hasta nuestros dias. Hasta que llegue este instante, sepultado el infeliz en las tinieblas mas profundas, no hace mas que tropezar de error en error, y equivo-

car la desgracia con la dicha: se fatiga como los ciegos de Sodoma, se apresura y busca á tientas la puerta de la felicidad sin poder hallarla. Algunos quizás notarán de demasiado fuertes mis expresiones, ¿pero acaso puede alguno sacar la lumbre escondida en el pedernal sin herirlo con el acero hasta lo vivo? Así como hay un fuego elemental esparcido en toda la naturaleza, que duerme encarcelado en las entrañas de la materia, y no respira sino en tal qual parte del globo, duerme tambien el fuego de la gracia celestial, aunque invisible y sin actividad en aquellos corazones en que el vicio no ha llegado á apagarlo enteramente,

y para darle movimiento no basta una reprehension suave, es menester herir con golpe violento á los corazones endurecidos: ¡y quántos no son estos en este siglo en que domina la incredulidad!

La fe y la incredulidad son el dia y la noche del mundo moral. La primera descubre todo el Cielo al entendimiento, y la segunda lo oculta.

CARTA SEGUNDA.

Sobre el deleyte.

Ya me ha puesto Vm. con sus instancias, y con haberme hecho escribir la primera carta en el arduo

empeño de continuar escribiendo acerca del deleyte; ¿pero ha reflexîonado Vm. quán poco fruto tengo que esperar de mi trabajo? Acaso los hombres que no hacen aprecio de las censuras del público para ocultar sus vicios, ¿aprenderán con mis escritos á avergonzarse de ellos en su mas escondido retiro, y sin otro testigo que su conciencia? La depravacion de nuestra Inglaterra es extremada, pero no es nueva. Hace mucho tiempo que se escribe acerca de este asunto: está, por decirlo así, agotado como todos los demas de la moral, y por mas esfuerzos que se hagan para evitar el plagio, es imposible dexar de repetir; pero

sus deseos de Vm. son preceptos para mí, y mi obediencia será mi apología.

Nadie puede negar que el amor del deleyte es la raiz fecunda de todos los delitos. El robo, el asesinato, el perjurio son producciones suyas, ¡y oxalá fuesen las mas funestas! ¿Á qué extravagancias no reduce al hombre la pasion desenfrenada del deleyte? ¡Con qué despotismo no le domina! A la claridad del dia llueven sobre el linage humano sus homicidas flechas: cesa ésta, y continua en esparcir su veneno en las tinieblas. El astro de la noche, durante su apacible carrera, es testigo de los mas vergonzosos

excesos, y la aurora al levantarse nos encuentra aun sumergidos en el desórden de la embriaguez y de la disolucion. Iba á decir que la desvergüenza de nuestras locuras espantaba á la naturaleza; pero no necesito hinchar mis expresiones, ni exâgerar esta fatal verdad. Nuestra depravacion no tiene exemplo ni límites: no solamente manchan los vicios los palacios de los grandes y de los ricos, sino que profanan aun las chozas de los pobres, y el mendigo, que solo se mantiene de limosna, cubierto de los tristes arreos de la miseria, les ofrece sus sacrificios como todos los demas.

Es comparacion exâcta la de la

duracion de los Imperios con la de los hombres. Igualmente nacen y crecen, tienen sus temporadas de salud, sus enfermedades y su muerte. Los hombres mueren algunas veces á manos de una apoplegía repentina, y los Imperios igualmente por medio de una conquista rápida, y unos y otros en la flor de su edad. El hombre lleva en su interior oculta la semilla de su muerte, é igualmente muchos Imperios llevan consigo su decadencia, abrigando en su interior varios vicios mortales, inseparables de su constitucion fundamental, pero la causa mas freqüente de su ruina suele ser la de las enfermedades que contraen por su propia voluntad. ¿Y

qué enfermedad mas mórtifera que la contagiosa disolucion que nos domina? ¿Quántos Reynos han perecido con el veneno del deleyte?

Si las mismas causas deben producir naturalmente los mismos efectos, y la enfermedad epidémica de que hablamos, ha llegado á gangrenar el corazon y las partes mas nobles del estado, ¿podemos dexar de pronosticar la ruina que nos amenaza á vista de los desastres de la famosa Ciudad de Tiro, que acumuló igualmente que nosotros en su centro los tesoros y los delitos? No podemos con razon aplicar á esa ciudad, reyna de la Inglaterra, tan opulenta, tan soberbia, y tan de-

pravada, cuyos vicios mas extendidos, aunque las olas que la bañan, no tienen límite alguno aquellas palabras terribles: ¿*Es ésta aquella ciudad soberbia y floreciente, cuya antigüedad se perdia en los siglos mas remotos, cuyos mercaderes eran otros tantos Reyes, cuyos tesoros se aumentaban con los tributos de los rios, y cuyos mercados eran el almacen del universo*? ¿*Es ésta aquella reyna de las ciudades que desde el trono de su poder, en que estaba sentada, con solo extender su brazo formidable hacia extremecer los mas apartados reynos de la tierra? Cayó de su soberbia altura, y ha quedado convertida en un monton in-*

menso de confusas ruinas: el cielo la ha derribado, y ha apagado en un instante todo el resplandor de su gloria. Si la suerte de los Imperios depende de un Dios imparcial y justo, ¿cómo no nos llenamos de temor? y si no tememos, ¿cómo no temblamos de esta misma falsa y fatal seguridad, que por sí sola pronostica el peligro mas inminente, pues siempre acostumbra el cielo cegar á las naciones que quiere destruir? Esa exterioridad brillante, ese luxo enorme, y esa alegría bulliciosa y universal, son á un tiempo los síntomas, y causas de la destruccion. No ha sido Babilonia sola la que ha perecido en medio del gozo de los fes-

tines. Otras muchas naciones se han sumergido en el instante mismo en que creian llegar al colmo de la prosperidad, y solo ha mediado un breve momento entre su mayor elevacion y su ruina: les ha sucedido lo que á la luz, que poco ántes de apagarse despide los mas vivos resplandores.

El deleyte es de algun modo mas pernicioso que los vicios mas arrojados; estos por sí mismos alteran y horrorizan al hombre; la conciencia espantada huye de ellos, los reconoce por enemigos declarados, y se defiende cuidadosa; el deleyte al contrario presentándose al principio con rostro inocente y halagüeño,

se introduce en el alma fácilmente, favorecido de esta engañosa apariencia, y derrama en ella su activo y dulce veneno que la embriaga y la embrutece; la conciencia cierra los ojos, y se adormece en sus brazos: se familiariza con el vicio, que se le presenta disfrazado, no reconoce á su cruel tirano, sino despues de vencida; se ve entónces precisada á obedecerle, y para calmar su inquietud interior, hacer la paz consigo misma, y librarse de los remordimientos, busca excusas, y empieza voluntariamente á dudar de la realidad de sus obligaciones, y de la verdad de la Religion; de modo que nunca llega el hombre á ser incré-

dulo, sino á pesar suyo, y por decirlo así, por acudir á su propia defensa.

El nacimiento, la educacion y las riquezas son por sí mismos bienes que se pueden poseer con utilidad, pero la pasion desenfrenada del deleyte deprava estos dones inocentes, y los vuelve perniciosos: la nobleza desfigurada por la disolucion, llega á ser inferior á la mayor baxeza; la ciencia á ser mas perjudicial que la ignorancia; y la riqueza á ser mayor calamidad que la pobreza con todas sus miserias.

Los grandes y los ricos que son los protectores que escoge siempre el vicio, son, por decirlo así, otros

Curcios, aunque por muy distinto rumbo, que se precipitan en el abismo, no para salvar á su patria, sino para arrastrar á él consigo á sus conciudadanos. Los vicios de los grandes no se ciñen á ellos solos: se extienden y dilatan por todas partes: su contagioso exemplo como pública peste, llega á inficionar las mas ínfimas clases de la Sociedad, que seducidas por el resplandor, y el ascendiente de su autoridad, puede decirse, que se depravan tanto por obediencia, como por inclinacion. De la corte se propagan los vicios á las demas ciudades, y de éstas á las mas infelices aldeas. Quando los grandes son viciosos, son los mas efica-

ces instrumentos de la maldad: como la bomba quando rebienta se destruyen á sí mismos y á todo lo que los rodea. ¿Quién podra reducir á número todos los perniciosos efectos de la disolucion?

Del fondo del vicio se levantan espesas nubes que ofuscan la vista del entendimiento; los impuros vapores que respira allí el alma depravan sus gustos y facultades: insensiblemente olvidamos que la salud del alma es la virtud, que todos aquellos frívolos gozos que buscamos fuera de nosotros mismos son solamente remedios para corazones enfermos: que las visitas, los bayles, y las ruidosas diversiones del mun-

do no son otra cosa que otras tantas enfermerías, en donde se nos aplican una multitud de remedios anodinos y paliativos, buenos quando mas, para las almas enfermizas, pero absolutamente inútiles para las que estan sanas: el mismo gusto que les hallan los hombres sensuales y depravados, da á entender que la organizacion de sus almas está desordenada, y su naturaleza trastornada con los excesos del vicio.

Es cierto que en el dilatado campo de la disolucion se pueden hallar algunos aparentes deleytes, alguna alegría forzada que engañe de léjos con su falso resplandor; pero apénas se poseen quando se marchitan.

Nunca se halla gusto permanente sino en los deleytes que crecen arraigados en la virtud, y al abrigo de la Religion. Los demas solo son unas producciones bastardas del corazon del hombre, son frutos silvestres y desabridos, criados á fuerza de artificios y gastos, que no tienen mas gusto que el que les presta el capricho de la imaginacion depravada, y que no llegando jamas á madurar, son un pesado, y crudo alimento, que oprime y destruye nuestros sentidos. En vano se atormenta el hombre en formarse deleytes artificiales, distintos de aquellos que han sido sembrados por su mismo Criador: tan imposible le es el producir con

sus propias fuerzas un deleyte verdadero, diferente de los de la naturaleza, como el formar relámpagos y rayos. Verdad es que podemos llegar á producir por nosotros mismos aquella falsa y vana alegría que no nace del alma, y solo es una comocion de la sangre y de los espíritus animales, que se da á conocer con ruidosas demostraciones, sin llegar á tener parte alguna en el corazon; pero no aquel gozo dulce y tranquilo, que penetrando hasta lo mas íntimo de nuestra alma, es el único que nos puede hacer dichosos. Por lo que á mí toca, no veo . toda la naturaleza objeto mas triste que el insensato gozo de un necio,

que sin sentir sus males ni conocer su peligro, corre riéndose á su perdicion.

Este amor desenfrenado al deleyte nos hace incurrir en las mas extrañas contradicciones. Queremos estar continuamente alegres sin interrumpir jamas nuestras diversiones. No queremos acabar de creer que qualquiera recreacion, si es demasiado larga, cansa tanto como un trabajo continuado. El hombre ocupado seis dias con la carga de sus negocios, destina siquiera el séptimo para su descanso, y así en cada semana tiene un dia sosegado; pero el que es esclavo del deleyte no admite descanso ni interrupcion alguna en sus

locuras, aunque desalentado, oprimido de fatigas y vigilias, y lleno de hastío, siempre anhelando el deleyte. ¡Qué pasion tan tirana! Entendimiento, razon, prudencia, conciencia, fortuna, honor, y aun uno mismo se le ha de sacrificar; se ha de fomentar noche y dia en sus altares profanos un fuego que jamas se apague. ¿Pues quién nos estorba el quebrantar sus cadenas y salir de tan horrible esclavitud? ¿En qué consiste que no tenemos esta generosa resolucion, sino en que deseamos adormecer el dolor de nuestras penas ocultas, porque la conciencia demasiado ultrajada jamas perdona? y desgraciados de nosotros, si este ene-

migo activo y vigilante nos encuentra solos. Por miedo de él nos evitamos á nosotros mismos, y tenemos que acogernos prontamente al bullicio confuso del mundo. A lo ménos entre el estruendo de la muchedumbre se distrae uno, halla alivio, y se sostienen mutuamente los hombres, así como los infelices marineros se asen uno á otro, y se abrazan estrechamente en el terrible instante en que se va á pique su navío.

¡Quán poco conocen el mundo en que vivimos los que van así á beber en la copa del vicio el olvido de sus remordimientos! ¡Quán agradable idea se forman de él, y quán distinta de los que lo exâminan con mejores ojos!

Tan impropio, y tan contrario es á la naturaleza el hacer alarde de un gozo inmoderado en semejante mundo, como el reir en las exêquias de un amigo; y al lado de su mismo féretro. ¿Qué hombre habrá, si no tiene el corazon de piedra, que pueda contar los innumerables trabajos del cuerpo y del alma, ver el horror de las infinitas sendas que terminan en el sepulcro, y observar su espantosa entrada sin sentirse embriagado de un dolor profundo é inconsolable, y sin tributar á la suerte del linage humano un largo y doloroso gemido? La esperanza de otra vida será la única que pueda detener sus lágrimas.

Parece que creen estos hombres frívolos que todo el universo es un juguete, que no llama la atencion del Criador, siendo así que ni el menor insecto vuela sino con arreglo á su sabia é infinita providencia, y con fines determinados, ya en su construccion, ya en su destino. Ay amigos mios, ¿cómo podemos loquear y reir siendo tan serio todo lo que nos rodea? ¿Qué cosa mas seria que Dios, cuya paciencia exercitamos: igualmente serio es Jesu-Christo que ha derramado su sangre por nosotros: no lo es ménos el Espíritu Santo que lucha contra la obstinacion de nuestros corazones: las Escrituras sagradas hacen resonar á nuestros oi-

dos las verdades mas serias: los Sacramentos y los misterios no ofrecen á nuestros ojos sino los objetos mas serios: todo lo que hay en los cielos, y en el infierno es serio....¿Cómo podemos loquear y reir? ¿Pensais quizá que este eloqüente discurso es mio, y que no es otra cosa que la declamacion de un Eclesiástico? pues os engañais: sabed que su Autor fué el mas ilustre cortesano de que pueda gloriarse la Inglaterra.

CARTA TERCERA.

Sobre el deleyte.

Dixe en mi precedente Carta que los hombres viciosos tenian su especie de felicidad como los hombres justos. ¡Mas quán diferentes son una de otra! Aquella dexa siempre y deposita en el alma algunas heces impuras; profundizad en vuestro corazon y observad que las sensaciones del deleyte, nacido de los bienes de la tierra, siempre van llenas de agitacion y de inquietud, como aquellos licores que turbios y revueltos desordenadamente hierven de continuo, miéntras dura la fermentacion.

La alegría del vicioso es una pasion real y verdaderamente tal; tanto como goza, sufre: al contrario, el gozo del justo es un descanso delicioso de su alma, producido por el íntimo conocimiento de su virtud, y fomentado por la agradable esperanza de una inmortalidad dichosa. Es una alegría celestial tranquila y dulce, como el apacible fresco de una hermosa noche de verano: es una especie de inspiracion divina, una influencia suave y poderosa que nos eleva sobre la humana flaqueza, que adormece y suspende el sentimiento de nuestros males, y que con razon se llama en la Escritura la paz de Dios.

Es pensamiento mio y de otros muchos, que á pesar de las variaciones que tienen que sufrir las criaturas racionales en los diversos periodos de su exîstencia, ya en esta vida ya en la otra, su final felicidad y su desdicha son siempre de una misma especie, aunque segun las distintas épocas haya una distancia infinita entre sus respectivos grados, esto es, que el cielo ó el infierno del hombre no aguardan á la hora de la muerte para comenzar, y que exîsten en todas partes, segun se halle la virtud ó el vicio. No reconozco mas que una sola separacion eterna del linage humano, es á decir, dos clases de hombres en este mun-

do como en el otro, los buenos son dichosos, y los malos desgraciados.

Quando el hombre justo quiere descansar, ocupa su lecho sin inquietud, y se entrega al sueño sin que el temor de los peligros de la noche turbe su suavidad. Por la mañana quando se despierta, levanta sus primeros pensamientos al cielo, y consagra el dia desde su principio; sale de su cama tranquilo, y sin zozobra alguna acerca de su felicidad, y continua con nuevo esfuerzo y alegría su apacible carrera. ¿Qué tiene que temer de las tormentas de la vida? Su alma descansa al abrigo del mismo Dios, y si la tempestad crece, lo peor que le puede suceder es, que

las olas que anegan á los demas le coloquen con mas presteza en la feliz orilla, en donde le espera un descanso eterno.

Los deleytes accidentales que suministra esta vida, son para el justo unos bienes verdaderamente superfluos, y que no añaden cosa alguna á su felicidad. No alcanzan, digámoslo así, á los extremos casi insensibles de su ser, quando toda su sensibilidad habita solo en su corazon, que es el centro de la verdadera felicidad. Los mas crueles reveses de la fortuna no son mas que unos ligeros movimientos que jamas llegan á turbarla, y esta dulce serenidad le acompaña hasta el sepul-

cro. Al contrario, para el hombre vicioso, que no conoce mas que los falaces deleytes de la tierra, el mas hermoso de sus dias está obscurecido de nubes. El menor impulso le ofende y destruye su frágil dicha.

Una vez que reducimos todas nuestras esperanzas y temores á los estrechos límites de esta vida, ¿qué poder no damos á nuestras pasiones contra nosotros mismos? Aquellos hombres que la fortuna ha colocado sobre nosotros, con facultad de distribuir todos estos bienes, en que creemos que consiste nuestra última felicidad, no llegan á ser para nosotros una especie de Semidioses? ¿No temblamos en su presencia, y perde-

mos el color con qualquiera amenaza de su despego? Todo nuestro ser está en sus manos, alentamos con sus favores, y su indignacion sola nos mata. Al contrario, quando en todo el universo no reconocemos mas Protector que Dios, y limitamos todas nuestras esperanzas á sus promesas, ya no tenemos superior entre los hombres, y estamos á nivel con los Reyes. Teniendo siempre presente la catástrofe de la farsa de esta vida, conocemos nuestra igualdad con todos los orgullosos comediantes, que sobre su teatro hacen el papel de Señores, y no nos engaña el carácter prestado de que para tan poco tiempo se revisten. Aguardamos aquel

instante, en que les será necesario dexar sus coturnos, y su vestido teatral, para cubrirse con la túnica de la calentura, y pasar desde el teatro á un lecho rodeado de penas y de terrores.

Tal es el fatal término de todos esos sequaces de la fortuna y del deleyte, que ahora nos insultan y oprimen. ¿Y no son estos mismos los que tienen valor de nombrarse hombres de honor? ¿Y qué es lo que entienden por este honor? Consiste, segun ellos, en desdeñar los vicios leves para abandonarse á los mas atroces delitos. Consiste en ofenderse de una palabra, de una mirada, en castigar cruelmente hasta el

mas mínimo pensamiento que se les antoje injurioso, y en atropellar las leyes mas sagradas de la Religion, la justicia y la humanidad para saciar su venganza. El mejor medio para conocer á fondo el corazon de estos hombres depravados por las grandezas mundanas, y por el amor desordenado de sus frívolos bienes, es el considerar qual seria la oracion que dirigirian á Dios, si alguna vez les ocurriese el hacerla, supuesto que el orar no es otra cosa que hacer presente los verdaderos deseos del corazon, á un ser mas poderoso para que los satisfaga.

Un discípulo de Julio Romano hizo una copia tan perfecta de uno

de sus quadros, que su Maestro juró que era el original. La imágen que voy á presentar á Vm. del alma del impio, será tan parecida que creerá éste hablar por mi boca; sobretodo, no se escandalicen los oidos virtuosos de los pensamientos que ocupan su malvado corazon.

Oracion del impio.

Ó tú cuya omnipotencia no es otra cosa que una facultad continuamente ocupada en proveerte de deleytes, solo como á orígen universal de ellos, te reconozco por mi Dios, y te rindo culto. El deleyte es el único fin de mi devocion, y solo deseo que sirvan mis oraciones

á aumentarlo. No soy ambicioso, ten muy enhorabuena por tuya la morada de los Cielos; por ahora á lo ménos no te la pido: dame mi cielo sobre la tierra, y con esto quedarán satisfechos mis deseos. Concédeme mi parte de felicidad ántes de llegar al sepulcro, y haz que goce aquí abaxo del paraiso de Mahoma. Rodea con espesas tinieblas mis pensamientos y mis delitos, y haz que logre con el brillo aparente de la honra y de la virtud engañar los ojos de los demas hombres, y que ningun viviente sino tú pueda penetrar dentro de mi corazon. Haz que reyne solo, y por largo tiempo el deleyte sobre todas mis

facultades: impide á la Religion que se acerque á mi alma y al remordimiento que venga á turbar mi felicidad. Haz que todos los vicios me tienten, y dame fuerzas para entregarme sin freno á todos sus excesos: aparta de mí todos los males que pueden dañar á mis deleytes, y alterar mi alegría. Haz que continue en ser toda mi vida un bruto sin reflexîon, como lo soy ahora, y que á la hora de mi muerte me convierta de repente en Ángel, si acaso exîsten los que así llamamos.

Opongamos á estos profanos y malvados deseos la oracion de una alma ocupada del arrepentimiento y reconciliada con la virtud.

Oracion del hombre retirado de los vicios y del mundo.

Jamas, jamas cesaré de bendecir al Dios benéfico que me inspiró el pensamiento de retirarme á este asilo. ¡Quán necesario era para mí este retiro! ¡Quán feliz me hallo en él! He encontrado por fin una habitacion tranquila y callada, en donde puedo oir sin estorbo la voz del Cielo, que habla continuamente al corazon del hombre, y que puede éste oir siempre que quiera en lo íntimo de su alma. Aquí sí que puedo conversar con mi conciencia, que tantas veces inquieta y turbada me ha pedido que le diese audiencia al-

gun momento, y á quien siempre la he negado. No vendrá aquí el mundo bullicioso é importuno á interrumpir nuestras conferencias ni á precisarnos á dilatarlas de dia en dia, á pesar de la oposicion y de las vivas instancias de la importante eternidad.

¿Cómo hemos de oir miéntras bulle el mundo á nuestros oidos, y nos ofuscan la vista las nubes de polvo que levanta su agitacion tumultuosa, el débil murmullo de la conciencia, y como leer las lecciones que solo grava la razon clara y distintamente en los corazones tranquilos y puros? Ahora que tengo la dicha de poder discernir y leer sus

sagrados caractéres me estremezco al considerar, lo mismo que en otro tiempo me hechizaba, y me avergüenzo de lo que ántes hacia vanidad. ¡O deleyte! ¡O deleyte, tú eres la muerte de la razon!

Ahora que se ha empezado á abrir la espesa nube que me tenia encarcelado en la noche, aprovéchate, ó alma mia, de ese rayo de luz, pasea la vista al rededor de tí, y dime en dónde me hallo, y qué soy. ¡Un espacio inmenso me rodea, y la eternidad está delante de mí! ¡Mis deleytes son vanas sombras, y mi vida un leve vapor! ¿Y ha de ocupar una sombra, y un leve vapor todas las facultades de mi alma? ¿Han de

ser el único objeto de mis pensamientos y deseos? ¿He de decir acaso al Ángel destinado por el Cielo para mi custodia que espere á que yo esté desocupado para seguirle, y al Criador suyo y mio que me aguarde hasta el dia de mañana? ¿En qué pararia yo, ó alma mia, si fuese ésta la última vez que el Señor me llamase, y despues de pasado este dia viendo mi descuido guardase silencio eterno, y me abandonase á mí mismo? ¿Quál seria en este caso nuestra suerte, y qué esperanza nos quedaria?

¡O qué fatal momento es aquel, en que el Criador cansado de la resistencia del hombre, retira de él con in-

dignacion su benigna mano, y le dexa entregado á sí mismo! No sintiendo ya el infeliz lazo ni peso alguno que le contenga, cree haber roto sus cadenas, se abandona á su locura, y celebra su libertad. ¡Insensato! ¡Quán poco conoce el peligro de aquella independencia! Ignora que desde luego que suelta la mano de Dios, que le sostenia sobre la boca del abismo, cae sin remedio en él

Desde el fondo de este abismo, ó Dios Omnipotente, es de donde levanto á tí mi voz debilitada: dígnate oirme, dígnate destruir el hechizo que me tiene aprisionado en los deleytes frívolos é infames, y comunícame la fuerza necesaria para

remontarme ácia la luz, y alcanzar los bienes que tú me destinaste. Tu clemencia resplandece en todas las hechuras de tus manos... ¿Pero qué digo? ¿Acaso soy hechura tuya? ¡Infeliz de mí! ¿Cómo he de reconocer en mí mismo el hombre que tú formaste? ¿Adónde está el corazon que me diste? ¿Qué es el que tengo ahora sino un profano asilo del vicio? No, no salió de tus manos tan malvado corazon.

¡Triste de mí! ¡Equivocaba la insensibilidad del corazon con la tranquilidad de la conciencia! La muchedumbre de los pecadores era para mí una apología del pecado, y creia que las costumbres depravadas del

mundo habian prescrito contra tus leyes! ¡Quanto mas resplandecia tu benignidad, tanto mas crecia mi ingratitud! ¡Aun al recibir los bienes que derramaba sobre mí tu bondad inagotable te ofendia! ¡Qualquier mal por leve que fuese, bastaba para que me rebelase contra tí, me burlaba de tus amenazas, y jugueteaba divertido á vista de tu furor!

¡Estudiaba la maldad como si fuera una ciencia! ¡Me gloriaba de sobresalir en los vicios, y me avergonzaba de mis obligaciones! ¡Tímido á los ojos de qualquier vil mortal, solo á los tuyos oponia una frente de bronce, incapaz de vergüenza! ¡Gastaba en locuras todo el

tiempo que tú me concedias para el arrepentimiento! ¡Sobrepujaban mis pecados á mis fuerzas, y mis delitos excedian en número á mis acciones! ¡Quántos pecados he querido cometer, y hubiera cometido, si tu bondad no me hubiera quitado las fuerzas, ó apartado de la ocasion! ¡Destruí hasta tu memoria en mi corazon! ¡Hollé con temerarios pies tus sagradas leyes! ¡Dios Omnipotente todo esto sabes... y aun vivo! Todo lo viste, mas tu bondad apaciguó tu justa cólera, tu brazo irritado estaba ya extendido para castigarme, y lo detuviste.

¡Quán larga y maravillosa ha sido tu paciencia! ¡Yo arrojado mar-

chaba contra tí á la frente de tus enemigos, y te acometia cubierto de delitos! Tú, Señor, contento con hacer llover los rayos de tu venganza sobre mis cómplices, me mirastes á mí con ojos de piedad, y no me quisistes herir. Vi caer á mi lado amontonados los compañeros de mis vicios, fuí testigo de su horrible suerte, y en lugar de reflexîonarla, procuré borrar su triste memoria, sepultándome mas y mas en la disolucion. Al paso que motejaba su conducta continuaba en seguir su exemplo. Lamentaba su ruina, y corria sin reparo á encontrar con la mia. Como tú no me tratabas como á ellos, me tenia por inmortal. Haz, Señor,

que iguale mi arrepentimiento á mis delitos.

Yo le siento en mi corazon, ¡pero quán débil es todavía! ¡Cómo escasean mis ojos las lágrimas! ¡Qué dureza es la mia! ¿Cómo he podido llegar á este funesto periodo de la vida, en que el corazon árido y empedernido tiene cerrados los conductos de las lágrimas? ¿Qué se ha hecho de aquella sensibilidad y ternura de mi corazon quando era jóven? La perdemos, tristes de nosotros, al paso que aumentan nuestros años, y se acercan ácia su fin. Dios Omnipotente, hiere, quebranta y ablanda este empedernido corazon. Ten, Dios mio, misericordia de mí.

Líbrame de mi propio furor. Soy culpado, pero tú eres compasivo: ¿cómo has de dexar de tener corazon de Padre para mí? ¿No soy hijo tuyo? ¿No soy hechura de tus manos? Pues no me desdeñes. No la destruyas. El vengarte te cuesta mucho trabajo. Tu único deleyte es el salvar, no el destruir.

Pero si á mí me perdonas, ¿á quién has de castigar? No te des por ofendido si mis esperanzas y mi débil razon se pierden en estas reflexîones. En tu grandeza es en la que pongo toda mi confianza; porque yo, ¿qué soy por mí mismo? ¿Qué sino una criatura frágil, compuesta de miseria y de flaqueza, un

átomo, un insecto destinado á vivir solo una mañana sin llegar jamas á la tarde, un leve vapor, un soplo, una sombra vana, que despues de caminar un rato por medio de la incertidumbre y de los peligros, se desvanece? ¿Qué sacarias, Señor, de emplear contra una criatura tan frágil ese brazo omnipotente, capaz de destruir el universo con el mas leve impulso? Tu misma grandeza me defiende contra tí. Si soy indigno de tu clemencia, tambien lo soy de tu cólera. ¿Te habias de olvidar de que soy polvo? ¿Te habias de olvidar de tu gloria? ¿No eres tú el Dios benigno que te deleytas en perdonar, que nos crias para ha-

cernos felices, y que nos castigas para conservarnos? Tú, Señor, cuyo aliento irritado todo lo destruye: Tú, que caminas sobre las tempestades: Tú, cuya frente augusta sobrepuja á los Cielos, y cuyos pies divinos huellan lo mas profundo del abismo; oye mi humilde súplica, atiende á este corazon despedazado, apiádate de los sollozos y congojas de este corazon arrepentido... Salva á este infeliz... ¡Albricias, ó alma mia! ¡Ya nos ha oido!

CARTA QUARTA.

Sobre el deleyte, en respuesta de otra que habia recibido el Autor.

La desgracia que me participa Vm. en su carta, ha turbado el gozo que he tenido al recibirla. Los síntomas que acompañan á la muerte aun del hombre mas virtuoso nos conmueven siempre, y jamas dexan de producir algun terror en nuestras almas: me es muy sensible el saber que el veneno oculto que ha dexado el fatal deleyte escondido en el pecho de su amigo de Vm. lo roa con tanto furor, y acabe tan rápidamente con su vida. ¡Ay Dios, quán natu-

ral es que pensemos en asirnos al cielo luego que el mundo se hunde y se desvanece á nuestras plantas! No puedo pensar en la triste situacion de su amigo de Vm., y en la muerte de otro jóven, cuyos últimos instantes he presenciado yo mismo, sin sentirme con vivos deseos de extender aun mis reflexîones sobre el deleyte funesto, que tan caro cuesta al linage humano.

Si todos los dias vemos á nuestros amigos con achaques ó con enfermedades, y la muerte nunca cesa de avisarnos su proxîmidad por medios de estos precursores; si quando llega todo el linage humano, tan vario y tan dividido ántes en sus

opiniones y deseos, adopta sin excepcion un mismo modo de pensar, y unos mismos deseos; si los deleytes sensuales apresuran la llegada de la muerte, aumentan sus terrores y agravan sus conseqüencias; si entre todos los sucesos venideros no hay otro que sea cierto sino ella, y entre todos los gozos que se pueden experimentar, y bienes que se pueden poseer sobre la tierra, la virtud es el único gozo verdadero, y el único bien indestruible; si la clemencia del Ser Supremo es lo que mas le importa al hombre, y esta clemencia se consigue con tanta facilidad, que aun despues de haber gastado locamente casi toda nuestra

vida y nuestros sudores, bastan las tristes reliquias que nos quedan de ella si nos sabemos aprovechar para comprarla; si la suerte que nos espera al morir ha de ser eterna; si esta vida es un solo momento en comparacion de la eternidad, y la eternidad nos pertenece con tanta certidumbre como el instante presente; si el que cuenta con demasiada certidumbre sobre el instante futuro, ó ama excesivamente el presente, ignora por precision la fragilidad de esta vida, ó no cree la exîstencia de la otra; si todas estas verdades, digo, son tan claras como la luz del dia: ¡Quán feliz es, el que á imitacion de su amigo de Vm. vuelve con

tiempo al camino de la virtud, y no se ve reducido á la funesta suerte del otro jóven desgraciado de que voy á hablar á Vm.! El fatal letargo de éste ha durado quasi tanto como su vida, no habiendo comenzado á nacer su razon hasta el dia mismo en que ha acabado.

Los hombres por sí mismos nunca se corrigen : miéntras la providencia abandona á sus manos el freno de sus pasiones, se arrojan á rienda suelta á los vicios, y van á buscarlos sin esperar á que vengan á solicitarlos. Pero quando Dios los postra en una cama, y los reduce á la deplorable situacion de su amigo de Vm.; quando el cuerpo despedaza-

do y atormentado por los dolores, rechaza de sí mismo al alma que se resiste, y asida á él se estremece al trocar su habitacion por la morada horrible que la espera: entónces, digo, ¡qué mudanza tan extraordinaria experimentan en su corazon! Esta idea me trae á la memoria los últimos instantes del jóven, cuya muerte he presenciado. ¡Ay Dios mio! ¡Qué congojas la acompañáron! Qualquiera que desea morir en paz, debiera tenerlas siempre presentes. A esta escena fúnebre es á la que convido á todas aquellas mugeres preciadas de hermosas, y entregadas á una vida deliciosa, que gastan todos sus dias en el bay-

le y en la música, con mas aficion que la que corresponde á una muger de bien. No puedo hacerles convite mas saludable: dia llegará, despues que se hayan desvanecido todos los deleytes que ahora las ocupan, en que me den las gracias; porque hemos de estar en que las solemnidades fúnebres igualmente se han instituido para provecho de los vivos que para alivio de los muertos; porque ¿qué frutos tan admirables no nos pueden producir tales lances?

¡O amigo mio, qué escena tan funesta la que indiqué mas arriba! Aun la tengo delante de mis ojos; aun veo morir aquel desgraciado jóven,

y conserva vivo mi corazon el sentimiento de los terrores que padeció. Si sola la memoria de semejante espectáculo me hace una impresion tan viva, ¿qué seria el presenciarlo? Me faltan expresiones para pintarlo; pero ni el tiempo podrá borrarlo de mi memoria: aun en sueños lo tengo siempre presente, y me acompañará hasta el sepulcro.

No tardaré en delinearlo, aunque imperfectamente. El tal jóven, nacido en medio del fausto y de la grandeza, habia sido dotado de los mayores talentos, pero acompañados de las pasiones mas vivas; se distinguia tanto entre los demas hombres por sus vicios, como por todas

sus demas calidades. Con sus malos tratamientos abrevió la vida á su esposa, muger dignísima de ser querida, y con sus extravagantes prodigalidades hizo tanto daño á su hijo único, como hubiera hecho con el mas declarado aborrecimiento, pues enagenó todos sus bienes, y no le dexó otra herencia que la amarga memoria de que su padre habia sido rico.

Pero déxeme Vm. hacer algunas reflexîones ántes de pasar adelante. No hay que hacer: el lecho en que acaba sus dias el hombre malvado no es ménos horrible que el abismo tenebroso á que da entrada. Todo quanto el hombre puede concebir

en este mundo acerca de los horrores del infierno, se presenta allí á sus ojos, y qualquiera que lo haya visto, ve, digámoslo así, demostradas las verdades de la fe, acerca de este punto, y toca con las manos parte de lo que creia por la revelacion. ¿Piensa Vm. que faltan al rededor del moribundo llamas voraces, y furias vengadoras? Bien se conoce que ignora Vm. adonde llega la fuerza de una imaginacion espantada, y adonde el terror de un corazon culpado. ¡Ay Dios! ¡qué espanto y qué horror ocupa aquel infeliz instante! El hombre entregado á los dos mayores enemigos del cuerpo y del alma, es decir, al dolor

y á la culpa, oprimido, confundido, postrado á fuerza de sus continuos golpes, perdiendo por grados la luz del Cielo, sin esperanza alguna en su corazon, sintiendo ya aquel horrible silencio, aquel desierto que se forma y dilata al rededor de él, y sumergiéndose abandonado de todos en las tinieblas de la muerte, cuya espesura y lobreguez aumentan á cada instante!

¡Qué diferencia de la noche en que concluyó su vida, á aquellas noches licenciosas, en que le alumbráron las brillantes luces del deleyte y de la locura! ¿Qué se hiciéron aquellos saraos nocturnos y magníficos, de los quales era él el

alma? ¿Quién ha de creer que aquella mole de barro desfigurada, pálida, y moribunda dictaba en otro tiempo desde el trono de la disolucion las leyes del deleyte, decidia con despotismo sobre las modas, y avivaba la loca alegría de un monton de insensatos? ¿Es aquel el jóven que reynaba entre todas las bellezas, y cuya superioridad en los vicios era envidiada de todos sus compañeros? ¡Vedlo allí ahora postrado, objeto triste de asco y de horror, pendiente en el isthmo estrecho que separa el tiempo de la inmensa eternidad! ¡Vedlo, que apénas le queda un soplo de vida, abatido baxo el cruel azote del remor-

dimiento, oprimido con los terrores de su futura suerte, léjos de los hombres que se fatigan en vano por socorrerle, y arrastrado á la presencia de un Dios terrible que se prepara á vengarse!

Las imágenes de su hacienda disipada, de su hijo que volverá de sus exêquias reducido á pedir limosna, y de su esposa á quien ha causado la muerte, rodean su lecho como otros tantos enemigos, y le atormentan: el tiempo desperdiciado en locuras y manchado de delitos los acompaña, como otra espantosa fantasma, y acaba de turbar su corazon desfallecido. Su conciencia despierta de su largo sueño, se

levanta como un gigante sobre su cabeza, y con ceño horrible le amenaza : su voz formidable atruena sus oidos : le grita, que ya no hay tiempo ni perdon : destierra de su alma todos los deseos, todos los pensamientos que la han ocupado hasta entónces : ni rastro ni memoria queda de ellos. Todos se borran sin exceptuar el pensamiento mismo de la muerte... ¡Llega á olvidarse de que se muere! Solo queda allí un miserable despojo del hombre naufragado, extendido en la desierta orilla de la eternidad : no le queda mas que un soplo de vida : lo exhala... Ya cayó en el abismo.

¿Qué antídoto mas natural y mas

eficaz podrá hallarse contra el veneno esparcido por el contagioso exemplo del pecador que el lecho donde muere? Esto es propiamente poner el escorpion muerto, y aplastado sobre la herida que ha hecho, para curarla. El cielo es el que presenta á nuestros ojos el espantoso expectáculo del pecador que sale de la vida por la puerta del delito, á fin de llenarnos de un saludable terror que nos mueva á hacer nuestros esfuerzos para salir de ella por la puerta de la virtud. Qualquiera que lo ve sin conmocion alguna, es un hombre desesperado, que con la misma serenidad veria levantarse un muerto del sepulcro, y no le daria cré-

dito alguno; ó no le haria fuerza quanto dixese de la vida futura. En efecto esta última escena de la vida corre parte del velo extendido entre el tiempo y la eternidad, y nos dexa ver de léjos aunque imperfectamente aquel Dios terrible, de quien solo teniamos ántes una confusa idea.

La hora de la muerte es la primera escuela de la sabiduría: las lecciones que se reciben allí hacen mucha mas impresion que las instrucciones de los predicadores, contra los quales siempre se tiene una ú otra preocupacion. Ademas que un predicador moribundo con su silencio mismo predica mas eloqüente-

mente que el mas famoso orador, y la menor palabra que dice, puede servir de instruccion á los maestros del género humano. En el tumulto de la sociedad, y en la confusion de la vida conversamos con los hombres, y pensamos como ellos; pero al lado del lecho de un moribundo conversamos con el mismo Dios, y acomodamos nuestro modo de pensar al suyo.

Sobre todo, aprendemos dos lecciones importantes, la primera al ver un infeliz, que en el tiempo que se le ha dado para pelear y merecer, en lugar de aprovecharse de las armas que podian defenderle, se ha entretenido en coger flores, y en an-

dar, por decirlo así, cazando con mano afeminada débiles mariposas, enagenando su herencia eterna por vanos deleytes, y que quando llega á hacer cuentas consigo mismo á la hora de la muerte, se encuentra despojado de los bienes de la vida venidera, y reducido á desear, como la mayor dicha, que á las pérdidas que ha hecho se añadiese la de perder su exîstencia.

La segunda leccion que aprendemos es el ver á la verdad, á la verdad divina triunfante de los esfuerzos que ha hecho el pecador durante su vida, para insultarla, obscurecerla, y oprimirla, salir invulnerable, victoriosa é inmortal. Aun-

que el vicio amontone por espacio de sesenta años montes sobre montes para oprimir á la verdad, ha de llegar instante, en que rompa y luzca, á pesar de todos los obstáculos, como el fuego que encerrado en las entrañas de un volcan lo rebienta de repente, y esparce sus brillantes y abrasadoras llamas. ¡O amigo mio! aquí le presento á Vm. un terrible exemplo que lo confirma, oígalo, tiemble, y aprovéchese de él.

En la última funesta tarde que precedió á la muerte del jóven arriba indicado, estuve yo con él; nos hallábamos solos el médico que le asistia, un íntimo amigo suyo, á quien habia arruinado con su mala com-

pañía, él, y yo. Inmediatamente que entré me dixo, Vm. y el médico vienen tarde... Ya no tengo vida, ni esperanza: ¿Acaso quieren Vms. hacer milagros? ¿Pueden Vms. resucitar á un muerto?

Viéndolo así comencé á encarecerle la infinita clemencia de Dios. ¡Ay de mí!... me dixo, ¡si no hubiera sido tanta, no seria yo tan culpado! ¡Qué no ha hecho por salvarme, para obligarme á ser feliz!... Pero al cabo yo mismo he precisado al Omnipotente á perderme. ¿Y el Dios que ha redimido á Vm.? le dixe... Deténgase Vm., deténgase, exclamó, me atraviesa Vm. el corazon... Ese es el escollo en que yo he

naufragado... He renegado de su nombre.

Con esto no quiso ya oirnos ni al médico ni á mí, quedando sepultado en triste silencio, que solo interrumpian alguna vez los vivos dolores, y los crueles remordimientos; sonó el relox, y exclamó entónces con vehemencia.

¡O tiempo, ó tiempo! te he despreciado, te he malgastado, justo es que tomes venganza de mí: el sonido de tus horas hace estremecer mi corazon... ¡Cómo te has desvanecido!... ¡Si tuviera siquiera un mes de vida, una sola semana! No pido que se me concedan años... ¿Mas qué digo? Un siglo no bastaria para lo

que me queda que hacer.

Díxele entónces que hiciese un esfuerzo, que siempre estaba á tiempo, y que viese que no era mucho el pedirle qualquier esfuerzo para lograr el cielo.

El cielo, me respondió, no es para mí, ó por mejor decir, es ahora la porcion mas cruel de mi infierno.

Exhortéle á que acudiera á Dios por medio de la oracion: orad vosotros, me dixo, que lo podeis hacer, yo jamas he orado. No puedo orar... y seria sin fruto mi oracion.. ¿Acaso no siento ya la ira de Dios sobre mí? Ya ha concluido sus cuentas con mi conciencia, ya ha comenzado su venganza... ¡Ay de mí! es

imposible resistir á sus golpes; mi conciencia me hiere al mismo tiempo, y yo mismo estoy de su parte contra mí.

Viendo á su amigo vivamente afligido, y derramando lágrimas ¿y quién hubiera podido contenerse? (por lo que toca á mí me fué imposible) viéndolo pues así, le dixo mirándole con ternura.

Guarda esas lágrimas para tí: yo he sido la causa de tu ruina, ¿y lloras tú mi pérdida? Cruel, ¡quánto me atormenta tu presencia! A estas palabras su amigo, vencido del dolor, quiso salirse...

No, dixo el enfermo, detente, espérate: á tí aun te quedan esperan-

zas. Atiende á lo que te digo: ¡Quán locas eran las conversaciones que he tenido contigo, y los consejos que te he dado! ¡Quál era tu desatino en darme oidos y creerme! Repara en mi actual estado. A ámbos nos desmiente, y es para tí suficiente desengaño. Ves este cuerpo postrado de flaqueza y de dolor, pues los tormentos mismos que experimenta mi alma, parece que la comunican mas actividad y mas vida: jamas sintió con tanta intension la razon y el dolor, jamas se halló tan fuerte y tan despierta: sin duda ¡ay de mí! sin duda es inmortal, pues así se anima aun entre las manos de la muerte... No, no lo dudo, exîste un Dios jus-

ticiero: solo un Dios puede hacerme experimentar lo que sufro.

Quise darle el parabien de su confesion involuntaria y forzada acerca de esta verdad, que la fuerza de sus dolores habia arrancado de su boca, quando cortando mi discurso con viveza

Suplico á Vm. me dixo, que no me interrumpa, que harto poco tiempo me queda para hablar... Amigo mio, amigo de mi corazon, á quien he hecho tanto daño, mi alma se arruina al mismo paso que mi cuerpo: ya no puede formar sino ideas imperfectas é interrumpidas: los remordimientos que la atormentan, la obligan á pensar en su esta-

do futuro, y el terror de este estado desconocido la rechaza, y la hace volver á lo pasado. Me vuelvo y me revuelvo á todos lados sin poder hallar el menor rayo de esperanza. ¡Ah! si tú sintieras la mitad del peso que me oprime, tendrias por feliz al mártir en medio de las voraces llamas... A lo ménos aquellas no son eternas.

¡O, y qué compasion nos causó á todos! Aun aumentó despues: con la vista turbada, y la desesperacion impresa en el rostro, exclamó:

Mis funestas máxîmas han envenenado el corazon de mi amigo: mis extravagancias han reducido á mi hijo á la mendicidad: mis crueles des-

precios han asesinado á mi esposa... ¿Qué otro infierno me queda aun?... ¡O! tú, Dios clementísimo, ultrajado por mis blasfemias, el infierno será para mí un asilo, si me oculta de tu vista.

Su razon fué debilitándose por grados poco despues, y oprimido de las espantosas imágenes que le presentaba su fantasía aterrada, profería horrores, que deben sepultarse en perpetuo olvido, y ántes que el sol, que sin duda habrá visto pocos hombres tan culpados como él, naciese, aquel jóven tan alegre, tan amable, tan distinguido por su nobleza, y por los dones de la fortuna, el desgraciado Altamon espiró.

Si tal es la suerte del hombre que se entrega á los deleytes, y que el mundo tiene por feliz, ¡qué tiene que envidiarle el hombre mas desdichado! ¡Quán rápida y totalmente desaparecen aquellos hombres afortunados, cuya aparente dicha admira á los demas! ¡Ah! y quán corto es el dia de su gozo. Brilla un instante, y nos ofusca su resplandor... Y al instante siguiente ¿en dónde estan? ¿Cubre el olvido su memoria? ¡Qué mas quisieran! No, la infamia los desenvuelve de la noche del olvido, y escribe sus funestos triunfos en sus fastos deshonrosos. Tus dolores, desgraciado Altamon, duran

aun en el corazon de tu amigo, porque por fin lograste tener un amigo. Y quantos pudiera haber tenido. La mañana de su vida, que se desvaneció con tanta brevedad, hubiera podido ser para él la aurora de un dia eterno. Hubiera logrado ver escrito su glorioso nombre en el libro de la eternidad: su virtud hubiera podido dexar en este mundo un precioso y suave olor, que hubiera respirado el amigo que le ha sobrevivido, y que hubiera sido saludable á su posteridad. ¡Qué calidades tan eminentes le adornaban! ¡Qué ventajas le concedió la naturaleza para ser uno de los hombres mas virtuosos! Pero

el hombre, aunque tenga los talentos de un Angel, puede no ser mas que un vil pecador. Si se engaña acerca del principal asunto, en vano pretende acertar en los demas: su primer error influye en todas sus acciones, y las convierte en otros tantos disparates.

De este modo llegan á ser por el abuso del hombre dones funestos, los dones mas preciosos que le concede el cielo: ¡Dios quiera que los tormentos de su última hora sean espiacion de su pasada vida, y no triste presagio y ensayo de su perdicion eterna! Para libertar de tan horrible desgracia á aquellos compañe-

ros suyos, que lo admiráron durante su vida, y que han tenido la dicha de sobrevivirle; permítame Vm. que les dirija el discurso miéntras tienen este funesto objeto á la vista, ó á lo ménos no se les ha borrado aun de la memoria.

O vosotros que correis desalentados tras de los deleytes, y que saltais de gozo á la primera aparicion de su inconstante imágen, que para hacerla estable sacrificais vuestra fortuna, vuestra reputacion, y muchas veces vuestra vida, sin llegar jamas á poseer sino su vana sombra, refrenad por un instante el ardor que os arrastra: deteneos al oir mi voz:

creed que es voz de un amigo: si os amais á vosotros mismos, no dexaréis de oirla. Serán breves mis palabras: oxalá que jamas las olvideis: á lo ménos lograré que de quando en quando se presenten á vuestro pensamiento, y hagan quizas alguna impresion en vuestros corazones, quando se concluya la bulliciosa y alegre caza que ahora os ocupa, y se desvanezcan esos vanos placeres que perseguis. ¿Quereis complacer aun á vuestro amigo despues de su muerte? Pues al mismo tiempo que os acordeis de las prendas que os lo hacian estimable, acordaos de sus defectos: con esto lograréis el no ol-

vidar los vuestros. Leeréis en su desgracia el pronóstico de la que os amenaza: el escollo mismo en que ha naufragado os presenta una tabla para salvaros: su ruina os señala el precipicio: su muerte es un fanal encendido por la providencia para guiar vuestros pasos en el peligroso estrecho de la vida.

Miéntras vivió en este mundo se tuvo por inmortal como vosotros: ved cómo se ha engañado: lo habeis perdido de vista; ¿y quién puede decir en qué ha parado? Si continuais en seguir la senda funesta en que se ha perdido, ¿quién sabe quál será el término de vuestra locura? En el

momento mismo de la mas profunda seguridad, herido y atravesado de un golpe mortal, ha caido desde la altura de sus proyectos y sus esperanzas á un abismo, que el hombre no puede sondear. Tened presente esta triste verdad; jamas os burleis del peligro, aun en medio de los delirios de vuestra alegría: aun no se han agotado las fatales flechas de la muerte: guardáos de provocar su brazo cruel que jamas ha errado el blanco.

Mas en vano me canso: no dais oidos á mis voces, dulcemente recostados sobre lechos de flores, sepultados en agradable sombra des-

cansais tranquilamente de la fatiga de los deleytes, sin descubrir perspectiva alguna que os inquiete: nada os capaz de turbaros: ya habeis perdido de vista, y olvidado el sepulcro de vuestro amigo... ¡A infelices! ¿no sabeis que la muerte gusta de esconderse entre esas mismas flores, cuyos suaves olores respirais?

Reflexîonad, amigos mios, aun conservais el nombre de christianos, y por consiguiente habreis oido hablar de la Escritura sagrada. Usando, pues, de sus expresiones sois Atletas, y aun estais perezosos sin salir á la arena: soldados que no teneis preparadas las armas, cultiva-

dores de la viña, pero sepultados en la embriaguez: centinelas, pero ocupados todo el dia en comer y en divertiros. No hay hombre que en algun instante de su vida haya dexado de despertarse del sueño del vicio, ya con los latidos de la conciencia, ya con la terrible turbacion de algun suceso funesto, y que al recobrar su razon y sus sentidos no haya reconocido su largo delirio. Quanto mas ha durado, tanto mas admiracion y espanto le ha causado al despertarse; pero si el hombre continua dormitando lo restante de su vida, y no se vuelve á despertar hasta el momento en que su

cabeza enagenada tropieza y se hiere contra las puertas de la muerte, ¡quánta es entónces su turbacion y su horror!

Sí, muy profundo ha de ser vuestro letargo, si no os despierta el fúnebre sonido de la campana que os convoca á las exêquias de vuestro amigo. Pero aunque el fallecer vuestro amigo fuese lo mismo que aniquilarse para vosotros, ¿cómo ha de dexar de interesaros de algun modo su muerte? Pensad que si no sirve para corregiros, servirá para haceros mas culpados.

¡Cómo! ¿Jamas habeis experimentado la conmocion interior y re-

pentina, regular en semejantes ocasiones? Por lo que á mí toca, quando me veo en pie á la orilla del sepulcro, aun del hombre mas desconocido, y veo toda la pompa de su vida reducida á aquel corto espacio, oigo resonar en lo íntimo de mi corazon aquellas palabras mudas y terribles, que el polvo muerto dirige al polvo animado: no queda en mi corazon movimiento tumultuoso, que al punto no se apacigue, ni idea saludable que no cobre nuevo vigor: ¿qué impresion debiera pues causaros el fallecimiento de un amigo, como el vuestro, que ha muerto delante de vuestros ojos, con los buenos conse-

jos en la boca, y las agonías mas crueles en el corazon? Sus últimos gemidos debieran conmover vuestros oidos como el estallido del trueno, y producir en vuestros corazones una feliz revolucion que los mudase.

Abrid los ojos, y ved el peligro que os amenaza: abrazad la tabla que os presento: acordáos que vivimos en un mundo, que muda continuamente: tened siempre delante de los ojos el temor de la incertidumbre del siguiente dia. La vista mas perspicaz no puede penetrar un instante de lo futuro. Se trata de no pasar el término señalado por la clemencia divina, pues pasado éste no

encontrarémos ya sino desgracias. Quedáos con Dios, vosotros á quienes mis consejos serviran de correccion ó de condenacion. Oxalá os esmereis mas en mostrar vuestro arrepentimiento que vuestro ingenio, y mas en reformar vuestra conducta que en censurar mis discursos.

No amigo, aun no desespero como Vm. de la curacion de nuestro siglo, aun pueden remediarse sus vicios. Tengo mas confianza que Vm. en la fuerza de los medicamentos. Aun es posible que la virtud de nuestros compatriotas renazca, digámoslo así, de sus cenizas, y vuelva á resplandecer como ántes, así

como en tiempo de Gordîano se levantó vivo el Cónsul Alvióla del medio de las llamas de su pira.

PRIMERA NOCHE

DE EDUARDO YOUNG,

DEDICADA

AL SEÑOR ARTHUR ONSLOW,

ORADOR DE LA CAMARA DE LOS COMUNES.

Las miserias del hombre.

Plácido sueño que en sabroso olvido
Sepultas los cuidados;
Bálsamo que á los miembros fatigados
Restauras el vigor desfallecido,
Concédeme un instante de reposo....
¿Mas qué es esto? ¿tan pronto me abandonas?
Con vuelo presuroso
Te apartas de mis ojos afligidos
¡ Cruel! siempre blasonas

De acudir lisongero al blando lecho
Del hombre venturoso y regalado,
Del infeliz te espantan los gemidos,
Y desprecias su humilde y pobre techo.
¡Con qué inquietud dascansa el desdichado!
Despues de un breve sueño interrumpido
Me despierto.... Por quán afortunado
Tengo al hombre que en brazos de la muerte,
En su dulce regazo sumergido
Olvida los rebeses de la suerte,
Si sus brazos piadosos le redimen
De estos sueños crueles que me oprimen:
¡O y con quánto furor me han perseguido
El instante que he estado adormecido!
¡Qué visiones funestas han turbado,
Qual olas espantosas,
Mi triste fantasía,
Sin dexarme un momento descansado!
¡O, y como me sentia
Oprimido de angustias horrorosas,

Caer precipitado
De desgracia en desgracia. El sentimiento
Perdida la esperanza se trocaba
En furor, y mis penas aumentaba;
Un soplo, un leve aliento
Deshizo esta soñada desventura;
Desperté, Conocí que me engañaba;
Consentí hallar consuelo: ¡Qué locura!
La verdad á aquel punto me esperaba,
Verdad, verdad funesta mas sensible
Para mí que el dilirio mas terrible:
Tres mausoléos ví donde encerradas
Yacen en triste polvo convertidas,
Y de mí cruelmente divididas,
Las tres prendas amadas
Que en tiempos mas felices poseia,
Del amor y amistad dulces despojos,
Y ahora objetos de la pena mia
Regados con raudales de mis ojos.
Para el cruel dolor que me atormenta

Aun el dia mas largo es limitado,
Y la noche, la noche mas obscura,
Quando mas sus tinieblas acrecienta
Sobre el mundo callado,
No iguala mi tristeza, y amargura.
Su lento curso media en este instante
La noche del silencio acompañada;
Como un Dios disfrazado,
El augusto semblante
Lleva con negros velos enlutado,
Y desde el trono de évano sentada,
Sobre el orbe dormido
Tiende el pesado cetro del olvido;
¡Qué silencio profundo!
Qué obscuridad envuelve todo el mundo!
La vista, y el oido
No hallan objeto alguno en que ocuparse,
Duerme el vasto universo, y el aliento
Vital que lo tenia en movimiento,
Parece que ha llegado ya á pararse;

Dirian, ¡qué cansada
Hace una pàusa la naturaleza!
¡Quietud terrible! Imágen adequada
De la muda tristeza
¡Que reynara en el orbe destruido!...
Funesto último dia.... esfuerza el vuelo,
Llega de mi dolor compadecido,
Que para mí acabó todo consuelo.
Silencio, obscuridad, siempre hermanados,
Hijos augústos de la noche antigua,
Cuya presencia sola fortalece
Nuestra alma, y los sentidos alterados
Dulcemente apacigua,
Vosotros, que elevais el pensamiento
Del hombre á la virtud; Si desfallece
Con influxo piadoso
Lo levantais del triste abatimiento,
Y en el uso precioso
De su razon volveis á establecerlo,
Acudid, asistidme, agradecido

Sabré reconocerlo
Quando esté en el sepulcro colocado;
Aquel es vuestro imperio; allí callado
Este cuerpo á cenizas reducido
A vuestro ser divino humildemente
Pagará el vasallage competente.
¿Mas por qué invoco yo vuestra asistencia,
Deidades insensibles, y soñadas,
Qué sois en la presencia
De aquel, que con su voz interrumpiendo
El eterno silencio, del horrendo
Centro de las tinieblas apiñadas
Hizo brotar los astros de repente
A comenzar su curso refulgente,
A esparcir la alegría
En el confuso mundo, que nacia
Y anunciar con letrero luminoso
Su Criador benigno y poderoso?
Atí, Señor, imploro humildemente:
Tú que del hondo cáos tenebroso,

Qual chispa reluciente
Del pedernal herido,
Saltar hiciste el Sol resplandeciente,
Haz que en mi corazon obscurecido
Arda la luz de la sabiduría:
Este es el punto mismo, en que apurado,
Miéntras se entrega el mundo al dulce sueño,
Vela el avaro con mayor empeño,
Y anhelando que llegue el claro dia
Hace la guardia á su tesoro amado;
Tú eres, Señor, el mio,
Tú eres solo el que causas mi desvelo,
En tí solo confio
Tener asilo, y encontrar consuelo.
Mi alma y mis sentidos
De negra obscuridad estan cercados,
Rompe, Señor, los velos duplicados
Que en tinieblas los tienen sumergidos:
Quisiera un breve instante interrumpida
Ver mi infelice suerte,

Y olvidado el dolor que me atormenta,
Exâminar con reflexîon atenta
Las diversas escenas de la vida,
Y las mudanzas tristes de la muerte:
Sé tú, Señor, mi guia;
Descubre las verdades mas sagradas
Que á mis luces se ocultan limitadas;
Inspira tú la tosca pluma mia,
Y dirige no solo mis acentos,
Sino tambien mis obras y mi vida;
Enseña á mi razon obscurecida
A discernir el bien, los movimientos
Rebeldes calma, y á tu ley sagrada
Haz que esté para siempre encadenada.
¡Tu poderosa mano, Dios terrible,
Sobre mí su furor ha descargado!
Mi corazon sensible
Nada ha desperdiciado
De la copa de tu ira formidable,
Séame por lo ménos saludable.

La una dá: la contamos, ya no exîste:
De ese cóncavo bronce el eco triste
Solo sirve, ¡ay de mí! para anunciarnos
Las horas ya pasadas
De que no hemos sabido aprovecharnos;
Su bronco acento aviva de repente
Mis potencias hasta ahora aletargadas;
La voz del tiempo es ésta ciertamente,
Y si ella no me engaña ha señalado
Mi última hora....sí....ya está presente;
¿Y qué se han hecho las que ya han pasado?
Rápidas de delante se me fuéron,
Y á su ignorado orígen se volviéron:
¡O! y quántas cosas por hacer me faltan,
El temor, la esperanza,
Mi corazon con violencia asaltan:
¡Qué espantosa mudanza!
¿Dónde estoy? ¿Dónde voy? ¿Qual es mi estado?
¡Desde la estrecha orilla de la vida
Confuso, acongojado,

Tiendo la vista atónita! ¡qué horrible
Abismo sin medida!
¡Tú eres sin duda, eternidad terrible,
La que tengo presente!
¡Tú la que unida inseparablemente
Has de estar con mi ser! ¡Mas es posible,
Que el hombre, el hombre frágil, cuya suerte
Pasa qual leve sombra, ó sueño vano,
Libre del inhumano
Acero de la muerte,
Exîsta siempre! ¡inexplicable arcano
Es el hombre! ¡Qué asombro de grandeza!
¡Qué abismo de miseria y de baxeza!
Nudo que ocupa el medio en la extendida
Serie de criaturas colocada
Entre Dios y la nada;
Produccion admirable, en la què unida
Se ve de un Angel la naturaleza,
Del mas débil insecto á la flaqueza;
Rico y pobre, infinito y limitado,

Inmortal y caduco, un vil gusano,
Un Dios....¡Todo en su ser es extremado,
Todo contradictorio!..Mas en vano
Trabajó en conocerme; confundido
Me espanto de mí mismo; El pensamiento
Ansioso se exâmina, y aturdido
Desconoce su mismo alojamiento;
Rodeado de la noche mas obscura
La luz anhela, y penetrar procura
De los sentidos el espeso velo,
Mas es inútil todo su desvelo;
Despues de Dios lo mas impenetrable
Para el hombre es sin duda el hombre mismo:
¡Qué nobleza conserva, qué admirable
Magestad aun estando sumergido
De la mayor miseria en el abismo!
Aunque de tantos males abatido
De su orígen brillante
Aun demuestra algun rastro su semblante:
Mi razon indecisa,

Entre tales tinieblas confundida,
Ninguna luz divisa
Que aclare de sus dudas la salida;
Ya me oprime el dolor, ya la alegría
Me alienta : ya admirado
Renacer siento la esperanza mia;
Ya triste acongojado
De mí mismo me espanto, y de mi estado;
¿Quién es capaz de eternizar mi vida?
¿Mas quién por otra parte es suficiente
Para privarme de ella totalmente?
Fuera de Dios no hay brazo, aun en el Cielo,
Capaz de tener mi alma recluida
En el Sepulcro, y suspender su vuelo,
Ni aun el mas breve instante;
No, no es una ilusion, no idea vana
La que tiene á mi alma tan ufana
De su inmortalidad; ese brillante
Cielo de astros lucientes tan poblado,
Ese soberbio techo que me cubre

Envia á veces un benigno rayo
Que al corazon confuso, y angustiado
Su dicha venidera le descubre;
El sueño, el sueño mismo, esa callada
Deidad potente, que con tal desmayo
El cuerpo, y los sentidos entorpece
Su fuerza por el alma ve burlada;
Miéntras el cuerpo inmóvil restablece
Sus agotadas fuerzas descansando,
Detras del pensamiento va volando
Rápida el alma, y nunca desfallece;
Ya con fingido pie huella la yerba,
Y hermosas flores de aparente prado,
Ya de un bosque sombrío la espesura
Perdida rompe, y temerosa observa
Si ve sendero hollado
Por donde salga de la selva obscura,
De una alta roca alguna vez asida,
Con los brazos sangrientos
Se esfuerza á mantenerse suspendida;

Desmaya al fin , y cae horrorizada,
Un cristalino lago la recibe,
Sus ondas con esfuerzos violentos
Corta , y á la ribera
Llega desalentada;
A cada paso su ánimo revive;
De una montaña la áspera ladera
Trepa anhelando, y desde su alta cumbre
El peligro pasado considera:
Quántas veces ligera como el viento,
Sin que la luz del Cielo la deslumbre,
Juzga volar á su remota altura
De brillantes figuras escoltada,
Hijas de su fecundo pensamiento;
Pero de todos modos la asegura
El Sueño mismo, ya desconsolada
La dexe, ya gozosa,
Que solo para el cielo fué criada,
Y que en tanto , que vuela presurosa
Por la etérea llanura , al torpe sueño

Queda el cuerpo muy léjos entregado,
Qual insensible piedra, ó tosco leño;
Que su naturaleza
Es de mas precio, y de mayor nobleza
Que el baxo polvo por sus pies hollado;
Así la sombra misma de la muerte,
Abre paso á la luz, y me asegura
De una inmortal, y venturosa suerte;
La noche me promete la luz pura
Del mas dichoso dia,
Y su silencio aumenta mi alegría.
¡O, y quánto mas nos dañan
Los sueños, que despiertos nos engañan!
¿Quántas veces velando, y alumbrado
De las luces de Sol, he padecido
Ilusiones mas claras, y patentes
Que en el sueño mas largo y mas pesado?
¡Triste de mí! ¡queria un imposible!
Queria entre las ondas sumergido
Hallar quietud! ¡Deleytes permanentes

En este suelo estéril y mudable!
A todos los estorbos insensible,
Los placeres cansado perseguia,
Y detener su fuga pretendia:
¡ O , qué brillante escena! ¡ qué admirable
Variedad de deleytes enlazados
A mis ojos el mundo presentaba,
Quando en mis tiernos años lo miraba!
Risas, juegos, amores hermanados,
Mil grupos de delicias en la viva
Dilatada y hermosa perspectiva;
Por un prisma engañoso lo veia
Que le daba el mas bello colorido;
Paseaba ufano, y lleno de alegría
Un Palacio magnífico adornado
De vistosos tapices ; divertido
Qual gusano de seda que procura
Quedar entre sus hilos enredado,
Yo mismo con las telas me envolvia
Texidas por mi engaño , y mi locura;

¿Y qué esfuerzos no hacia
Para que fuese mas espeso el velo
Que me cubria al resplandor del Cielo?
Hecho á gozar del mundo el limitado
Ambito breve, alegre, aunque engañado,
Vivia de algun modo complacido:
Quando de pronto al fúnebre sonido
De la campana , al eco lamentable,
Voz de la muerte fiera,
Que á los humanos llama al formidable
Abismo del sepulcro , me despierto;
Quédome inmóvil , yerto,
Al verme casi al fin de mi carrera,
Pálido moribundo,
De años , y de trabajos agoviado,
Cerca de la salida de este mundo,
Quando aun creia estar muy apartado;
Placeres , Dignidades y riqueza
¿Qué os habeis hecho? dulces ilusiones,
¡O qué pronto os habeis desvanecido!

Perdió ya el universo su belleza;
El cruel desengaño ha destruido
Todas mis posesiones;
Solo este frágil cuerpo me ha dexado,
Esta triste morada,
A fuerza de trabajos arruinada;
No hay que dudar , el hilo fabricado
Por la araña es un grueso cable al lado
Del que tiene la humana suerte unida,
Un instante á la dicha , otro á la vida:
Tú morada del Cielo venturosa,
Tú sola de deleytes puros llenas
A tus habitadores inmortales,
Deleytes no soñados , sino reales,
Sin mezcla venenosa
Como en el mundo de crueles penas;
Un caudaloso rio de alegría
Eternamente corre , y los inunda
De gozo , que jamas ha de acabarse:
Del Cielo mismo huiria

La dicha si pudiera terminarse;
Pero en aquella habitacion fecunda
De paz eterna nunca han penetrado
Los malignos vapores,
Que á influxo de los astros superiores
Asuelan nuestro globo desdichado,
Desastres, y tragedias derramando;
Aquí es donde su imperio exercitando
Crueles nos oprimen, y si acaso
Alguna vez nos miran favorables,
Son sus bienes tan breves y mudables,
Que apénas nacen llegan al ocaso:
Si con horribles ruinas su carrera
Dexa el rápido tiempo señalada,
Si los imperios con guadaña fiera
Siega qual tierna yerba,
Cada hora de por sí, con su hoz armada,
Cortando ansiosa sin piedad alguna
Al brotar, los placeres, no reserva

Ni el mas leve retoño á la fortuna:
¿Quántos aun en su mismo nacimiento
Salen ya envenenados y marchitos?
¿Y de qué me han servido
Los deleytes mas vivos y exquisitos,
Si en un breve momento
Rápidos de los brazos se me han ido?
Promete el mundo dicha y alegría
Promete, pero nunca llega el dia;
La fortuna inconstante,
Si nos las da, las da por un instante;
Felicidad aquí... ¡palabra vana!
¡Falsa expresion de la soberbia humana!
La virtud sola en este árido suelo
Al hombre puede dar algun consuelo;
Su gozo de este mundo independiente
De ella misma dimana,
Como del Sol su resplandor luciente:
¡Dichoso si la hubiera conocido,

Y el mal y el bien pesado
En su balanza ! hubiera yo evitado
Hallarme á la vejez arrepentido:
¡O monstruo á los vivientes siempre adverso,
Muerte implacable , que en su mismo trono
La luz has de apagar , y encarnizada
El astro devorar del universo;
Destruye astros y mundos , esforzada
Escoge objetos dignos de tu encono;
Vuelve al cáos primero
El orbe á impulsos de ese brazo fiero;
¡Mas en mí no te emplees ó inhumana !
En un átomo leve y sombra vana:
Durante el breve tiempo, que ha tardado
En completar tres veces su carrera
El astro de la noche silencioso,
Sin dolerte mi suerte lastimera,
Tres saetas crueles me has tirado,
Y este corazon triste has traspasado;

En vano rueda el tiempo presuroso,
Corre en vano la noche y vuela el dia;
Mudo de habitacion inútilmente,
Jamas mi corazon halla reposo,
Huyó de él para siempre la alegría:
Mis reflexîones mismas lentamente
Fermentan dentro de él, y envenenadas
Aumentan su dolor, y su amargura:
Aun el silencio de la noche obscura
Duplica en mí el horror de mi profunda
Tristeza; mis potencias devoradas
Del cruel fuego dan al pensamiento
Libertad, falsamente esperanzadas,
Que su invencion fecunda
Me ha de volver los bienes suspirados,
En que estribaba todo mi contento;
Sígole ansioso al laberinto obscuro
De los tiempos pasados;
Conforme voy sus sombras penetrando

Aumenta á cada paso mi esperanza;
Mas el traidor riendo de mi apuro,
Y el oportuno sitio aprovechando,
Me asesina cruelmente; y su venganza
Para mayor tormento me presenta
De mis antiguos gozos la morada
En un triste desierto transformada,
Donde á la luz del tiempo macilenta
Se descubren sus ruinas esparcidas:
De mis deleytes ántes tan amados
Los pálidos espectros irritados
Me atraviesan con yerros homicidas;
¿Mas por qué de mi suerte me lamento?
¿Soy yo solo infeliz? ¿ó resplandece
Solo para mí el sol? Mi sentimiento
Comprehende á infinidad de desdichados;
Todos los hombres son desventurados;
Todo nacido de muger padece
Baxo una ú otra forma los dolores,

De la materna culpa vengadores;
La guerra, la hambre, la epidemia, el fuego,
Los volcanes, las fieras disensiones,
La tirana opresion, que lleva el pecho
De triplicado bronce guarnecido
Sitian al hombre, y turban su sosiego
Con las mas lamentables mutaciones.
Allí enterrada en el recinto estrecho
De una profunda mina, hecha en olvido
Una imágen de Dios, desheredada
Del dia, aun la exîstencia del Sol mismo;
Allá otra turba de hombres inmortales,
Y á su tirano en nacimiento iguales,
A un banco miéntras vive encadenada
Ara del mar gimiendo el vasto abismo,
Sin coger mas, que horrible desconsuelo;
Algunos, tristes víctimas del zelo,
Que á un dueño quiza ingrato profesáron,
En la sangrienta guerra mutilados;

Hambrientos, y de lágrimas bañados,
Por las mismas provincias, que libráron
Del furor enemigo van vagando
Y un bocado de pan solicitando;
La pobreza, y los males incurables
Coligados, ¡ á quántos miserables
Dexan sin mas consuelo, que la muerte!
¿Ves esos hospitales, que gimiendo
Tanto cadáver echan por sus puertas,
Pues repara aquel número estupendo
De enfermos, que envidiosos de su suerte
Suspiran por sus camas ya desiertas;
¡Quántos en otro tiempo acostumbrados
A la opulencia, imploran aflgidos
De la agena piedad la helada mano,
Y la imploran (¡que horror!) quizas en vano!
Sequaces del deleyte afeminados
Destinad, de esos ratos, que perdidos
Se os pasan en visitas fastidiosas

Alguno á estas moradas lastimosas:
Yd allí, respirad un breve instante
Del tumulto incesante
De placeres que casi os importuna,
Y la vista de tanto miserable
Os hará apreciar mas vuestra fortuna;
¿Mas para qué me canso? es incurable
Vuestra dureza, no hay razon que os venza,
Y sola la virtud os avergüenza:
Y si el fiero dolor solo acosara
Al vicio, y perdonase á la inocencia;
Pero ni la virtud, ni la prudencia
Ni la templanza, y castidad mas rara
De su yugo cruel son exceptuadas:
Penetra la inquietud la mas oculta
Morada de la paz; nuestras prudentes
Cautelas en peligros transformadas,
Suelen tener la mas fatal resulta;
A veces aun los muros eminentes,

Que alzamos en defensa de la vida
Nos oprimen con mísera caida;
Aun lo mismo que el hombre fascinado
Llama felicidad, jamas alcanza
A saciar su apetito ilimitado;
La realidad desmiente la esperanza,
Y le hace conocer que fué engañado:
Aun al gozo acompañan sus pesares,
Y la naturaleza
En vano con favores nos halaga,
Su misma profusion nos empalaga;
Aun del feliz amor en los altares
Arden los zelos, reyna la tristeza,
Persigue á la amistad la desconfianza;
Todo bien está expuesto á la mudanza;
La fantasía al hombre mas dichoso
Con dudas infundadas tanto apura,
Que aun el placer, perdida su dulzura,
En licor se transforma ponzoñoso.

Sin desventura, ¡ qué calamidades!
Sin enemigos, ¡ qué de hostilidades!
¿ Y qué lengua podrá contar los males
Que oprimen á los míseros mortales?
Por mas que llore acabará primero
Mi llanto, que este asunto lastimero.
Si atendemos del mundo á la extendida
Superficie, ¡ qué horrores la rodean!
Y en ella ¿ qué porcion tan reducida
Del hombre á las fatigas corresponde?
Para un valle, ó campiña, que hermosean
La industria, y el sudor, que de abrasados
Arenales, que riscos empinados
Cuyas cimas la obscura niebla esconde;
Aquí mares helados,
Allí bosques al hombre inaccesibles
Desiertos espantosos,
De fieras, de animales ponzoñosos,
Y de la cruda muerte freqüentados:

Estos rasgos horribles,
Esta triste pintura reducida
Son retrato cabal de nuestra vida:
¿Y el hombre ha de tener por envidiable
Su suerte en esta tierra miserable?
Habitacion de llanto, y de amargura,
Trono de la soberbia, y la locura;
Donde el Rey mas ufano
Tiembla el ayrado brazo de la muerte;
Donde es débil el gozo, el dolor fuerte
En donde la inquietud con inhumano
Tormento nos aflige, y el sosiego
Si es largo nos abrasa en vivo fuego,
El negro torbellino
De las fieras pasiones nos confunde,
Y hace perder á cada paso el tino,
En donde el tiempo nuestras glorias hunde,
Y en el abismo abierto á nuestros ojos
Sepulta aun nuestros míseros despojos:

¡O tú, luna mudable!
¡Nocturna antorcha, clara y apacible,
Aun es tu globo ménos inconstante
Que este agitado mundo miserable!
¿Mas qué veo? ¡se enturbia tu semblante!
¿A mis amargas lágrimas sensible
Quieres hacer tu compasion visible?
Quejarme yo.... y el infeliz anciano,
Y el niño endeble que de agena mano
Solicitan con lloros el sustento....
Habla la humanidad por su flaqueza,
Corramos con amor á socorrerlos,
Para este fin nos dió naturaleza
Un corazon capaz de sentimiento;
El cruel, que sus males solo llora
Merece justamente padecerlos;
Mas lamentar del próximo las penas,
Igualando á las propias las agenas,
Es sublime virtud, que condecora

Y ennoblece el dolor. ¿Pero qué digo?
Con el llanto que á otros dedicamos,
Nuestros propios pesares aliviamos.
¡O desgraciados hombres, que conmigo
Tristes bebeis el cáliz de amargura,
Si alivia la piedad vuestro quebranto,
Contad con mi dolor, y con mi llanto;
Si el hombre en un instante á la futura
Edad fuese capaz de trasladarse,
¡Qué rápidas mudanzas notaria
En la grandeza humana!
¡Quántas fortunas cerca de acabarse!
¡Quántos del alto trono despeñarse!
¡Con qué viveza compadeceria
Nuestro anhelo por esta sombra vana!
La fortuna, ó Lorenzo, siempre ha sido
Pródiga para tí: mas prevenido
Teme, tiembla sus dones engañosos;
El dolor va inmediato á sus favores,

Y sus tiernos halagos ponzoñosos
Siempre son de desgracias precursores
Mira no te adormezca el hechicero
Y dulce canto de esa cruel Syrena;
Teme la copa de otro siempre llena
De veneno mortal, que te presenta
Ese enemigo fiero;
Precave desde léjos la tormenta
Qual prudente Piloto, persuadido
Que naufraga el que fia en la bonanza,
Piensa que el cielo á tí te ha distinguido
Solo para probarte,
Y que ayrado con súbita mudanza
Puede al fiero dolor abandonarte:
No creas, que maligno, tenga gusto
De turbar sin provecho tu alegría;
Quizas lo piensas, y tu orgullo injusto,
Espera hallar en la indulgencia mia,
Confirmacion de tu funesto engaño;

Mas no lo lograrás : esa aparente
Felicidad me da el mayor cuidado,
Juguete del delirio mas extraño,
Con tus falsos deleytes divertido,
Ries tranquilamente,
En la florida orilla recostado
De un abismo pendiente , y desmedido,
Cuya vista me dexa estremecido.
No te admire doctrina tan severa,
Nacida de amistad la mas sincera;
¿Ignoras , que la suerte te ha prestado
El alegre placer á enorme usura?
¿Qué la infelicidad , con mano dura
Entrará por tus puertas algun dia
A exîgir sin demora el devengado,
Y subido interes con que ella fia,
Cada instante de dicha , y alegría?
¿Qué esta crecida deuda irremisible
Se paga en un instante , y que irritada

La adversidad terrible,
De crudo azote armada,
Iguala con sus golpes vengadores
A los pasados gozos los dolores?
Evita, pues, prudente, la locura
De una falsa alegría inmoderada;
Para que sea pura
Ha de ser de algun modo limitada;
Su mismo exceso á veces la destruye;
Nos dexa el desconsuelo, y se nos huye
Como amigo mudable, y fementido,
Que ya con sus caricias importuna,
Y ya aborrece sin razon alguna
Nuestro gozo inconstante;
Si ahora nos halaga enfurecido,
Dentro de un breve instante,
Dexada á un lado su falaz dulzura,
Inunda nuestros pechos de amargura;
Teme, pues, ó Lorenzo, la engañosa

Felicidad qual sierpe venenosa.
¡ Al golpe de tu muerte lastimera,
Caro Philandro, pereció la mia!
Se deshizo el encanto, y demudado
Perdió para mí el mundo su belleza:
Blanco infelice de la suerte fiera
Quedé desde aquel dia
De mis falaces bienes despojado;
En lugar del adorno, y la viveza
Con que de un tierno amigo la influencia
Hermoseaba la tierra en mi presencia,
Vil deshecho de todos los mortales
Me encuentro solo en un desierto horrible
A mis tristes sollozos insensible.
Procuro en vano suavizar mis males
Regando con mis lágrimas el suelo;
Faltó el brillante hechizo, se ha eclipsado
La luz que me tenia embelesado,
Y no me queda rastro de consuelo.

¡O miseria del hombre deplorable!
¡Con que mi amigo, aquel mortal amable,
Perenne manantial de mi alegría,
Vuelto en ceniza fria
Yace baxo de un marmol sepultado,
Y de mí para siempre separado!
Poco, amado Philandro, te faltaba
Para llegar al fin de tus deseos;
Ya con rápido vuelo se elevaba
Tu alma á la cima del honor humano;
Vencedor jóven, lleno de trofeos,
Al recibir la palma, al colocarte
En el carro triunfal robusto, y sano,
¡Un monstruo! ¡un monstruo pérfido inhumano
En tu pecho escondido,
La muerte horrible! sin amenazarte
Mofando oculta tu embelesamiento,
Al instante del triunfo apetecido,
A la hora del aplauso, y del contento,

Con azero alevoso, y homicida
Cortó el precioso estambre de tu vida.
No prevee el hombre, apénas conjetura
Lo que está por venir; sin luz ni guia,
Palpa tinieblas como en noche obscura;
Sus pronósticos vanos son errores;
Mil veces para en llanto su alegría,
O acaban sus placeres en dolores,
Y jamas nuestra vista limitada
Pasa la espesa tela colocada
Entre el actual momento, y el siguiente:
Aun la aguja fatal, que el tiempo mide
Cercada de las horas, envidiosa
En tan menudas partes lo divide,
Que solo nos concede de presente
Un punto de su rueda presurosa;
Ni adelantar podemos su carrera,
Ni un ápice salirnos de su esfera;
Cada hora jura inviolablemente,

Que guardará en secreto el mas profundo
Lo que á su fiel silencio se ha encargado,
Hasta entrar en los límites del mundo.
Con esta duda... ¡ay hombre desdichado!
¡ A cada instante puede comenzarse
Tu eternidad, y el tiempo rematarse!
En fuerza de las leyes naturales
Puede ser hoy, lo que ha de ser un dia,
Y todos los momentos son iguales
En manos del destino, y de la muerte;
Así es bien imprudente el que se fia
De la mudable, y engañosa suerte:
A pesar de esto el hombre lisongeado
De una esperanza vana
Cuenta por suyo el dia de mañana,
Y el dia de mañana lo sepulta:
Cree que en sus manos tiene asegurado
De la parca homicida
El fatal uso, y confiado abulta

A su placer el hilo de la vida;
Sobre movible arena sin rezelo
Funda torres que llegan hasta el cielo;
Por la mañana confiado tira
Líneas inmensas... ¡ á la tarde espira !
Antes de tiempo, así Philandro amado,
¡ Triste de mí! me fuiste arrebatado:
El mas grosero error, que ciega al mundo,
Es que jóven, ó viejo, ó moribundo
Esté el hombre igualmente persuadido,
Que comienza á vivir, no que ha vivido;
De los años jamas siente la carga;
Cada dia á su juicio es el primero
De su vida, y sin límites alarga
Su exîstencia ácia el tiempo venidero:
Jóven se considera, aunque vicioso,
Destina á vivir bien la edad madura,
Y aplaude alegre su virtud futura
El hombre actual con este artificioso

Proyecto, ántes de tiempo envanecido,
De la conciencia evita los apuros;
¡Así la breve vida malgastamos,
Así el tiempo precioso sin sentido
Dexamos escapar, así cambiamos
Por los dias inciertos los seguros!
El hombre de su edad en el verano
Empieza á sospechar, que es perniciosa
Su conducta pasada, y esperando
La quietud de otra edad ménos fogosa,
A sus vicios propone dar de mano,
Y escuchar la razon: alucinado
Con la falsa esperanza va pasando
Sin emienda el otoño de la vida,
Al caer justamente amedrentado,
Procura despertar del largo sueño;
Hace un débil esfuerzo, y á su empeño
Resiste la costumbre envejecida,
Duda indeciso... sigue vacilando...

¡La muerte lo arrebata proyectando!
¡La muerte!.. En toda la naturaleza
Dexa recientes rastros su fiereza;
¡Mas con qué indiferencia los miramos!
Si alguna vez con golpe no esperado
Derriba á alguno á nuestro mismo lado,
Y al pronto á pesar nuestro nos pasmamos,
Si algunos de sus dardos acerados,
Al traspasar el pecho á los mas fieles
Amigos, que tenemos, con las crueles
Puntas nos dexan algo lastimados;
¡Quán pronto del dolor nos aliviamos!
¡De la herida quan presto nos curamos!
Al ver caer el rayo, al estallido
Tiembla el hombre un momento; y aun humea
Quando otra vez sereno se recrea;
El rastro, que en el ayre dividido
Dexa rápida flecha, el surco arado
Por la nave en el mar enfurecido,

Duran mas que en el hombre la ligera
Memoria que imprimió la muerte fiera!
Apénas el objeto mas amado,
Cuya pérdida causa nuestro llanto,
Queda depositado
En las lóbregas simas de la muerte,
Quando, como si fuera por encanto,
Nuestras lágrimas cesan, y olvidada
Aun la memoria de su triste suerte
Queda allí para siempre sepultada.
Philandro... ¡ay desdichado!... yo olvidarte
Jamas, caras cenizas... dulce amigo...
Miéntras la noche con su negro manto
El mundo cubra, correrá mi llanto;
Tú, aurora, al asomarte
Serás de mis sollozos fiel testigo,
Y el paxarillo, que con dulce canto
Anuncia tu llegada, y tu hermosura
Me hallará siempre envuelto en amargura;

Mas ya suena su voz; apresurado
Comienza el sol su curso acostumbrado;
Cantor fatal, ¿por qué con tal empeño
Turbas su largo, y oportuno sueño?
Todos los infelices se estremecen
Al ver su luz, y todos te aborrecen.
¡O, tú, cuya armoniosa melodía
En suspiros se exhala... ¡O Filomena!
Prosigue tierna en lamentar tu pena;
¡Herido como tú, desventurado,
Renuncié para siempre á la alegría!
Ambos unidos en la noche obscura
El silencio del mundo interrumpimos,
Y ácia el cielo estrellado
Nuestros tristes lamentos dirigimos;
Siquiera, ó ruiseñor, á la dulzura
De tu canto parece que apiadado
Detiene el orbe el curso acelerado,
Mas sordo á mis clamores, é insensible

Desprecia siempre mi dolor terrible.
Hubo con todo dia,
En que el humano ingenio enardecido
Sobrepujó tu canto, y tu harmonía;
Hubo hombres que su nombre eternizáron,
Cantores inmortales que hechizáron
Su siglo, y cuyo acento repetido
Hoy con el mismo aplauso es recibido:
Por aliviar un rato el doloroso
Pensamiento, por dar al angustiado
Corazon un momento de reposo,
Quando la obscura noche ocupa el mundo,
Yo vigilante, solo, y enlutado
Con su lóbrego manto,
La deliciosa calma aprovechando,
Y el silencio profundo,
De aquellos grandes hombres procurando
Renovar el sublime, y dulce canto,
Me aventuro con trémula, y helada

Mano á pulsar su lira encantadora;
Mas mi flaqueza en vano acalorada,
Jamas puede imitar su voz sonora:
Tu audaz Milton, y tu divino Homero,
Vosotros, que alentais mi torpe musa,
Cantásteis en tinieblas sepultados
Por precision, mas yo prefiero ansioso,
Para entonar mi canto lastimero,
A clara luz la obscuridad confusa:
De un mismo fuego estamos inflamados,
Oxalá fuera el mismo el harmonioso
Acento de la voz. El afamado
Pope, honor de mi patria, aquel amado
Alumno de las musas cantó el hombre
Oprimido del peso de la vida,
Frágil, y moribundo,
Yo le canto inmortal; sin que me asombre
El peligro, me arrojo desde el mundo
A la eterna region desconocida;

Abandono gozoso
La tierra con mis lágrimas regada;
¿Cómo he de estar contento en el penoso
Teatro de mi suerte desgraciada?
Tú inmortalidad sola, das consuelo
Al hombre con pesares oprimido.
Si Pope hubiera levantado el vuelo
A la celeste esfera venturosa,
La eternidad lo hubiera recibido
En nuestra dulce patria deliciosa;
Así del cielo hubiera delineado
La hermosura con vivo colorido;
Así al mundo afligido,
Y á un á mí mismo hubiera consolado.

O. S. C. S. R. E.




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 14 06 02 010 6